

Horas rojas, hojas abajo: Una aproximación a la Bogotá de mitad de siglo XX desde la mirada de los periodistas bogotanos Felipe González Toledo y José Joaquín Jiménez.

Daniel Ricardo Guerra Roncancio  
Agosto de 2017

Universidad del Rosario  
Escuela de Ciencias Humanas

## Resumen

En el siguiente artículo se pondrá a discusión un tipo de ciudad bogotana que se impuso desde inicios del siglo XX. Para esto, se recurrirá a los casos presentados en la crónica roja y la crónica de ciudad, desde el trabajo de Felipe González Toledo y José Joaquín Jiménez, dos periodistas bogotanos de la época. Esta mirada de la ciudad, desde el desarreglo y el desorden, permitirá concebir un recorte de ciudad, que irá permeando el imaginario ciudadano de la época, el cual se encuentra entre las imposiciones ideológicas y los acontecimientos trágicos narrados en los periódicos.

## Abstract

This work will discuss one model of Bogotá city that's imposes in mid XX century. This will turn over the cases of red chronicle and city chronicle of González Toledo and Jiménez, two journalist of the city in that time. This view of city, from disorder and mess, allow and sustain an imaginary that bounces between ideological impositions and tragic tales from newspapers.

## Tabla de contenido

<b>Introducción</b>	1
<b>Una ciudad de lotes a plazos</b>	4
Sobre el papel	8
Remedando el orden	15
<b>240 metros de intestinos vacíos.</b>	20
Puntos de encuentro	23
Inocencia ciudadana	25
De la alpargata al zapato cívico	26
Unos guardias confiados	29
Mantenerlos a raya	30
Memorial de suicidios	33
Inquilinatos y posadas	35
Una abuela	37
Merman las casas, quedan las costumbres	38
De las tiendas a los bancos	41
Entretenimiento por centavos	44
Carne reposada	45
Un café y una “pita”	47
<i>Un café</i>	47
<i>Una “Pita”</i>	49
<b>Conclusiones: “La crónica tenía que ser inventada”</b>	51
Crónica roja	53
<i>La explosión de una bomba</i>	58
Crónica de la ciudad	62
<i>Milagros de la saya de Doña Paca</i>	65
Referencias	68
Anexo: Mapa de Bogotá	72

## Introducción

La lucha entre liberales y conservadores se prolongó hasta inicios del siglo XX con la Guerra de los Mil Días. Esta guerra distrajo la mente de quienes montaban el tranvía de mulas, sin que se percataran de las nuevas personas que llegaron a la ciudad de Bogotá. Muchos venían del campo colombiano, ancha y vasta tierra inexplorada. Felipe González Camargo, padre del periodista González Toledo, no tuvo que participar en la Guerra de los Mil Días. Quienes lucharon lo hicieron desde una presión social y política sobre cada territorio en disputa de ese gran país que no se conocía en la capital. En el pensamiento diario de los ciudadanos en Bogotá estaba la guerra, la educación jerárquica y las noticias recientes del periódico; si no, era el trajín de las calles y sus caminos que se abrían a los vicios propios de la vida citadina.

Don Rafael Jiménez Triana, padre de José Joaquín, creía que el nuevo siglo traería al país gran unidad, esa armonía que le habían negado los más radicales al entrar en guerra contra el Estado. Desde su hogar, en la Calle 12 con Carrera 4ª, la guerra parecía llevadera. A punta de periódicos, discusiones y reuniones se pasaba revista sobre la situación. El peso de esta ciudad se sentía sobre el resto del país. En esta época sufrían quienes eran reclutados para la guerra, por lo general campesinos y artesanos; mientras se iba gestando una vida urbana de choques e imposiciones en una ciudad hacinada a su centro histórico.

Como recuerdo de esta guerra Bogotá dedicó la primera piedra de la catedral del Voto Nacional, terminada de construir en 1916 en la Calle 10 con Carrera 15, en la plaza de los Mártires, a las víctimas de tal encuentro fratricida. En este barrio se desarrollará gran parte de la vida urbana bogotana de inicios de siglo. Luego, se desconectará del centro histórico de la capital debido a la construcción de la Carrera Décima y la Avenida Jiménez. Estas vías nacieron como respuesta al poco espacio para carros que dejaron atrás coches, carruajes y tranvías.

De “Villa Sofía”, la casa de reposo del presidente Rafael Reyes ubicada en Chapinero, a pocas cuadras de lo que ahora son las calles 65 y 66, hasta el Capitolio Nacional, se iría fraguando un plan que recorría toda la Carrera Séptima. El 10 de febrero de 1906 algunas personas creyeron muerto a Reyes. Cuenta Felipe González Toledo,<sup>1</sup> testigo fiel de la fisonomía bogotana, que fue en “barrocolorao” (1975), terreno campestre y pedregoso entre el centro y Chapinero donde ocurrió el atentado. Cuando los perpetradores dispararon contra el carruaje del presidente, que iba con su hija para el centro de la ciudad, esperaban que alguno de esos disparos diera en la cabeza de Reyes, que con suerte salió ileso; al igual su hija que

---

<sup>1</sup> Felipe González Toledo nació en Bogotá en julio de 1911 y murió en la misma ciudad en 1991. Fue uno de los más grandes periodistas de la época, no solo por su constante labor como cronista, sino por la forma como ejerció el oficio que lo llevó a descubrir relatos que ocurrían en su época. Si bien este trabajo no se enfocará en la vida como tal de los autores a tratar, sí invitará, desde sus crónicas, a conocer la representación escrita de su pensamiento. Un libro que se trata de acercarse a González Toledo, más como autor que explica lo que es su oficio y su vida es *El Cadáver Insepulto* (Alape, 2005).

agradecía a Dios mientras veía su sombrero lleno de agujeros.

Este inicio de siglo XX estuvo lleno de luchas políticas cegadas en la codicia, a expensas de una miseria creciente. Desde el intento de asesinato de Reyes se librará una lucha social duradera. Las huelgas de fabricantes de trajes nacionales,<sup>2</sup> y el homicidio de Rafael Uribe Uribe en 1914, son otros hechos relevantes que retumbarán en la ciudad. Uribe cayó luego de varios hachazos propinados por dos artesanos, autores materiales del hecho, que creían que Uribe era el culpable de la crisis económica del momento. Ya en los años 40 fue inmortalizado en el parque Nacional, cuando Bogotá parecía seguir de fiesta por el Cuarto Centenario y se anunciaba un futuro prometedor.

Desde la época Centenarista, en 1910, la idea mantenida por la oficialidad fue decorar y construir, para que la ciudad pareciera ir por la vía del progreso. Los habitantes aún no se reponían de la guerra civil cuando ya llegaban noticias de diversas guerras ajenas, sumado a una hegemonía conservadora reinante. Para los dirigentes será importante preservar las condiciones vitales y el andamiaje de la ciudad desde un discurso bélico que inunde de incertidumbre el futuro. A su vez, predicar el rezago en que se encontraba Bogotá. Gracias al militar veterano es que el país está a salvo, así que bajo ideales afines, se dictará cómo se deben celebrar los 100 años de Independencia nacional. Bien sea porque algún militar con influencia predique elementos que considera provechosos para la nación o porque desde el Concejo o el Senado se apruebe un modelo de país basado en los ideales del honor y la fuerza.

Esta idea concuerda con la necesidad que tenían las élites bogotanas de calcar un modelo europeo, tanto en las edificaciones como en la ideología en boga. Una copia de un modelo en la ciudad lo que provocó fueron diferencias exacerbadas entre lo que se considera es la ciudad y lo que realmente muestra. Esto incluye también las tradiciones culturales, que por ser mal vistas se excluyen de la identidad oficial, del deber ser de un lugar. Dicen Suárez y Salcedo, en el artículo *Entre lo tradicional y lo moderno...* que: “De este modo, una nación de élites e intelectuales europeizados es lo que se celebra, una nación católica, centralista y excluyente es lo que se muestra como elemento de ‘identidad’ nacional.” (2012, p. 197).

Ese carácter imitativo se puede identificar hasta inicios de siglo. Luego de unos años habrá un segundo momento de adaptación hacia estos valores, más otras nociones e imposiciones que provendrán de Estados Unidos. Camilo Pardo Umaña, frecuente crítico de Bogotá apunta, en 1949, que el intento de injertar Norteamérica en la “planicie de los chibchas” no es acertado, en tanto a los funcionarios, alcaldes y concejales “les tiene sorbido el seso” la idea de edificar antes que cambiar el “alma” de la ciudad. El autor se pregunta: “¿Pero no será, quizá más importante que intentáramos darle un vuelco a las costumbres provincianas

---

<sup>2</sup> El responsable principal del enredo con los vestidos fue Marco Fidel Suárez, presidente de Colombia entre 1914-1918. Suárez fue cercano al padre de Jiménez, posteriormente se convirtió en padrino del joven periodista. El ingenioso cronista nació en la primera década del siglo XX y murió en 1946, luego de una enfermedad respiratoria. Gran parte de la vida del periodista se expone en *Ximénez* de Andrés Ospina. (2015)

que aún nos tienen atados a la colonia, al conservadurismo de épocas ya muertas?” (El Espectador, 1949). Estos ideales, que promovían intereses comerciales y sociales de un sector reducido de la población lograron avances en cuanto a una expansión de infraestructura, del concreto sobre el territorio cercano al centro capitalino, dejando atrás casonas e iglesias.<sup>3</sup>

Este tipo de arreglo estará de acuerdo a una necesidad de orden visual de los sitios más reconocidos de la ciudad; por ejemplo con diseños de puestos de madera que exhiban los víveres decentemente para la venta de alimentos en vez de observarlos en carretas o explayados por todo el piso. También con la continuidad de casas elegantes, dispuestas simétricamente. En este sentido, la ciudadanía, arraigada a las costumbres de una vida menos encuadrada y estandarizada no será participe de la tajada y pocas veces rondará la pregunta sobre este arrebatado edificador, anteponiéndose el discurso de la fe y la perseverancia del día a día. Las costumbres coloniales, de las que habla Pardo, servirán para mantener el andamiaje de una ciudad que en menos de 30 años fue creciendo de un lado a otro. Ciudad en la que los constructores de casas obreras no cumplían las normas básicas de saneamiento, en cambio sí lo hacían en las grandes casonas.

La falta de un buen acueducto y alcantarillado, de un sistema de basuras eficiente, la poca planeación urbana, la segregación social entre las gentes de vestido y las de ruana se convirtieron en elementos que riñeron con las supuestas ideas de progreso propiciadas por alcaldías de la época, algunos periódicos y sectores de élite que imponían una forma de ver la ciudad y a sus habitantes. Estos personajes creían que el progreso estaba ligado a edificaciones o estatuas eternas que “enaltecerían” el espíritu de la ciudad, ciegos ante las necesidades reales de sus habitantes. La preservación de costumbres e ideas de una élite reducida se impuso ante una conciencia intermitente de la mayoría de los pobladores de la ciudad. Cuando se encendía la llama del progreso para los más pobres, era frecuentemente silenciada por leyes o imposiciones económicas que aumentaban los recelos y las costumbres de unos y otros.

A muchos habitantes no les quedará sino acostumbrarse al olor en barrios sin alcantarillados, sin la corriente de agua que pudiera llevarse desechos o impurezas. La cultura del desprecio y de la escasez propicia un desorden sobre las calles que se convertirá en un estorbo visual para las autoridades. Se intentarán erradicar todas estas impurezas antes que mejorar las condiciones vitales de quienes aparentemente las provocan. Las riñas entre los habitantes y las autoridades que imponen el pago de servicios públicos que recolecten la basura será una consecuencia ante la falta de recursos y el poco interés por temas de salubridad. En el año 1899 contratan a los hermanos Zalamea para prestar el servicio de recolección de basura bajo la vigilancia de la Inspección General de recaudación del impuesto de Aseo y Vigilancia

---

<sup>3</sup> En efecto los nuevos materiales de construcción ayudaron a cimentar una ciudad más moderna, contraria a los retoques del adobe o del bahareque. Algunas empresas como Cementos Samper y Cementos Diamante o las fábricas de ladrillos como el “Progreso S.A.”, “Cedonia”, “Moore”, “La catalana”, se fueron estableciendo por la ciudad ofreciendo mayor calidad y duración de las estructuras. La ubicación de algunos de estos lugares se hallará en el mapa anexo a este documento.

(Serna, 2012, p. 271). La negativa al pago a este sistema que se impone en la ciudad, relacionado más con los bienes y servicios, que con una economía artesanal, muestra cómo fueron enfrentándose los intentos políticos de regular los asuntos urbanos, en contra del sentimiento popular de la vida cotidiana.

Con este encuadre, de acuerdo a las imposiciones políticas sobre las necesidades de los habitantes, se procederá a explicar por qué la recurrencia de esta situación. Primero se intentará discutir la distribución espacial de la ciudad en crecimiento, luego, desde los textos en medios impresos, prensa, revistas, resoluciones y acuerdos, se dará una visión de esta ciudad escindida. Como se afirmó antes, la idea de un “orden” promovido por intereses dominantes estará presente a la hora de concebir a Bogotá. Este punto será aclarado luego para introducir las situaciones cotidianas que dan cuenta los periodistas Jiménez y Toledo. Con varios cuadros, divididos en tipos particulares de la ciudad, se tratará de representar la incertidumbre de la población rezagada y el imaginario de la ciudad en torno a la capacidad ejecutoria de unos pocos. Al final del texto se encontrará una reflexión sobre la crónica roja y la crónica de la ciudad, que dejará ver cómo el imaginario social va cundiendo en la ciudad y viceversa, de tal manera que mientras se va expandiendo la ciudad, la desconfianza se acrecienta, los juzgados se atiborran de casos y ya no se podrá dar una visión total –quizá cercana a una visión de pueblo– sobre lo que aqueja día a día a las personas de Bogotá.

Este texto estará rondando constantemente la noción de representación, como forma de concebir un territorio a partir de diversas fuentes que expresan su discurso. Desde la idea que se tiene de un hecho se tratará de dialogar con la presentación histórica del mismo y así generar una visión social aproximada de la época. Esta forma de abordar el relato pretende entrar al discurso del momento, sin que sea esa la única manera de hacerlo. Al presentar los hechos a partir de cierta visión particular, de acuerdo a la representación de Jiménez y Toledo, se estará presentando el camino que los periodistas quisieron seguir para mostrar su ciudad, según su mirada y preocupaciones. Estas formas de narrar lo cotidiano –la ciudad que se mueve–, serán contrastadas con versiones oficiales o relatos que refieren la visión de ciudad presentada. De esta manera se abordará una propuesta de ciudad que concuerde con la ciudad narrada en los textos y las crónicas de los periodistas bogotanos.

### **Una ciudad de lotes a plazos**

La ciudad, a mediados del siglo XX, podrá ser vista como una ruptura o un choque. Los límites, linderos, la división de lugares fértiles y prósperos de los lugares sórdidos, jugarán un papel en el encuadre de una sociedad escindida. Las personas que ostentan el poder, la decisión y los medios económicos y los que recurren al trabajo diario, al jornal, para conseguir algún dinero con qué comer y vivir, se encontrarán en un mismo territorio y bajo un dogma que tratarán de asimilar desde el porvenir de adelantos tecnológicos y ritmos cambiantes. Carlos Monsiváis describe en *Aires de familia* un panorama de lo que es la ciudad, no solo bogotana

sino latinoamericana. Esta se encaminará a mostrar el arraigo a las costumbres que vienen del siglo XIX, pese a que ya entre 1910 y 1930 la mayoría de naciones en América ya estaban formadas. Para el escritor mexicano:

A principios del siglo XX, lo propio en América Latina es la homogeneidad de gustos y creencias, la visión de la familia como el segundo recinto eclesiástico, el catolicismo como el archivo de axiomas, la intimidación ante las metrópolis (que muy pocos conocen), el homenaje continuo a los héroes (presentados como padrinos y ángeles de la guarda a los gobernantes), el analfabetismo generalizado, el papel preponderante de la cultura oral, la superstición que identifica el título profesional con un rango espiritual superior, las místicas de la poesía (de preferencia en su versión declamatoria), el recelo ante la ciencia que busca devastar la fe, las maneras únicas (aprobadas) de ser hombres y ser mujeres, la sujeción femenina (“La mujer en casa y con la pata rota”) y, siempre aparatoso, el pavor ante la tecnología, en donde caben las monjas que informan a la curia del invento diabólico utilizado por un obispo (el teléfono), provocan pasmos los primeros fonógrafos (tienen un enano dentro que canta y toca), se aterran (y se esconden en sus asientos) los espectadores de cine al ver avanzar desde la pantalla a la locomotora. (Monsiváis, 2006, p. 156).

La ciudad a la que llegarán personas cada año exaltará sus iglesias y catedrales, así como sus ritos y momentos de comunión. En crónicas como *Loa sentimental de las Cúpulas*, Jiménez hace una semblanza sobre la parte más alta de Iglesias, que denomina “jorobitas de Dios”, como la de Santo Domingo o la de San Ignacio (1935). Ese mismo mes, en la Semana Santa de abril de 1935, en *Retablos y viñetas de Semana Santa*, acusa el cambio de una ciudad piadosa y clemente a una ciudad de “flacas humanidades de pecadores.” (1935). Los habitantes de la ciudad preservarán unos valores atribuidos a ídolos sumados a los postulados de la fe, así estos no sean del todo apropiados e interiorizados. Los ídolos tenderán a ser recordados. Son los próceres y héroes que lucharon por la ciudad o el país, en batallas o gestas memorables, ayudando con esto a consolidar la nación. Así pues, la reticencia inicial hacia cinemas y espectáculos se comentará luego de la misa. Los nuevos inventos “alejan a las personas” –de un rebaño o comunidad bien organizada–, al dejarlas bajo su propio sino. Estos momentos de cambio y de fractura ideológica propiciarán un sentimiento de temor y recelo en la sociedad bogotana ante lo que trae consigo el nuevo siglo.

Este miedo está fundado por la gran peste de 1918,<sup>4</sup> el hambre de gran parte de sus habitantes y el hacinamiento en lotes reducidos. El llamado inexorable del progreso trae consigo desazón. Bogotá será un paraíso para pocos. La ciudad será erigida por sus habitantes, obreros que construyen los grandes edificios de la modernidad bogotana. Quien llega a la ciudad va formando y modificando su entorno bajo el llamado incierto del futuro, mientras

---

<sup>4</sup> En 1939 José Antonio Osorio Lizarazo, periodista bogotano, apunta sobre el fin de la peste: “No se hicieron estadísticas, pero se dice que no hubo familia donde no faltara un ser querido cuando la normalidad trató de restablecerse. ¡Y cuán lentamente fue volviendo! ¡Cómo se despejaba, con cautela, la ciudad de su luto, lanzaba sobre los pavimentos sus transeúntes y regresaba a su inquietud habitual!” (1978, p. 325).

durante el desayuno o en un descanso de su trabajo comenta el caso criminal de la noche anterior.

El control policial, que funcionará como mecanismo certero, se impondrá constantemente, dificultando que los habitantes se asienten en la ciudad. Cualquier ofensa, desagravio, mala conducta, acto inmoral podía ser considerado un delito. Los agentes policiales no demoran en impartir justicia: “El Agente Nereo Herrera condujo al Cinerama a los gamines Juan Pablo Urrea, Jesús Pedraza, Ricardo Tovar, José Martínez, Alfredo Gacherná y Eliécer Sanches, porque a pierna suelta dormían sobre los andenes de una calle.” (S.f, Policía, 1922). Como en este y otros casos, el nombre parece fundamental en el relato, pues con la imputación se generará una valoración sobre la buena honra dadas sus actividades, y un reconocimiento en forma de reproche a la persona que se le atribuyen diversos hechos.

Pese a que la mayoría de la población no tiene una visión clara de ciudad y de futuro en la misma, el proceso de modernización de Bogotá se va gestando a la fuerza y a toda marcha, sin importar las diferencias culturales y económicas de sus habitantes. Desde la celebración del primer Centenario de la Independencia nacional se construyen edificios como el Liévano en 1907, el estilizado Palacio Echeverry o el Palacio de la Policía;<sup>5</sup> se desarrolla la gran exposición mercantil en el recién construido Parque de la Independencia, se reparten banderas de Colombia en instituciones educativas y se ejecutan revistas militares. El motivo es educar bajo ciertas ideas, sobre los modos de ser de las clases sociales, para que cada una preserve su estado y continúe su tarea. Los encargados de ejecutar y decidir serán los concejales y honorables ciudadanos escogidos por el alcalde de la ciudad. José Antonio Osorio Lizarazo caracteriza el proceder de estas personas, y en general, el carácter del bogotano: “Tenemos una mentalidad de nuevo rico, (sin dinero), que prevalece en determinadas iniciativas oficiales o acciones privadas. Nos gusta a los bogotanos ser ostentosos y presumidos por encima de nuestras posibilidades.” (1978, p. 395).

Gran parte de las ideas y proyectos arquitectónicos, que plantearon una visión de ciudad, provino de personajes extranjeros como Gaston Lelarge, Leopoldo Rother o Paul Wiesner. Estos propiciaron nuevas formas de pensar el espacio, aunque en algunos casos el contexto regional e histórico entrara a dirimir con las formas de habitar la ciudad. Dos ejemplos de esto fueron los planes de Karl Brunner para reformar el Paseo Bolívar, así como la ampliación de la Carrera Décima. En el primer caso los planes de Brunner riñeron con la realidad patente de los barrios del paseo, –San Ignacio de Loyola, San Luis, San Martín, San Miguel, Egipto, Belén, Las Cruces, Las Aguas– (Suárez & Salcedo Cruz, 2012, pp. 203-204),

---

<sup>5</sup> El Palacio de Liévano fue diseñado por Gaston Lelarge bajo estilos neoclásicos provenientes de Francia, las galerías del primer piso recuerdan al edificio incendiado que antes estaba allí, las galerías Arrubla; El palacio Echeverry fue construido bajo los cánones, gran espacio para salones, grandes ornamentos, también por Gaston Lelarge; el Palacio de la Policía lo diseñó Alberto Manrique Martín en 1920, presenta una figuración simbólica en su fachada, con dos grandes esculturas, el día y la noche, hechas por el artista colombiano Félix María Otálora. (Escobar & Orrantía, 2007, p. 98).

los cuales eran habitados por personas pobres que habitan la ciudad a su manera, es decir, como pueden y como les van permitiendo. En el caso de la ampliación de la Carrera Décima uno de los hitos fue la demolición de la iglesia de Santa Inés, 1956, para darle paso a la prolongación de esta vía. Esto se suma a la desaparición del convento de Santo Domingo, 1938 –actual Ministerio de comunicaciones–, que determinó en gran parte la transición de la ciudad colonial y estamental a la sociedad jerarquizada y capitalista. Las riñas que se generaron, propias de los intereses de cada actor en juego, irán más allá de la incidencia sobre el territorio, para entrar a dirimir sobre la marcha del porvenir.

El Palacio de San Francisco, un edificio moderno terminado para 1933, estará cerca del río, antes Vicachá, luego del mismo nombre que el palacio, aún en proceso de canalización. A este afluente, junto con el de Fucha, acudirán las mujeres a lavar ropa en la parte alta; más abajo bajarán los excrementos y la basura de las personas. Sobre el uso del agua también se generaron choques entre los habitantes de los barrios que recogían el agua para uso doméstico, con explotadores de cal en las canteras de los cerros. En *Manos al Agua* Antonio Sánchez da cuenta de cómo la familia Copete, dueña de 1500 fanegadas ensuciaba el río Fucha, lo que enfadaba a los habitantes de Belén y las Cruces, pues el agua que consumían no era óptima, además de no contar con un acueducto que les brindara agua limpia en sus residencias (2010, p. 214). Las mujeres lavanderas de esta parte del río fueron las que tomaron el rol ciudadano en este caso, superando la “imagen de la pobre lavandera”, enfrentándose a las decisiones arbitrarias sobre el uso del territorio (Ibíd., p.143).

La mirada hacia lo alto y esbelto se impuso sobre las necesidades subterráneas de la ciudad. El afán por terminar las edificaciones suntuosas, construidas con las piedras de las canteras de los cerros, le ganará a la necesidad de un saneamiento básico dentro del centro de la ciudad.<sup>6</sup> Una vez se termina de canalizar el río San Francisco, hacia 1948 (Atuesta Ortiz, 2011, p. 199), lo que se ejecuta es la gran vía que conectó a Bogotá de oriente a occidente. Esto realizará en su momento las edificaciones ostentosas, como el edificio Pedro A. López o el Hotel Granada.<sup>7</sup>

La cultura oficial desprecia y trata de corregir los sentimientos populares del momento, es egoísta y cerrada al negar las posibilidades de acceso sociocultural a la mayoría de sus ciudadanos. Además impone una perspectiva de ciudad, poco democrática, ejecutando obras y designando unívocamente su forma de ser oficial. Se pueden evidenciar dos casos más en los

---

<sup>6</sup> Artículos del libro *Historias de semilla ambiental* como “Los problemas ambientales en torno a la provisión de agua para Bogotá 1886-1927”, dan muestra de cómo el acueducto, privatizado en sus inicios, no fue una preocupación distrital sino hasta que hubo problemas de saneamiento para los habitantes capitalinos. Ya luego se fueron generando zonas de reserva y mitigación sobre los diversos afluentes de los Cerros Orientales (Felacio, 2015, p. 293).

<sup>7</sup> El edificio Pedro A. López llama la atención por sus columnas en su fachada. Allí funcionó el Banco de la República hasta que se ubicó en el predio actual que reemplazó al Hotel Granada en la década de 1950. La avenida del Centenario, que iniciará en este eje, será importante por ser el centro de la expansión urbana desde Puente Aranda hasta Fontibón.

cuales la intervención municipal advierte una serie de imposiciones. El primero, en el acuerdo 3 de 1909 del Concejo Municipal (Concejo de Bogotá, 1909), se establecen los nombres de plazas, puentes y calles, de acuerdo a la oficialidad. Así, el antiguo puente del río San Francisco, nombrado de “los micos” en la calle 13, pasa a llamarse puente Sucre. La avenida “aguanueva” pasa a nombrarse Paseo Bolívar. La plaza de Maderas a plaza España.

El segundo caso, en materia educativa, es la creación de talleres enfocados especialmente para personas pobres obreras o hijos de obreros. En el acuerdo 8 de 1926 (Concejo de Bogotá, 1926), se dictan medidas especiales para aumentar el número de estos talleres, creados en 1916, dedicados únicamente a la enseñanza de labores manuales como la carpintería, talabartería y herrería. Estos talleres serán “exclusivos” para esta población. Así como estos, se crean otra serie de instituciones, exclusivas para señoritas, enfocadas en la costura y la modistería.

Así pues, para cada persona parecerá haber un rol asignado, tanto para quienes llegan, comercian y hacen mucho dinero, como para los bebés de madres que ejercen la prostitución por el centro de Bogotá. Desde pequeños presencian el mundo que se condena en cada esquina. Dice Jiménez en una semblanza de la condición humana que: “...Duermen en las mismas camas de sus madres, sufriendo a veces la infamante promiscuidad del mayor. Los varones crecen y espantados huyen, se hacen limpiabotas, ladrones o cargueros.” (1946, p. 125). La vida de los pequeños será determinada por sus condiciones vitales. Los vicios que observa Jiménez en la Calle 3ª con Carrera 4ª, se van sumando a las contradicciones que evidencia en sus crónicas el autor. A estas madres la gobernación les intenta desalojar, sus arrendatarios les cobran el doble por habitación y sus clientes las ultrajan.<sup>8</sup>

### Sobre el papel

El acceso a la vida urbana de la época fue restringido a gran parte de sus ciudadanos. En este sentido, la cultura letrada funcionó como privilegio y forma de exclusión. Esta ruptura entre la cultura escrita y la cultura oral creará una univocidad del relato ciudadano, en el que una de las partes será vedada. Estas condiciones a la larga conducen a que los hechos violentos, el caso policial, sea expuesto como una perversión de la moral, más que como un problema social de fondo. Esta cultura, creada a partir de la sumisión al dinero, obliga a sus habitantes a trabajar diariamente, sin pausas para reflexionar sobre su desarrollo espacial e individual como ciudadanos, gracias a algunas jerarquías e imposiciones políticas que prefijarán

---

<sup>8</sup> En este relato José Joaquín se dirige al barrio de las prostitutas, quienes le comentan que por ellas ejercer tal oficio les cobran el doble de arriendo que a otras personas. Antes, entrevista a María Isabel que le cuenta el hecho. “...Una casa que para cualquier persona vale \$40 al mes, se nos da a nosotras en \$80 o más mensuales.” Ante el inminente desalojo que narra Jiménez, María Isabel se queja: “...se nos pretende botar a la calle. Así como estamos, enfermas, sin recursos, sin dineros.” (Ibíd., p.123) Jiménez entrevista a varias mujeres de diversas partes del país, con edades desde los 14 años que se dedican al oficio de la prostitución. Carmen Díaz, Cristina Marín, Claudina Bohórquez son el rostro de ese mundo que el periodista no rebaja de “cuadro ignominioso” (Ibíd., p. 120).

la ciudad. Esta representación social, tal como se ha desarrollado, determina las formas de ser un ciudadano. Unos sucumben ante la acción de otros. Este marco funcionará entonces para hablar desde lo que se dice en la prensa escrita sumado a la idea de esta división social.

Quienes acatan las decisiones y las comentan en corrillo constituyen una clase, más reducida, que se regocija en discutir las noticias que se leen en el periódico. Al final de esta comunidad, quien aún no sabe leer, que aunque posee un conocimiento enorme sobre su territorio, es denigrado por su estado de pobreza, tanto intelectual como económica, dentro de la urbe. Esta gente que está al final del camino le genera escozor a González Toledo, el cual los describe como seres ordinarios, llenos de expectativa y mala vida. Toledo apunta su mirada sobre la calle 10, una de las más transitadas de la ciudad:

La baja calle 10 era transitada por gente ordinaria, de la que pululaba en los contornos de la plaza de la Concepción. Y todos los transeúntes parecían vivos. Ninguno estaba despresado. Los que iban y venían sólo parecían ensordecidos por el rodar del tranvía. Todo era vida. Vida sucia, pero vida,... (1994, p. 42).

Esta presentación de los hechos, narrados desde la precariedad y el desorden, se podrán asociar a una estética de lo sucio y repudiable, en contra de la moralidad adecuada que se pretende inculcar en el espíritu de los bogotanos. Olga del Pilar López, investigadora de la crónica roja expone que gracias a este género se empiezan a ver cómo las rupturas cotidianas, que oscilan entre carencias y oportunidades, conforman un relato más amplio sobre la vida en la ciudad y permiten evidenciar otra urbe, que se quiere esconder a toda costa. La “Atenas suramericana” deberá reprochar el vicio:

Podemos reencontrar este metarrelato de lo urbano en la crónica roja, en la cual las quejas sobre la ciudad, su falta de vigilancia, sus zonas peligrosas, los malhechores que la transitan y la negligencia de sus funcionarios, son de alguna manera, la denuncia de la utopía fallida, el desencanto del desiderátum, pues además de ciudadanos, pareciera que la ciudad tuviera otros habitantes. Así entre polis (ciudad soñada) y *urbs* (ciudad vivida), la crónica roja da cuenta de los acontecimientos que hacen ruido en la ciudad, ese ruido lo traduce en sentido, componiendo una literatura que propone un modo de ser ciudadano. (2005, p. 39).

Este relato sobre la utopía que no se realiza lo producirá y reproducirá la prensa capitalina. La crónica roja servirá para percibir la condición humana de los habitantes de la ciudad, que a su vez van identificando situaciones recurrentes y hechos particulares, luego naturalizados por lo usuales que se hacen. Esto hará campo a la promoción de algunos valores morales como la caridad, el progreso y la pulcritud, necesarios para desarrollar una ciudad amena. Ante esto, la realidad reflejará una falta de planeación y atención sobre zonas más distantes de la ciudad colonial. Cuenta González Toledo, en la crónica que hace del barrio Las Ferias, apartado al occidente de la ciudad, en ese momento parte del municipio de Engativá, cómo la decisión de algunas personas con el capital y el entendimiento dinámico de las leyes propiciaron un crecimiento de ciudad desigual:

Hace cerca de 25 años, poco más o menos, don Hernando Villa, hombre de empresa,

compró a la familia Castro la hacienda de la Esperanza, y en sociedad con Salomón Gutt, comerciante y hombre de negocios establecido en Colombia desde 10 o 15 años antes, trazó calles y dividió los terrenos en pequeños lotes para venderlos, con halagadoras facilidades para el pago, a familias obreras. No se pensó en el alcantarillado ni en el acueducto, como tampoco se planteó una red de servicio eléctrico. Así se urbanizaba hace 25 años, y así nació el barrio de las Ferias. (2002, p. 90).

Así se urbanizó en gran parte del siglo XX. La improvisación y la necesidad de construir rápidamente debido a la demanda de sus habitantes creó una ciudad de apariencia caótica y desorientada. Como no hay una distinción entre la supuesta ciudad formal y la informal, construida por sus mismos habitantes, ni existe un interés real por configurar una ciudad viable, esta se va repartiendo de acuerdo a como se presentan los acontecimientos, cada año serán más los edificios por todo el centro y más las casas dispersas por sus alrededores.<sup>9</sup> Este reparto aumentará las rencillas y evitará, al menos en apariencia, la posible interacción social entre los distintos grupos que habitan la ciudad. Así, en el imaginario del habitante del barrio sin servicios públicos la preocupación constante será representada en la falta de alimento, dinero y comodidades. En el imaginario del funcionario, un reflejo de las ansias de escalamiento social, de transformarse dentro de las jerarquías que impone la ciudad, de poseer bienes y así fijar un modo de vida próspero.

Henri Lefebvre afirma que en los procesos sociales y culturales que acaecen en la ciudad hay un acuerdo o imaginario sensible desde lo que ocurre en un espacio físico determinado. Mediante la interpretación de las relaciones de espacio y tiempo se pueden comprender hechos como la riña entre clases presente en la ciudad bogotana y en otras ciudades del mundo. La realidad aparente de la ciudad, que es descrita en forma textual, presenta este vínculo entre la ciudad como espacio físico y la ciudad como lugar de relaciones socioculturales. Para el filósofo la ciudad será una obra sin término que se va recreando de acuerdo a las circunstancias. Dice el autor:

La consideración de la ciudad como *obra* de determinados «agentes» históricos y sociales nos lleva a una cuidadosa distinción entre acción y resultado, grupo (o grupos) y su «producto», lo que no implica su separación. No hay obra sin sucesión regulada de actos y acciones, de decisiones y conductas, sin mensajes y sin código. No hay obra

---

<sup>9</sup> Algunas de las constructoras principales eran formadas por asociaciones de grandes familias con poder adquisitivo, que crearon la industria inmobiliaria en el país. En 1945, varios constructores se agremian bajo la Lonja de propiedad raíz, entidad sin ánimo de lucro. Sus fundadores fueron “Bermúdez y Valenzuela y Compañía; Organización fiduciaria Caro y Díaz Plaza; Camacho Roldán y compañía limitada; Luis Soto compañía limitada; Compañía inversión Bogotá Wiesner y compañía S.A; Ricardo y Rafael Núñez; Alberto Fergusson; Nicolás de Santamaría; Manuel Abondano Ortiz, Cesar Jaramillo Arango, etc.” (S.f, 1945). La fundación de la Lonja fue el 5 de junio de 1945.

No obstante este proceso de loteo de la ciudad también se hace evidente el inicio de construcciones obreras, iniciativas de los mismos habitantes con menores condiciones que van asentándose en un espacio de la ciudad, de una manera más fortuita que planeada.

tampoco sin cosas, sin una materia a modelar, sin una realidad práctico-sensible, sin un espacio, sin una «naturaleza», sin campo y sin medio. Las relaciones sociales se logran a partir de lo sensible; no se reducen a este mundo sensible, y sin embargo no flotan en el aire, no se pierden en la trascendencia. Si la realidad social implica formas y relaciones, si no puede concebirse de manera homóloga al objeto aislado, sensible o técnico, no por ello subsiste ésta sin vinculaciones, sin un encaje en los objetos, en las cosas. (...) Quizá convendría que introdujéramos aquí una distinción entre la *ciudad*, realidad presente, inmediata, dato práctico sensible, arquitectónico, y, por otra parte, *lo urbano*, realidad social compuesta por relaciones a concebir, a construir o reconstruir por el pensamiento. (1978, p. 67).

Esta doble vía entre el imaginario de la ciudad y su realidad sensible será una constante a la hora de contar a Bogotá. González Toledo y Jiménez narran y evidencian cómo iban creciendo barrios de invasión por toda la ciudad,<sup>10</sup> así como las diferencias en la calidad de vida de quien posee luz y alcantarillado, de quien apenas contaba con una cama para dormir.<sup>11</sup> Estas descripciones serán un reflejo de las preocupaciones cotidianas de estos periodistas que narrarán desde una visión social enfrentada al accionar institucional y al yugo cotidiano. Lo que acaece en una ciudad “inflada”, como le dirá Toledo luego a Bogotá, pasará por *lo urbano*, esta serie de relaciones intercambiables, con la ciudad que se va construyendo cada año sin descanso. Así, se fija una postura particular sobre el relato de la ciudad. La ciudad bogotana de mediados de siglo XX es anunciada por estos cronistas como una imposibilidad ante los sucesos narrados.

Quienes poseen servicios públicos; quienes tienen que recoger el agua o utilizan el río de basurero, estarán ligados dentro de la ciudad, son indispensables uno para el otro y fundan la ciudad bogotana moderna. Sin los comentarios de desprecio de los ciudadanos bien educados, no existiría el arrebato del maleante de tiendas. La esperanza y amabilidad de la persona humilde recién llegada al centro de la capital que construye los suntuosos edificios modernos. La vecina propietaria de la tienda que se compadece de los conocidos que le piden fiado. Esta cadena propiciada bajo un ambiente histórico particular, permite acercarse a los hechos que ocurren diariamente en la ciudad. José Luis Romero hablará de una sociedad marginal y anómica que se forma al lado de una sociedad normalizada que intenta resistirse al carácter de aquella. La integración es previsible, así sea desde una masificación inevitable, que desintegre aún más a sus habitantes (2011, pp. 348-349).

---

<sup>10</sup> En la crónica *Barrio de miseria en la avenida del Progreso* el autor evidencia cómo subsisten los potreros y baldíos de los cuales algunos son tomados por personas que no poseen recursos ni una habitación decente (2002, p.111).

<sup>11</sup> Sobre este punto está la revisión que Toledo hace del elegante barrio de Rionegro en cercanías al club deportivo de una empresa de gasolina y a la Escuela Militar. *Rionegro, barrio de deportes y piquetes* (Ibíd., p.95). En contraposición están los habitantes de las barriadas e inquilinatos que describe Jiménez en algunos de sus textos y que no deja de comparar con patologías. En *La calle Yerma*, dice: “Todas estas calles, (*del centro*) como las venas de los hombres caducos, tienen una várice, una lepra, una postema: el inquilinato”. –Cursiva añadida– (1996, p.39).

Para la investigadora Adriana Suárez la modernización de Bogotá fue impuesta desde “arriba” por los altos mandos políticos de la época que propiciaron la segregación socio-espacial de la ciudad. Dice la autora que:

...la «modernidad bogotana» puede ser interpretada desde dos ángulos distintos pero complementarios: por un lado, por haberse nutrido de la dialéctica tradición progreso que caracterizó a los países industrializados; y por el otro, por haber engendrado un cierto tipo de *modernismo del subdesarrollo*, tipificado no solo en una «modernización sin urbanismo», sino sobretodo, en la «imposición desde arriba» de una *cultura del burgo* ajena al común de la ciudadanía.<sup>12</sup> (2006, p. 59).

El “común” de la ciudadanía en la ciudad de Bogotá luego de 1930 será representado por las personas analfabetas,<sup>13</sup> “la gente ordinaria que pulula en las plazas”,<sup>14</sup> los habitantes de los barrios obreros emergentes y en general la población que no contaba con los insumos fundamentales para una existencia considerada decente. Este es el panorama que nos presentarán los periodistas bogotanos: una ciudad que busca desarrollarse con edificios, alumbrado público, automóviles y casas elegantes; que a su vez adolece de una infraestructura apropiada para sus habitantes y presenta una desigualdad social que abre hondas brechas en la sociedad de la época. La finalidad de mostrar los hechos de tal manera para estos periodistas es la de compartir una visión sobre el quebranto humano. En el aire estará la idea de un mismo territorio en el que convive una ciudad que aparenta progreso y otra que se quiere ocultar por las desgracias que refleja.

El arquitecto Alberto Saldarriaga plantea una postura similar a la compartida por Suárez y Lefebvre. El autor argumenta que la idea de modernización bogotana se construyó mediante dos vías; la de los cambios físicos y estructurales en el trazado urbano, y la que se forma en el imaginario de sus habitantes. Las diferencias culturales y materiales de la sociedad de la época fomentaron desigualdades de la misma índole, que a la larga se convirtieron en un imaginario sobre la ciudad y sobre los distintos modos de vida que se van gestando. Dice

---

<sup>12</sup> Aquí la autora sigue algunos planteamientos de García Canclini: “La necesidad que tienen tradicionalistas y renovadores de apoyarse unos en otros lleva a alianzas frecuentes de grupos culturales y religiosos fundamentalistas con grupos económicos y tecnocráticos modernizadores.” (1990, p. 149). Los procesos culturales, tanto del cachaco como del inmigrante, se revuelven, al punto que ninguno podrá disfrutar realmente una experiencia cultural ciudadana o lo hará en exceso. Las costumbres arraigadas del buen trato y la imitación darán cuenta de esta cultura del burgo, cargada de ideas ajenas. Cuando llegan personas que no siguen estas ideas se revelará este dispositivo de conformación social, ajeno a la realidad social de Colombia.

<sup>13</sup>Según el censo general realizado en 1938 por la Contraloría general de la República en Cundinamarca la mitad de la población en edad escolar era analfabeta. Pese a esto el índice se reducía a 22,1% en áreas urbanas (Contraloría General de la República, 1938, pp. 73-76).

<sup>14</sup> Un ordinario era el Chato García, “drogómalo”, que fue capturado por la policía en el barrio las Cruces luego de que su esposa, Herminia de García, fuera encontrada muerta tras una sobredosis. El Chato mantenía un club de “drogomanos” en la calle 44 con Carrera Séptima (S.f, El caso de las drogas heroicas, 1942).

Saldarriaga:

En una gran ciudad no existe un solo imaginario, hay muchos. Uno de ellos, dominante, es sostenido por los medios como apoyo a diversas formas de poder. A través de él se ejercen muchas formas de control social. En Bogotá este imaginario se ha impuesto sobre una población heterogénea, carente en su mayoría de la experiencia de la vida urbana, sin las bases previas de un proceso de secularización y de civilidad. (2000, p. 244).

Saldarriaga presenta la función de los medios como formadores de un imaginario cotidiano que repercute en acciones concretas. La figura de los diarios principales repercutió tanto en la política como en la cultura capitalina de la época. El Espectador y El Tiempo, periódicos donde Toledo y Jiménez ejercieron su oficio, indican el clima social desde la comunicación masiva de noticias, hechos y opiniones. A su vez, otras publicaciones periódicas como El Sol,<sup>15</sup> Pan, Claridad, El independiente, etc., tratan de reivindicar y hacer presente el estado de cosas de la ciudad y el mundo, visto desde varias posturas, reflejando una contradicción sobre la historia que presentan los grandes diarios de la época.<sup>16</sup>

El periódico podrá persuadir al lector a detener y fijar su mirada sobre ciertos aspectos que parecen relevantes. Un asunto que no pasó desapercibido para los bogotanos de inicios del siglo XX fue la celebración del IV Centenario de la fundación de Bogotá. Los constantes anuncios que se hacían en los periódicos hasta 3 y 4 años antes de la fecha de celebración – 1938–, recomendaban a los capitalinos cuidar su ciudad o tratar de mejorarla. Pero mientras estos anuncios iban en aumento, los innumerables casos de sangre –homicidios, suicidios– y de policía –investigaciones, accidentes, multas– continuaban desarrollándose por días hasta la resolución del caso. Estas noticias darán cuenta de un estado de cosas, una percepción naciente de inseguridad y caos que imperó durante mucho tiempo. Lila Caimari apunta que en una cultura que escinde lo oficial y lo popular se van creando imaginarios correspondientes para cada situación (2004, p. 80). Así, la chicha generará como siempre “estrágos”, abundarán “casos de sangre” y habrá personas “casi muertas” (S.f, 1930). Es notable que la carga sobre lo negativo en estos casos se presente desde una cultura oficial letrada a la cual no pertenece la mayoría ciudadana. La minoría que opina y advierte sobre lo que se debe hacer realmente en la ciudad determina parte del imaginario social.

En el semanario *Mundo al día*, dirigido por Arturo Manrique, en la edición del 19 de

---

<sup>15</sup> El caso del periódico el Sol, financiado por la figura liberal de la época Benjamín Herrera, a cargo de Luis Tejada y José Mar, da cuenta de la aguda injerencia de los periódicos en los asuntos políticos de la época. El Sol ataca todo aquello que va en contra de los intereses de ciudadanos y obreros. Tejada, en un artículo de noviembre 29 de 1922 expone su pensamiento de esta manera: “Creo que todo gobierno debe parecernos malo, por bueno que sea; y por lo tanto, que a todo gobierno, por bueno que sea, se le debe hacer la guerra.”(1922).

<sup>16</sup> Entre los periódicos más destacados están La Razón, El Liberal, El Nuevo tiempo, Jornada, Sábado, Gil Blas, Mundo al día; de igual manera las revistas noticias y con enfoque cultural como Estampa, Cromos, Pan y Gráfico también marcaron un hito en la literatura periodística de la época.

junio de 1937 se pretendía iniciar una campaña para evidenciar "...las partes de la ciudad que requieran una acción inmediata de las autoridades municipales, ya por ser sitios antiestéticos, ya por ser antihigiénicos..." (1937, p. 3). Esto con el fin de presentar a Bogotá con un aspecto "decente" para la conmemoración del Cuarto Centenario. Remata la portada del semanario con la frase "hay que revelar el mal para curarlo". La acción del medio sobre la situación bogotana es una denuncia aleccionadora, avalada por la opinión de sus lectores. Las peticiones se depositan sobre la municipalidad, que no puede atender el crecimiento informe de la capital. Ante todo, si eso fuera posible, se quiere presentar una ciudad a sus habitantes letrados, decente, limpia y organizada. Se busca enterrar la basura llena de moscas, canalizar los ríos contaminados y expulsar los hechos violentos a los sitios más alejados del centro histórico. Una vez que esto suceda, según la lógica del medio de comunicación, el ciudadano se sentirá más cómodo en la ciudad, podrá caminar tranquilamente, y sus ojos no tendrán que enfrentarse de nuevo a la podredumbre y la miseria.

Este imaginario negativo, que recae en la suciedad, –lo repudiable–, la podredumbre, y la miseria se vuelven una carga tanto para quien la vive, como para quien tiene que escribir sobre aquello y para las beneficencias que empiezan acoger a las distintas personas que no podrán pertenecer al rebaño ciudadano. Este mal que cunde a sus habitantes rara vez se exterioriza en otra cosa que un machetazo, una riña violenta, una confusión, en el mejor de los casos una multa económica impuesta por el policial de turno. El funcionario le hará mayor caso al personaje letrado, respetado y con apariencia de una postura social y económica.<sup>17</sup> A su vez tratará con inopia a la dama que quiere lustrarse sus zapatos en la plaza de las Nieves.<sup>18</sup> El policial será el rey de ese mundo "atrofiado" por el vicio, de acuerdo a su criterio reprenderá a quienes considere infractores (Jiménez, 1946, p. 126). Este discurso, mantenido a lo largo de la época, de acuerdo a la incuestionable honra de una persona bien vestida y a la inferioridad de género, será normalizado y reforzado diariamente como el estado de cosas en la ciudad. Los

---

<sup>17</sup> En la crónica *El hombre que parecía un fantasma* Manuel Mejía Vallejo cuenta una anécdota, referida, de cuando el poeta Porfirio Barba Jacob disponía de cien dólares, los cuales quiso regalar a quien le hiciera el mejor insulto. La ganadora fue una señora que le dijo cochino, tras la negativa del poeta a pagar unas bebidas. El caso fue que en el momento de la discusión un agente de policía llegó a mediar, "pero se sintió intimidado por el buen vestir de Barba Jacob y por su billete de cien dólares que mostraba enredado en sus largos dedos fantasmales..." (Hoyos, 2009, p, 683).

<sup>18</sup> "Este fue el curioso caso de ayer: una muchacha, con su bella silueta gentil, su sombrerito de última moda, quien parecía la cachucha de un jockey, sus labios rojos fielmente retocados por el lápiz; sus orejas color violeta y sus medias transparentes, pérfido invento de los modistos, ya que hacen la pierna aún más suave y sugestiva que al natural, tuvo el capricho, simpático y alegre, digno de todas las alabanzas, porque fue despreocupado y original, de hacerse lustrar sus lindos zapatitos de glasé en la plaza de Las Nieves, viendo el correr rechinante de los tranvías, y el lento desfilar de los hombres indolentes y admirativos. El señor agente se desconcertó; ¿tal cosa estaría permitida? ¿y si lo estaba por qué no lo había hecho ninguna antes? Reflexionó y lentamente, en su cerebro plano, obraron las influencias mentales que heredó con la sangre de sus antecesores. "Todo lo nuevo es malo", se dijo; y la solución brilló en su fisonomía clásica, achatada hacia las narices y levantada hacia los pómulos. Enérgico, se vino sobre nuestra alegre damisela y le intimó prisión." (Pardo Umaña E., 1997, p.198).

doctores y los señores serán reconocidos por su aspecto así estos no lo sean del todo.

Un relato de un abogado que vivió a mediados de siglo XX en Bogotá, trata de desmitificar la noción del intelectual y el letrado. Este personaje recuerda que la educación, la cultura y demás elementos de los cuales se ufanan los bogotanos eran exclusivos de quien podía acceder a los materiales necesarios para la instrucción intelectual. El personaje comenta, en el libro del Instituto Caro y Cuervo, *El habla de la ciudad de Bogotá, materiales para su estudio* sobre lo que se creía significaba la cultura años atrás:

Entonces se hablaba de la gente muy culta, de los poetas, de los escritores. Pero si usted con relación al número de habitantes eh...(...)pues realmente es muy reducida. La gente que tenía acceso a las universidades era también muy reducida. Algo más: esa cultura se había adquirido con lecturas especialmente francesas, de la influencia francesa, o de la influencia europea en la cultura nuestra. Pero eran las gentes que tenían medios de ir a Europa, de educarse en Europa, de manejar el francés o el inglés o el alemán; y había gente que lo hacía con maravilla; pero eran diez o quince o veinte. Entonces cuando se habla de esa gran cultura, eso es cierto. Pero era una ciudad muy pequeña. Hoy encuentra usted una mayor cultura, una mayor popularización de la cultura, como que, por ejemplo, en Bogotá hay seis o siete facultades de derecho, y en ese tiempo había una;... (1986, p. 229).

La ilusión de que en la ciudad se respira cultura e intelectualidad, que progresa a pasos agigantados no pasa de ser una exaltación aparente, criticada por los mismos autores de la época.<sup>19</sup> Ilusión que se apoya en la misma literatura, en la poesía y en el afán de imitar estilos de otros países con una tradición literaria vasta y distinta a la que hasta el momento se estaba formando en el país. Si bien existe la preocupación por demostrar esa cultura, no sólo desde las letras, sino con edificios construidos elegantemente o con eventos ceremoniales, la democratización de esa cultura que tanto se quiere exaltar no llegará pronto.

#### Remedando el orden

Lo que reflejará la representación de Bogotá será una imitación calcada sobre una posible ciudad ideal. Esto se ve en la industrialización de Bogotá cerca a nuevas residencias urbanas así como en la industria del cine que se arma un buen lugar en el imaginario popular, proveniente de Estados Unidos y México luego de 1930. Estas películas dominarán los anuncios y carteleras de los teatros capitalinos; los clubs y hoteles con ganas de parecer europeos fomentarán una adoración por la cultura externa, esa que va llegando de a poco, primero con

---

<sup>19</sup> En la obra de artistas como León de Greiff, Luis Vidales, poetas y Ricardo Rendón, caricaturista, se nota la crítica frecuente a los nuevos modelos de pensar la vida diaria. León de Greiff (1930, p.126) con su ritmo hilarante habla de costumbres de pueblos y ciudades que se envuelven en letargos y aspiraciones etéreas; Vidales (1976) da cuenta de esta nueva ciudad que entra desde los zapatos lustrados hasta el paso de las aldabas a los timbres; y Rendón hace de la crítica y la sátira política un instrumento de denuncia hacia personajes como el general Cortés Vargas o a los presidentes Marco Fidel Suárez y Pedro Nel Ospina.

el telégrafo, luego con la radio, el cine y por último, la televisión. La prensa tradicional fungió como vocera de este intento de estandarizar la ciudad creciente. Cundirán en sus páginas los anuncios de cada objeto, artilugio o milagrosa cura con resultados garantizados.

En *Lima la horrible*, Sebastián Salazar Bondy trata de entender el porqué la ciudad de Lima, similar a la ciudad bogotana, perpetúa el sistema de castas colonial y elimina cualquier interés de parte de sus altos dirigentes por el desarrollo social y cultural de todos sus habitantes. Para Salazar, el sistema social de Lima funciona a partir de la supervivencia y la viveza del más apto. El pobre quiere escalar socialmente, busca legalizar su terruño de invasión con la esperanza que se le reconozca en la legalidad y pueda entrar a hacer parte de la gran ciudad en construcción. La persona que ha salido de la pobreza e imita los ademanes de la clase más pudiente, se le apoda huachafo, es decir, cursi y esnobista o “lobo”. Dice Bondy que: “Se le ha impuesto al pueblo,(...)como principio rector para tener éxito en la difícil prueba del escalamiento social y económico,(...)que el ‘triunfo’ depende únicamente del sumiso trabajo y del acatamiento de la organización de la sociedad tal cual es.” (1964, p. 41). Este intento de ascender socialmente pese a las condiciones que se imponen en la ciudad atará a los habitantes al lugar que les corresponde.

La falta de un proceso letrado, sumado a las condiciones de vida de gran parte de la población, crean las condiciones ideales para una imposición sobre el territorio que a la larga se vuelve una naturalización de un proceso inequitativo. Esto, tanto con las personas que habitan el espacio de la ciudad y con la ciudad y sus ideas de fundación:

...la impiedad urbana se descarga sobre quienes, al no pertenecer a las «categorías del respeto» social, sólo tienen derecho, en su calidad de sombras, a la impresión costumbrista. ¿A qué más podrían aspirar los carentes de toda información y, casi por lo mismo, de todo poder? Al dibujo alegórico, a las frases como epitafios, a los adjetivos estremecedores, a las anotaciones desolladoras o conmiseras. (Saldarriaga Roa, 2000, p. 14).

Esta idea de un orden racional jerárquico se gesta desde el siglo XIX y se impone como norma reguladora de la cotidianidad. La forma de transitar en la calle; la confianza en los valores morales en contra del caos extraordinario comentado en las noticias rojas; el establecimiento de leyes y decretos desde un Concejo municipal exclusivo,<sup>20</sup> etc. La forma originaria de las calles bogotanas propició la separación de clases en la ciudad y consolidó una estructura vertical, de favorecidos y no favorecidos. La municipalidad pretenderá que sean pocas las rencillas de las que se puedan escapar los males que limitan el crecimiento unívoco de la ciudad.<sup>21</sup> Para Giuseppe Zarone, esta conquista del orden es una empresa que pasa por el

---

<sup>20</sup> Es exclusivo porque elige arbitrariamente, sus miembros rara vez hacen parte del grupo mayoritario de la ciudad (Suárez Mayorga, 2006, p. 128).

<sup>21</sup> La barriada de El Carmelo, ubicada en 1930 en los terrenos del Parque Nacional, sufrió este desdén. Este barrio fue construido por sus habitantes, arrendatarios, que luego fueron despojados arbitrariamente para darle paso al gran parque, sin importar el destino de las personas que llevaban

papel utópico del Estado, en la medida que es este quien debería realizar las posibilidades de los habitantes de una ciudad de manera satisfactoria. La ciudad se convierte en un estado de cosas posibles, donde prima el interés por el bienestar, a pesar que los hechos sociales y políticos dicten lo contrario. Dice Zarone:

Todavía cuenta ciertamente para nosotros el hecho de que, como consecuencia de esta conciencia conquistada, la polis donde se celebra la consumada primacía del orden sobre el desorden, de lo repetible y previsible sobre lo casual, de la paz sobre la guerra –una experiencia que roza no sólo el pensamiento y la enseñanza de los filósofos y sabios, sino el despliegue cotidiano y público de las relaciones de la vida social–, esta ciudad, sólo ahora se ofrece a la mirada interesada como una identidad objetiva, como una totalidad racional de sentido susceptible de una diversidad de significados y, por tanto, proyectable y re proyectable. (1993, p. 44).

El movimiento de una *polis* hacia una Metrópolis proyecta y transmite las rencillas que dejan ver otra ciudad. Tenemos dos imaginarios sobre la gran ciudad que son el del progreso generalizado hacia una utopía ciudadana y el de la ciudad malograda por diversas decisiones y acciones de sus habitantes, incluidos sus políticos, que propiciaron una ciudad pobre, olorosa y elitista. Estos imaginarios, más que una distinción entre dos tipos de ciudad se volverán una clasificación sobre la historia de Bogotá. Los distintos personajes que habitan la ciudad serán tipificados de acuerdo a roles y categorías, desde pobres a ricos, hasta buenos y malos; esta asignación recaerá en los textos que señalan a unos y a otros con un dejo moralizante sobre sus acciones. El texto sobre lo que se dice que debe ser la ciudad se reproduce a medida que crecen los imaginarios opuestos, rencillas, de sus habitantes.

La ciudad, o la aproximación que se hace de esta, a los ojos de una modernización, tratará de adaptarse a la idea de que el progreso se realiza mediante la tecnificación y el desarrollo social acelerado. Zarone resalta cómo la ciudad vive constantemente bajo la idea de un mito fundador, sea de caos o de orden, que propicia su formación. Dice el autor que:

...las técnicas más refinadas de la vida metropolitana manifiestan y revelan el mito; de ellas depende también la lenta desmitificación del largo encanto de la utopía metafísico-política de la idea, de la justicia y de la ley; aquel orden necesario permeable de la conciencia y abierto a la realización por parte de la voluntad. (Ibíd., p. 47).

El ciudadano del barrio popular acudirá al mito del progreso, del bienestar común y la utopía de la justicia, más se encontrará con un territorio a duras penas carreteable, donde abundan los baldíos, arenales, construcciones a medio hacer y urbanizaciones muy costosas para su capacidad financiera. La desilusión es fuerte para quien no posee recursos para levantar esta nueva metrópolis. Ante este choque, entre lo que promete la ciudad y lo que verdaderamente revela, se enfrentan el vagabundo, el obrero sin crédito y la vendedora de mistelas del barrio

---

largo tiempo allí. En este punto se puede ver cómo los planes urbanizadores, que aspiraban tener un aspecto de ciudad ordenada, fueron en contra de las organizaciones auto-gestionadas (Serna Dimas & Gómez Navas, 2012).

popular. El encanto de la ciudad será exclusivo de algunos amigos del ruido de las fábricas, los paseos dominicales y la comodidad de un buen colchón. Lo que esconde y evade el discurso del progreso será luego un alarido que cae sobre la ciudad. Las riñas y conflictos, ocurridas después del alarido, darán cuenta del estado frágil en que se encuentra el imaginario ciudadano.

El desprecio de las clases altas de la época, reforzado por algunos medios de comunicación, hacia las clases bajas y obreras que ejercen su trabajo para mantener andando la ciudad es naturalizado bajo el yugo de la cotidianidad. Los trabajadores que devengan un salario por décadas o jornales,<sup>22</sup> están condicionadas a continuar con el estado de cosas que la ciudad del momento les impone. Las necesidades vitales, el alimento y la consecución de una vivienda primarán sobre cualquier atisbo de lograr una modernidad más equilibrada y justa entre todas las clases sociales que viven en Bogotá. El relato que apunta José Antonio Osorio Lizarazo, contemporáneo a Jiménez y Toledo, acerca de los problemas sociales y espirituales del momento, muestra el clima de la época. En la novela *Hombres sin presente*, transmite su pensamiento sobre la sociedad bogotana, que exalta la apariencia y divide sus castas. Para Lizarazo, Bogotá tiene un filtro que separa y divide “lo residual”, de las “buenas costumbres”. Dice Osorio que:

...la ciudad sabe purificarse a sí misma de miserables, a quienes va arrojando hacia los extremos, como la espuma indeseable, porque el espectáculo de su indigencia martiriza el olfato y la vista de la buena gente que puede disfrutar de la vida, de la buena gente que ha logrado colocarse en las posiciones de preferencia dentro de la sociedad, y cuyo sentido estético e instinto defensivo los hacen abominar de todas estas humildes y laboriosas gentecitas que desarrollan una opaca vida de sacrificio. (1938, p. 182).

Los barrios obreros que por esa época –1910-1940– se construyeron, propiciaron distancias tanto geográficas como sociales en la ciudad. Barrios como el Santander, la Perseverancia, San Cristóbal, las Ferias, Santa Lucía, contrastan con los exclusivos lugares de Quinta Camacho, el Polo o Teusaquillo. A excepción de algunas construcciones obreras al noroccidente de la ciudad, pocos barrios de clases bajas y medias se ubicarían al norte de Bogotá. La tierra por ese lado de la ciudad es más fértil y será costosa. Antes grandes haciendas, luego parceladas para construir numerosas urbanizaciones. Los terrenos ubicados al sur de la ciudad, no tan fecundos, fueron ocupados por las personas que año tras año se iban sumando al “mar de naufragos” que describe Jiménez. En consecuencia, el imaginario ciudadano será un constante enfrentamiento entre dos posiciones antagónicas. Algunas de estas, como se ha visto, son la tierra costosa contra la tierra baldía; la superioridad moral de las élites sobre la resignación social de los habitantes pobres; la necesidad de ordenar y arreglar las calles comerciales sobre la necesidad de vías hacia la ciudad que se iba expandiendo, etc.

Además de esto, hubo disputas sobre los planes reguladores de la ciudad, por incluir o

---

<sup>22</sup> El pago o bien se realizaba diariamente o por décadas, cada diez días, dependiendo del trabajo y el sitio de realización del mismo. Después de las reformas liberales entre 1930 y 1946, hubo un intento de reformar las condiciones de trabajo. Ver págs. ss., y nota al pie 53.

no ciertas zonas de la ciudad dentro de la visión futura de lo que sería Bogotá. El caso que presenta El Espectador el 5 de abril de 1951, época en la que se estaba estudiando el Plan piloto urbano propuesto por Wiesner y Le Corbusier, menciona que la alcaldía del momento<sup>23</sup> dejó por fuera del plan regulador a barrios como el Guavio, la Perseverancia, San Fernando, Las Ferias, Boyacá real, la Cabaña, Santa Inés, Tunjuelo, Lourdes y Girardot.<sup>24</sup> Esta disputa es una consecuencia de las condiciones sociales y económicas de los actores que intervienen en la planeación urbana. En barrios como Ricaurte, la Perseverancia y tardíamente en el barrio Policarpa la lucha social se gestará como contraparte a la forma unívoca de organizar la ciudad. Los intereses de los constructores en boga se opondrán a los deseos familiares y personales de construir un hogar para permanecer en la ciudad.

En este sentido, los planteamientos de Lewis Mumford sobre lo que sería una ciudad planificada para sus habitantes y no para los edificios y los automóviles, van de la mano con la idea de que los intereses estatales y burocráticos no dejan realizar una organización coherente de la ciudad. Esto fue lo que ocurrió en Bogotá, pues las acciones legales y políticas, sostenidas a lo largo de la primera mitad de siglo XX y más allá, dictaron un cierto tipo de organización ciudadana, pensada bajo intereses privados antes que como beneficios para todos sus habitantes. Para Mumford:

Por desgracia es difícil que aparezca una imagen viable de ciudad que abarque todas las potencialidades ideales de la cultura moderna, hasta que la planificación haya superado las limitadas premisas y las mezquinas preocupaciones del ingeniero y el burócrata. (2012, p. 873).

Como el fenómeno de crecimiento de la ciudad iba de la mano con el ritmo de la fábrica, el proceso fue forzado y acelerado. Esto lo único que hizo fue replicar el modo de vida comercial, útil y eficiente. Por lo que tenemos una réplica de metrópolis en cada esquina, que muy pocas veces se detiene a pensarse, es decir, una ciudad a la cual pocos de sus habitantes le prestan atención sobre el desarrollo y bienestar que le son debidos a quienes conforman el conglomerado urbano (Ibíd., p.885). Tal como afirma Daniel Pécaut en el artículo “De las violencias a la violencia”, las élites económicas en Colombia jugaron un papel fundamental en la ejecución física y social sobre el territorio, al resistirse a una reivindicación de derechos humanos, como la jornada laboral de 8 horas, anteponiendo intereses privados con miras al lucro. El rechazo de las intervenciones estatales propiciadas entre 1930 y 1946, durante mandatos liberales, dio cuenta de la primacía del interés económico sobre el desarrollo social. Llegados a tal punto, “las elites económicas se habilitan para presentar sus intereses particulares como intereses generales.” (1991, p. 186). Es así como los planes de vivienda serán presentados como respuestas al problema social del hacinamiento, sin revelar la otra

---

<sup>23</sup> El alcalde en el momento era Fernando Mazuera. En el decreto 185 de 1951 se da cuenta del proyecto del plan piloto detalladamente. (Concejo de Bogotá, 1951)

<sup>24</sup> En el plano del plan satélite de estos autores, barrios como Santa Inés y Las Ferias serán considerados “barrios satélite”.

dimensión que serán las concesiones de contratos para ejercer estos proyectos. Aunque se anuncien estos planes de casas o una nueva obra para los barrios obreros, estos serán descreídos por los habitantes, que en el terreno no verán la realización de los mismos.

El aventurero reportero Jiménez, desde 1935 no sólo expresa su asombro ante la ciudad que está viendo, sino que se convierte en testigo de la contradicción social que vive la ciudad. Las ideas de progreso y tecnificación riñen con el pensamiento del reportero, quien expresa su panorama del deterioro de la capital. En una oportunidad cuenta cómo los trabajadores –obreros dependientes de un salario que a veces no se les otorga– de los chircales y de las fábricas de loza ubicadas entre los barrios Egipto y el Guavio, estaban pidiendo limosna en el centro de Bogotá, pues los habían echado de su sitio de vivienda-trabajo. Jiménez cuenta que eran más de 20 familias las que estaban padeciendo lo que él denomina el “egoísmo de los empleadores” y “el descuido municipal”. Sus crónicas están llenas de símiles que refuerzan esta visión desesperada de un periodista capaz de revelar en su relato una diferencia abismal:

¿Suponéis lo que son 240 metros de intestinos vacíos? Alcanzarían a medir las tres calles reales. Más de treinta personas en la antigua fábrica de loza de Llano de las moscas no tienen qué comer hace ocho días. Nadie les ayuda. Los niños se mueren. Si así siguen, todos perecerán de inanición. He aquí un hecho mucho más elocuente que todas las doctrinas sociales en boga. (1946, p. 95).

El autor acusa aquí la desconexión entre los textos, normas y leyes que se dictan para remediar una situación repetitiva. La fábrica de lozas, que existía desde el siglo XIX, funcionará como la industria creciente a la que no le importan demasiado sus trabajadores; con tal que se generen ganancias sobre la explotación del territorio, las necesidades de las personas que hacen posible el proceso de fabricación artesanal de lozas serán relegadas. Las situaciones de las cuales el cronista habla se vuelven recurrentes sin que haya una acción concreta para evitar tales sucesos. La casta de hombres bogotanos le fallará a su ciudad en el momento que deja perecer a sus residentes más pobres. Así pues, estos hechos se volverán pan de cada día hasta convertirse en escenas típicas de la ciudad. Ahora bien, se abordarán algunos sucesos narrados por José Joaquín Jiménez y Felipe González Toledo y se tratará de entender de nuevo la historia que estos cuentan teniendo presente la perspectiva de ciudad bogotana que se ha venido desarrollando. Esta presentación de ciudad se abordará como un discurso recurrente, entre 1935 y 1950, que evidencia un estado social y económico particular. Mientras se van publicando las noticias de crímenes y sucesos de lamentar crecerán los señalamientos de los cronistas sobre la precariedad social de la ciudad creciente.

### **240 metros de intestinos vacíos.**

Cuando los hechos contados se repiten y se vuelven recurrentes, ya sea porque se presencian en los barrios o porque se leen en los periódicos, logran crear una noción generalizada, que se

comparte colectivamente; a su vez es interiorizada en el pensamiento o imaginario propio de cada habitante. Cada cual con sus ideas y nociones sobre la vivencia diaria en Bogotá. En los escritos denominados como crónica roja o crónica de la ciudad, se hace evidente una idea colectiva sobre las anécdotas, los lugares, la muerte, los robos, sucesos denominados espectaculares, etc. El relato de las reiteradas fugas de un ladrón de la cárcel Modelo de Bogotá (González Toledo, 1994, p. 96).<sup>25</sup> La confesión de un reo arrepentido de sus crímenes (Jiménez, 1996, p. 175). El atestado puerto de ingreso a Bogotá y el constante rebusque de mucha gente en la larga calle de ingreso a la ciudad en *Un puerto, unos barcos y unos marineros* (Ibíd., p.72). Estos casos inundarán los periódicos y serán tema de conversación en alguna esquina. El contenido de los relatos servirá también como excusa para mantener normas o pautas que inclinan la balanza sobre el desarreglo y la baja moral; el sentimiento de unos se convierte en desprecio como forma de mantener un estado de cosas para otros.<sup>26</sup>

La visión de John B. Thompson sobre las formas simbólicas que se ejercen cotidianamente en una sociedad son un marco de referencia para tratar algunos elementos que se evidencian en las crónicas. Para el autor hablar de una situación particular requiere antes de evidenciar un hecho, un análisis que vaya desde el metarelato, lo que está más allá del texto, junto con la forma en que se percibe el hecho desde determinada posición ideológica, sea dominante o subordinada. Así, se tendrán en cuenta las diferencias de clases, más las nociones de género, raza e identidad, que se van formando a partir de unos esquemas flexibles delineados sobre una base identitaria específica (2002, pp. 221-226). En este sentido, habrá una serie de evaluaciones simbólicas sobre la conformación social dependiendo desde donde se sitúe el personaje evaluador. Si está en el eje superior de la jerarquía social, o posición dominante, tratará los sucesos de crónica roja desde la burla y la diferenciación. Para este los hechos que se narran allí están totalmente fuera de su realidad y los considerará risibles o llegará a despreciarlos por representar el desarreglo de las formas impuestas.

Las personas dentro de la clase media, o escala intermedia entre la posición dominante y la posición subordinada, tratarán de ejercer una distinción basada en supuestos. Estos son los anhelos de un escalamiento social que los distinga de la clase más “ruin”. No obstante,

---

<sup>25</sup> El ladrón de la crónica es apodado “Barragán”, quien tiene un largo historial en los medios bogotanos y es un personaje abordado por Toledo varias veces.

<sup>26</sup> Beatriz Sarlo afirma que la ciudad real ratifica o choca con la ciudad escrita, pero cada una tiene sus propias formas que predominan en el imaginario colectivo. “La ciudad real entra en colisión o ratifica a la ciudad escrita, pero nunca se superponen, ni se anulan ni intercambian sus elementos, porque su orden semiótico es diferente. La toponimia no es sólo designación de lugares; perspectivas de enunciación arman una red que se vuelve inseparable del nombre; es la luminosidad que lo acompaña, o la oscuridad, su aura.”(2009, p.147). Así, pese a que no haya un intercambio entre estos dos campos de vivencia entre la ciudad vivida y la ciudad escrita, sí habrá una repercusión de la ciudad escrita sobre la ciudad vivida, que adquiere connotaciones, rasgos y marcas. Estas marcas sobre el territorio y sobre los sucesos cotidianos estarán presentes en la vivencia de la persona, que eleva su mirada desde una perspectiva particular y así traza su rumbo sobre la ciudad, sea de resignación o de provecho.

también habrá casos en los que esta posición reproduzca unos hechos para desclasificar a la clase más poderosa y así restarle credibilidad y simpatía. Desde este punto podemos ver el apoyo de comerciantes a obreros y trabajadores en la protesta social como método de interponerse en los deseos de estabilización y conservación de las formas simbólicas mantenidas a lo largo del tiempo por sectores de élite.

Por último, la evaluación simbólica de las personas situadas en la posición subordinada serán varias. Entre estas están el aprecio por el surgimiento de una nueva cultura más propia, en la que se incluyen el honor y la honra en los conflictos de sangre. No obstante, habrá un temor y un respeto a las formas simbólicas de la clase dominante pues estas serán consideradas más altas y distinguidas. El deseo de escalamiento social hace que la cultura del vicio y de la pobreza no sea una idea fuerte, sino más bien un estado de cosas que es aceptado por la misma situación en la que se encuentran los personajes, sea el bandido, el pordiosero o el obrero.

Al crear una valoración sobre los casos narrados en las crónicas de la ciudad, habrá una apropiación sobre el relato que tratará más de la vivencia de cada persona, que del arreglo social que presenta la ciudad, sin que ambos temas dejen de entremezclarse, pues constantemente estarán en tensión: la ciudad en la que acaecen los hechos sobre las personas que van acoplándose a lo que pasa en el territorio (Ibíd., p.238). La apropiación de ciertos valores e ideas como distinción y diferenciación de otras ideas que exaltan valores más nobles e ilustres se hará presente como forma de poner en cuestión constantemente la representación social y los modos de vida ciudadana. En términos de García Canclini esto radica en un interés de alejamiento y secreto de unos y otros grupos sociales: “Todo grupo que quiere diferenciarse y afirmar su identidad hace uso tácito o hermético de códigos de identificación fundamentales para la cohesión interna y para protegerse frente a extraños.” (1990, p. 154). En ese sentido, la clase dominante, dada su posición ideológica excluyente tiene diversos mecanismos, como la información secreta, el manejo de la ley, el posicionamiento del arte nacional, que generan unos valores específicos sobre la sociedad y mantienen un estado de cosas. Los valores que expone la crónica roja estarán en contravía de ideales impuestos. Sin embargo, estos relatos sangrientos cobrarán cada vez más fuerza, puesto que consiguen un campo específico, un público y una valoración creciente, sea buena o mala, que le abrirá espacio en el porvenir ciudadano.

Así pues, este relato sobre la ciudad será generalmente el de la imposibilidad. Sea de brindarle a todos sus habitantes una porción de tierra, buena comida o un desarrollo asegurado. Entre más se acercan habitantes de los pueblos, el crecimiento de la ciudad se desborda. Se arrinconan a los que llegan y los que aún creen en la pulcritud y el buen orden se alejan a terrenos más caros, haciendas, en proceso de urbanización, donde los hechos que se narran en la crónica policial rara vez ocurren. Sin embargo, Toledo cuenta que en el barrio el Antiguo Country, hubo un crimen inesperado en un barrio poco frecuentado por el “mal mundo”, la podredumbre, el vicio y la corrupción (1994, p. 115). La ciudad ejemplar que Toledo describe, poco a poco se va acabando y malogrando hasta llegar a una urbe

desconocida para el autor, un lugar opuesto a cualquier armonía vital de la época Centenarista. Una vez los casos de policía y la crónica roja se incrustan en el relato ciudadano, será inevitable pensar en este nuevo arreglo de ciudad, que exaltará el misterio, el drama y la incógnita. La importancia que se le dará al individuo, sea el perpetrador o la víctima, reafirma este porvenir ciudadano donde se acusa, se responsabiliza y se agrede al sindicato. Esta será una buena excusa para evitar hablar del “mal” global que afecta a la sociedad. Por lo tanto, “lo ejemplar” de las ideas de la posición dominante, que se intentará excluir de este relato criminal, serán una pauta de cómo se supone debería ser la ciudad ante tanto hecho violento y sangriento.

Jiménez y Toledo son conscientes del cambio que presenta la ciudad. Procuran investigar sobre los hechos internos que promueven y desarrollan el “vicio”, la vulgaridad y el desarreglo. Al retratar los hechos particulares que conmueven las entrañas de la ciudad, crean un modelo para entender la realidad futura. Explican la discordia y la riña sin un sentido claro, comúnmente vistas como disputas pasionales, fratricidas u honoríficas. En algunos casos se apela a la locura, a la falta de juicio o a la borrachera para responsabilizar al agente del relato. Estos autores mostrarán cómo el lugar de la tradición y la cultura bogotana va mezclándose con el ruido de los carros y las grandes maquinarias. Se extinguirán las costumbres del saludo, del diálogo espontáneo en mitad de la acera, las personas se alejarán entre sí, los destinos comunes le darán paso a un sentimiento de incertidumbre individual, desazón que muchos comparten, pero que cada habitante verá como única. El gran pueblo de Bogotá, ahora ciudad, querrá que las cosas sean como siempre. Eso queda claro para sus habitantes nativos, como para quienes vienen llegando. No obstante, el destino que le depara a la ciudad en nada semejará a los años de la ciudad reducida al Centro y a Chapinero.<sup>27</sup>

Con estos hechos en mente se tratará entonces de dibujar algunas situaciones particulares que se narran en las crónicas, desde una visión más amplia que permita entender cómo se van creando los tipos sociales y a su vez, cómo se reproducirán las formas simbólicas en la vida cotidiana de los habitantes. Esto con el fin de explicar la crisis social que evidencian estos relatos, que será una crisis sobre la ideología dominante en la ciudad. Para ello, se presentará primero un hecho social desde algunos postulados teóricos, y luego se entrará a narrar el hecho en cuestión que devela la situación planteada.

#### Puntos de encuentro

*La interpretación de la ideología se carga así con una doble tarea: la explicación creativa del significado y la demostración sintética de cómo sirve este significado para establecer y sostener*

---

<sup>27</sup> Dice Olga del Pilar López que un nuevo mapa se traza al hablar de las crónicas de sucesos, pues un lenguaje establecido genera nuevas pautas de vivir y experimentar la ciudad: “La crónica sensacionalista hace sus propios mapas de la ciudad: semiología de barrios, calles, parques, plazas, bares o cantinas; y en todos ellos, las marcas de sus habitantes: las palabras, ruidos, gestos actos, música, es decir, todo aquello que hace un territorio.” (2005, p.110).

*las relaciones de dominación. Es una tarea que exige tanto una sensibilidad ante los rasgos estructurales de las formas simbólicas como una conciencia de las relaciones estructuradas que se dan entre los individuos y los grupos. Al vincular las formas simbólicas con las relaciones de dominación, el proceso de interpretación busca demostrar cómo pueden operar éstas como ideología en circunstancias sociohistóricas específicas.* (Thompson, 2002, p. 426).

Los de pañolón oscuro, alpargatas y pantalón frecuentan el mercado. Se les vuelve costumbre mirar hacia arriba en su deambular diario, mientras cientos de obreros construyen edificios cada vez más altos.<sup>28</sup> La industria creciente, ubicada en algunos puntos de la ciudad como Puente Aranda y Ricaurte, movía a la gente de allá para acá. El ajetreo y la competencia por el espacio público cada día aumentaba más. Las pequeñas calles coloniales se debieron ampliar y aún así fueron frecuentes los accidentes de tránsito. Hubo personas arrolladas por el tranvía que bajaban de la acera y por esquivar una anciana de transitar lento se daban su porrazo o incluso fallecían.<sup>29</sup> El Tranvía, sistema de transporte masivo, en principio sistema de rieles impulsado por mulas en 1884, para 1940 movilizó 30 millones de personas.<sup>30</sup> A veces se demoraban tanto o venían tan llenos los carros que para recorrer unas 20 cuadras tardaba una hora. Se podía llegar más rápido a pie, aunque usar el tranvía se convirtió en costumbre y “moda”, era visto como una novedad, se podía conversar y además se hacía divertido ver tanta gente que salía disparada entrando y saliendo de los vehículos.

Los lugares de reunión al aire libre como la plaza del matadero municipal –inaugurada en 1924–, o la plaza de mercado de la Concepción –demolida en 1953–, se alzaron como espacios de socialización, en los cuales el saludo era primordial. El negocio alrededor de infinidad de verduras y frutas que se ofrecen a diario pareciera funcionar como una arandela, una actividad que se mantiene para preservar un modelo de vida que viene desde épocas anteriores. En contraposición a la noción de la vida bucólica y campesina, la industria y las crecientes formaciones empresariales propiciaron una expansión urbana, tanto en el espacio de la ciudad como de las personas que acudían al llamado del dinero corriente.<sup>31</sup> La forma de

---

<sup>28</sup> En la década de 1940 se ‘celebran’ las nuevas aperturas de calles y los edificios cada vez más altos que se iban erigiendo en el centro de la ciudad (S.f, Construcciones modernas, 1943).

<sup>29</sup> Uno de los accidentes fatales ocurrió el 24 de febrero de 1936, cuando un tranvía atropello a un regimiento policial que bajaba por la calle 10. Veinte personas resultaron heridas, de las cuales cuatro “tenían la muerte asegurada.” (S.f, El Tiempo, 1936).

<sup>30</sup> Toledo menciona que fueron 51 millones para 1945, un total de 336.702 viajes en el año. Además, dada su curiosidad estadística, menciona, aparte del número de pasajeros del tranvía, la cantidad de basura que producen los bogotanos aproximadamente en la época: 768 metros cúbicos al día (El Espectador, 1946).

<sup>31</sup> En el censo realizado para 1938, la población bogotana era de 330.312 personas, más los 355.502 que vivían en los municipios aledaños. Se calcularon unos 36.825 edificios, más los 41.090 de los municipios. Ya en 1951 la población asciende a 1.363.574, sumados los municipios aledaños, los edificios ascienden a 153.493 y las viviendas con que cuenta la futura área metropolitana son 168.249 (Departamento Administrativo Nacional de Estadística, 1962).

hablar, negociar y discutir en la ciudad se modificó, pues aparte de que se asentaron estratificaciones sociales, entre los que trabajaban en una empresa o en una institución y los que comercian verduras y víveres, se fomentó una idea de ciudad moderna llena de luces nocturnas y cinemas atiborrados. Las costumbres arraigadas por los habitantes de antaño le dieron paso a ideas donde predominará la desconfianza y el interés personal.

#### Inocencia citadina

*La identificación, la desidentificación y la alternación serán acompañadas por crisis afectivas, ya que dependerán invariablemente de la mediación de otros significantes. La aparición de mundos discrepantes en la socialización secundaria produce una configuración totalmente distinta. En la socialización secundaria, la internalización no tiene por qué ir acompañada de una identificación afectivamente cargada con otros significantes; los individuos pueden internalizar realidades diferentes sin identificarse con ellas. Por lo tanto, si un mundo aparece como alternativa en la socialización secundaria, el individuo puede optar por él de manera manipulativa. Aquí se podría hablar de alternación “fría”. El individuo internaliza la nueva realidad, pero en lugar de ser ésta su realidad, es una realidad que ha de utilizar con propósitos específicos. Si bien esto entraña la realización de ciertos “roles”, el individuo conserva una separación subjetiva vis-à-vis de ellos: “se los pone” deliberada e intencionalmente. Si este fenómeno llega a estar ampliamente distribuido, el orden institucional en conjunto empieza a asumir el carácter de una red de manipulaciones recíprocas. (Berger & Luckmann, 2001, p. 214).<sup>32</sup>*

El señor Antonio, en la crónica, *La muerte llamó tres veces*, llega a la capital, proveniente de los llanos. Va a un café cercano a la Iglesia de la Concepción y ve en Lucinda, una mesera proveniente de Sutatausa, a su futura esposa. Ante la insistencia del señor por conquistarla, ella creyendo tener un futuro mejor, acepta casarse en el templo parroquial de las Aguas (González Toledo, 1994, p. 22). Él le hace firmar unos papeles antes de llevársela para su finca de los llanos, cuando lo que buscaba era asesinarla para poder cobrar un seguro que Antonio le había comprado a su nueva señora. Tras varios intentos de cometer el crimen, un día en un paseo a caballo Antonio y su ayudante, Campo Elías Samudio, apodado Gorgojo, le propiciaron varios golpes a Lucinda con un bordón y luego la amarraron a uno de los caballos para que este se perdiera con la mujer recién asesinada.

---

<sup>32</sup> Una socialización secundaria es una socialización posterior a la que se realiza antes de estar insertados en el mundo social objetivo. Es decir, la que se atraviesa en la niñez antes de ser un miembro de la “sociedad” (Ibid., p.166.) Esta cita aclara lo que se expondrá a continuación para el personaje de Antonio, que aprovecha el vacío institucional con una trama planeada y se apoya en relaciones políticas formadas desde el parentesco para formarse una mejor posición. A su vez, Lucinda encarnará la situación de una persona insertada a la fuerza en la sociedad moderna bogotana, sin que necesariamente haga parte de esta.

Antonio volvió a Bogotá para reclamar el seguro de vida de su difunta esposa. Con lo que no contaba era con “la desconfianza de la empresa de seguros”(Ibíd., p.30), que contrató a un investigador para corroborar los hechos. Este descubrió la trama que había provocado la muerte de Lucinda. Instigaron luego a “Gorgojo” para que declarara y la verdad fue develada. A pesar de esto, Antonio Cortés tenía un pariente congresista, que “movió sus influencias” para que el caso quedara en la impunidad y el seguro tuviera que pagarle a Antonio pues no se probó nunca la causa del deceso de Lucinda. Los nombres de estos personajes fueron cambiados por González Toledo, hecho usual en su carrera periodística.

Casos como este se repiten en diversas formas en los periódicos. El recién llegado a la improvisada terminal de transportes ubicada en el centro de la ciudad que no sabe a dónde ir. La empleada de servicio que atiende a la puerta cuando sus patrones no se encuentran y deja entrar ladrones que la engañan luego. El incauto que regala su dinero a niños malhechores entrenados para tal fin.

Algunos personajes como “Pepito”, ladronzuelo huérfano entrenado por un viejo mañoso que les da comida a varios niños a cambio de alhajas y pañuelos diariamente, reflejan que no sólo es la víctima la inocente, sino que las condiciones de vida hacen que quien comete el acto poco honroso también lo sea. Dice Jiménez de este niño: “Pepito va a la plaza, sube las callejas tortuosas. Llega a la calle de las Escalerillas. Hace tiempo, para llegar al mercado. El mercado es su centro. Solo allí podrá trabajar.” (1946, p. 44).

Los lugares de mayor tránsito serán los sitios fijos para cometer cualquier delito, para convencer al transeúnte bogotano.<sup>33</sup> Lo que provoca esto es un recelo sobre la palabra y las actuaciones en vía pública; las madres le avisarán a sus hijos que vayan con cuidado y precaución, no vaya y sea que alguien vivo quiera hacerles algo. De igual manera algunos relatos contra el robo acusarán a la víctima por haber confiado en el otro. El recelo sobre la mirada se impone sobre la confianza en la palabra. Ante tanto almacén que pierde a los transeúntes en visiones de objetos posibles de obtener hay otros que miran a los mirones y aprovechan para esculcarle sus últimos pesos.

#### De la alpargata al zapato cívico

*Ahora bien, mientras no ha conseguido aislarse de los acontecimientos que la encarnan y se ha constituido aparte, la vida social tiene precisamente esa propiedad, pues como esos acontecimientos exteriores que la encarnan no tienen la misma fisonomía de una vez a otra y de un momento a otro y como ella misma es inseparable de éstos, le comunican su movilidad. En tal caso, la vida social consiste en corrientes libres que están continuamente en vías de transformación y que la mirada del observador no consigue fijar.(...) Pero sabemos que presenta la particularidad de poder cristalizarse sin dejar de ser ella misma. Al margen de los*

---

<sup>33</sup> El terminal de transportes, los terminales de ferrocarril, las plazas de mercado, los parques principales y las plazas de reunión serán territorios compartidos donde acaecen este tipo de robos.

*actos individuales a que dan origen, los hábitos colectivos se expresan en formas definidas: reglas jurídicas y morales, refranes populares, hechos de estructura social, etc. Como esas formas existen de modo permanente, como no cambian con las diversas aplicaciones que de ella se hacen, constituyen un objeto fijo, una unidad de medida constante que está al alcance del observador y que no deja lugar alguno para las impresiones subjetivas y las observaciones personales. Una regla jurídica es lo que es, y no hay dos modos de percibirla. Como quiera que, por otra parte, esas prácticas no son sino vida social consolidada, salvo indicación contraria es legítimo estudiar ésta a través de aquéllas.* (Durkheim, 2000, p. 100).

La estrategia de los cronistas como Jiménez y Toledo está cerca de la propuesta de Durkheim de indagar sobre los tipos sociales. Al considerar las instituciones, las costumbres y los hechos cotidianos como inamovibles, estos periodistas intentan generar un marco común que se refleja a lo largo de sus textos. Con esto en mente, Toledo afirmará la evolución de los criminales a partir de las múltiples visitas al juzgado municipal a lo largo de los años. La jerga judicial constituirá un modo de ver y tipificar a las personas que han cometido diversos actos reprochables y pertenecen ahora a un mundo criminal (Ibíd., p.139). De igual manera, el paso del tiempo sobre las personas que antes eran campesinas venidas de pueblos lejanos, ahora ciudadanos acomodados en Bogotá, deja ver cómo se consolidan los hechos que le suceden a estas personas, sus tragedias e incomodidades.

Teresa Buitrago llegó a Bogotá luego de 1930 con sus aspiraciones de la vida campesina. La ciudad en principio no la recibió muy bien. Le incomodaba usar zapato alto, no se acostumbraba a transitar entre tanta gente que sale a las calles durante la hora del almuerzo. Para conseguir trabajo necesitaba una recomendación, pero ella, sin conocer a nadie en la capital no tenía mucho que hacer. De no conseguir trabajo como mesera en cualquier tienda o prestaba servicios en alguna casa, sus días en Bogotá estarían contados (González Toledo, 1994, p. 44). Teresita lograría hacerse a un local comercial ya en su madurez luego de ejercer la prostitución, salir traicionada por varios amantes y evadir algunos embrollos y sufrimientos. En 1949 fue hallado su cadáver en las riberas del río Fucha. Según cuenta Toledo el autor del hecho fue su pareja en el momento, el italiano Angelo Lamarca, quien se quería apropiarse de los bienes de Teresa.

En la literatura sobre la ciudad los anhelos de vida capitalina halan a muchos habitantes a migrar a Bogotá. La prensa trata de conciliar el ingreso de habitantes con las ideas políticas y económicas de vanguardia que se quieren implantar, diciendo que el crecimiento urbano solo traería buenas cosas. Sin embargo, una es la idea del Estado y otra la de la ciudad que devora y engulle a los recién llegados.<sup>34</sup> Como afirma Jiménez, hay un orden establecido, como si fuera

---

<sup>34</sup> Una situación recurrente es el desprecio por el movimiento comunista que se iba formando en el país y que afectó las relaciones políticas en Bogotá. En *Mundo al día*, igual que otros periódicos, rechazaban estas ideas. En la edición del 28 de septiembre de 1931 se da cuenta de un motín que realizaron líderes de este partido, entre ellos, Servio Tulio Sánchez, quienes protestaban por la falta de empleo de unos

un gran navío. Este símil permeará la escritura del autor que trata de expresar su agobio, al encapsularlo en forma de una gran embarcación que se desborda día a día, de la que hay que echar al naufragio a varias personas.<sup>35</sup> El autor se cuestiona por los recién llegados, que reman anhelos y esperanzas, dice, jamás cumplirán: “¿Cómo seguir adelante, marineros? ¿Cómo enrolarse en los barcos de extrañas banderas, cuya tripulación está siempre completa y goza de envidiables beneficios? ¿Cómo enrolarse, sin poseer carnet de marinero?” (1996, p. 77).

El personaje advenedizo arriba a una ciudad inhóspita, caótica y fría, deslumbrado ante tanto caos, avisos grandes y coloridos, se sorprende; se deja engullir por la ciudad sin saber el futuro que le espera. Los relatos que mencionan gente proveniente de otras regiones que por una u otra razón llegaron a la capital buscando trabajo o una mejor vida presentan el imaginario esperado de la ciudad contra lo que muestra en el ajetreo diario. No siempre la ciudad recibe bien a estos inmigrantes. Bogotá es un gran barco a la deriva, sin rumbo, un navío en naufragio, que lleva a sus pasajeros a la perdición sin estos saberlo, que no tiene futuro ni puerto donde anclar.<sup>36</sup>

Ana García no tenía futuro, menos cuando decidió cometer el crimen que la llevó directo a la cárcel en septiembre de 1946. Fue acusada de matar a su hijo. Ante las preguntas de Felipe González, que cubrió este caso, ella le respondió que lo hizo porque no tenía cómo mantener al niño y prefería darle muerte antes que mala vida. En el momento de la entrevista Toledo describe la actitud y fisonomía de García: “una mujercita mezquina, de pequeña estatura y de aspecto común, igual al de la generalidad de las criadas, saltó de los calabozos del permanente, aparentando una increíble serenidad...” (Infanticidio en el Barrio Ricaurte, 1946). El reproche que el periodista siente por esta mujer es notorio a lo largo de la descripción del caso, sin que este llegue a ser un intento moralizante. Toledo será crítico de los sucesos que hacen de la ciudad un nido para la delincuencia y el desarreglo. Desde su labor como cronista judicial va tejiendo su mirada sin recelos, más con una resignación de quien ya viene registrando la fisonomía de su ciudad.<sup>37</sup>

---

obreros que el gobierno prometió emplear. Sánchez animaba a los obreros a negarse a recibir 50 centavos por jornal que era lo que les ofrecían a los que estaban empleados, pues lo consideraba “sangriento” e infame. Este motín terminó con la acción de la policía sobre los manifestantes y un proceso judicial subsiguiente en contra de estos. (S.f, Motín comunista en la plaza de Bolívar, 1931)

<sup>35</sup> Cf. Andrés Vergara Aguirre, *Historia del arrabal: Los bajos fondos bogotanos en los cronistas Jiménez y Osorio Lizarazo* (2015).

<sup>36</sup> Algunas crónicas retratadas por Jiménez y Toledo que exponen una situación límite para sus personajes son, *Los zapatos amarillos* (González Toledo, 1994, p. 63), *Las mercedes, un día alegre y amargo* (2002, p. 243), *La novia de la policía, Las gafas, las mangas y el desempleo* (Jiménez, 1996).

<sup>37</sup> Dice Toledo sobre su oficio: “Este cronista p. ej., durante más de diez años ha tenido a su cargo las páginas rojas, la delincuencia, el registro de los pecados de los demás. Ha tenido que informar quiénes son los que roban y los que matan, sin haber sufrido jamás un contratiempo. El “doctor mata” lo ha demandado por calumnia y eso es lo más grave que ha ocurrido.” (20.000% crece..., 1949).

Unos guardias confiados

La alegría era plena. Nuestro hijito podía visitarnos antes de quedar recluido en la penitenciaría de la Modelo por varios años. Dos agentes de la policía lo escoltaban para que no escapara, como ya lo había hecho un par de ocasiones...En esa época –1930-1950– volarse de la cárcel era deporte nacional, sobretodo en la capital, esos delincuentes vivos aprovechaban cualquier descuido por parte de la autoridad para burlar sus rejas.<sup>38</sup>

Llegaron a una casa en el barrio Belén, ubicado en la Carrera Primera con Calle Sexta. Los guardias no se esperaban que el recibimiento a “Barragán” fuera con cerveza, chicha y aguardiente. Después de varias copas rechazadas, uno de los guardias accedió a tomarse una cerveza, pues estaba haciendo mucho calor ese día. El otro accedió también al ver que su compañero se había tomado la libertad de ingerir alcohol durante el trabajo. Una cerveza condujo a la otra, luego a la chicha y al aguardiente. Pasaron el trago con comida, fritanga y merienda. Estaban tan felices que no se dieron cuenta a qué hora su reo se les había volado (González Toledo, 1994, p. 95).<sup>39</sup>

Casos como el de Barragán, Nepomuceno Matallana o el de “Mediabola”, famosos delincuentes que conseguían burlarse a la precaria justicia bogotana crearon un sentimiento generalizado en el pueblo. Algunos reprochaban el comportamiento de estos personajes, y muchos otros celebraban las hazañas de estas personas, fuera por “vivos”, porque la cárcel era indigna o sencillamente porque la persona gozaba de fama y prestigio en la ciudad. Dice Lila Caimari que el sentimiento de honor era reforzado por los periódicos, pues al reprochar algunas veces la actitud del reo, lo que hacían era darle aún más popularidad. Dice la autora:

Los mismos diarios que se referían a los “nuevos criminales” como oscuras entidades ajenas a la comunidad fomentaban la simpatía y glorificación de algunos de ellos. Tal es el caso de los protagonistas en los famosos “crímenes de honor” que generaron tanto revuelo en la opinión pública finisecular. (2004, pp. 195-196).

Esta simpatía puede ir de la mano con favores que le hacen a personas desfavorecidas – vecinos del Paseo Bolívar, en lo recóndito de los cerros–, o interesadas en las actuaciones de estos “villanos”. ‘Papa’ Fidel Baquero, uno de los mayores contrabandistas de mediados del siglo XX en Bogotá era querido por muchos habitantes, que entre copas de aguardiente agradecían al “Papa” por venderles ese licor a un precio tan reducido. En 1936, cuando fue capturado por primera vez hubo resistencia y algarabía de la población que residía en las

---

<sup>38</sup> En 1952 la solución planteada fue la “Ley de fuga”, con la que los agentes podrían ejecutar a un criminal que se estuviera escapando. Esta situación llegó a un punto álgido con la muerte de Saúl Fajardo, liberal sindicado de ser guerrillero en Yacopí (Braun, 2004).

<sup>39</sup> La fama de Barragán es refrendada por Toledo, quien lo describe durante una vista pública: “...Barragán hizo alarde de despreocupación, y como si fuera un campeón invicto correspondía con teatrales venias, sonrisas y besos al aire a las oraciones de la barra, que ya calificué de espesa, en su mayoría integrada por mujeres que también le enviaban besos.” (Ibíd., p.96).

estribaciones de los cerros orientales.<sup>40</sup> Lo cierto es que los controles policiales, antes burlados, se hicieron más estrictos, aumentaron los crímenes de lado y lado sin un control efectivo sobre el trago, el contrabando y las apuestas. Cada bando, tanto el que esgrime el sentimiento del pueblo y que se convierte en lo ilegal, como el bando autoritario y oficial buscan afianzar su legitimidad a su manera; en el medio está la población que adquiere nociones sobre la burla, la picardía, la honorabilidad y la lucha de clases.

Quien sufre los actos cometidos por el delincuente es la familia del actor, si es que aún la posee o alguna vez la tuvo. La familia de Santiago Ospina, estudiante que no pudo terminar de bachiller y se dedicó a una vida más sencilla, tuvo que lidiar bastante. Este se hizo famoso por hacer parte de los criminales que asesinaron a Carlos Julio Vargas, propietario del almacén “El perro lobo”.<sup>41</sup> Ospina luego participó en varios atracos y asesinatos, hasta que se fugó a Ecuador luego de una diligencia. González Toledo llegó hasta el vecino país a la cárcel “García Moreno”, donde fue puesto Ospina luego de que persistiera en sus actividades. La súplica que éste le hizo a Toledo fue que le hiciera campaña a favor de su extradición a Colombia debido a sus deudas pendientes. Ospina le dijo a Toledo que de cualquier cárcel de este país se podía fugar, dando cuenta de sus intenciones burlonas (1994, p. 93).

Mantenerlos a raya

*Las instituciones totales de nuestra sociedad pueden clasificarse, a grandes rasgos, en cinco grupos. En primer término hay instituciones erigidas para cuidar de las personas que parecen ser a la vez incapaces e inofensivas: son los hogares para ciegos, ancianos, huérfanos e indigentes. En un segundo grupo están las erigidas para cuidar de aquellas personas que, incapaces de cuidarse por sí mismas, constituyen además una amenaza involuntaria para la comunidad; son los hospitales de enfermos infecciosos, los hospitales psiquiátricos y los leprosarios. Un tercer tipo de institución total, organizado para proteger a la comunidad contra quienes constituyen intencionalmente un peligro para ella, no se propone como finalidad inmediata el bienestar de los reclusos: pertenecen a este tipo las cárceles, los presidios, los campos de trabajo y de concentración. Corresponden a un cuarto grupo ciertas instituciones deliberadamente destinadas al mejor cumplimiento de una tarea de carácter laboral, y que solo*

---

<sup>40</sup> Toledo recuerda en 1986 cómo en septiembre de 1936, con Papa Fidel en la cárcel, asaltaron a unos excursionistas de los cerros. Los cafuches, secuaces y delincuentes de “Papa”, destilaban el aguardiente en casuchas de los cerros (Hace 50 años, 1986). Una investigación sobre éste famoso delincuente la desarrolla Natalia Herrera en *El papa Fidel: semidiós de ruana...*(2010). Este personaje bogotano puede considerarse parte del imaginario sobre el delincuente exitoso y querido por algunos habitantes capitalinos.

<sup>41</sup> Este almacén, ubicado en la Carrera novena con calle 12 había sido objeto de numerosos ataques. No fue sino hasta el golpe de Ospina y “Peluche”, un experimentado criminal, que el lugar se vino abajo, sin la vida de su propietario. Uno de los intentos de robo ocurrió en 1942 cuando unos supuestos enfermeros le aplicaban una inyección contra el reumatismo que sufría (S.f, Dos enfermeros son detenidos, 1942, p.10).

*se justifican por estos fundamentos instrumentales: los cuarteles, los barcos, las escuelas de internos, los campos de trabajo, diversos tipos de colonias, y las mansiones señoriales desde el punto de vista de los que viven en las dependencias de servicio. Finalmente, hay establecimientos concebidos como refugios del mundo, aunque con frecuencia sirven también para la formación de religiosos: entre ellos las abadías, monasterios, conventos y otros claustros.* (Goffman, 2001, pp. 18-19).

A los ladrones, dementes, locos, prostitutas, enfermos, al reducto de la sociedad humana habrá que mantenerlos encerrados. El mandato institucional pasó por crear lugares de concentración para aglutinar allí a cientos de personas indeseables para la mayoría de la población bogotana. La solución al problema que afronta la ciudad con estas personas que no se ajustan a la vida “normal” que se intenta difundir en Bogotá no es nada efectivo. Esto generará a la larga mayores inconvenientes para los capitalinos. Quienes están adaptados a la vida social que discurre diariamente en la ciudad, poco se inmutan ante su conciudadano ahora excluido y dejado a la suerte en lugares de reclusión frecuentemente hacinados. La ubicación de esos lugares es estratégica, es decir, se ubicarán en puntos de poca concurrencia urbana, fuera de la ciudad, o en medio de lugares que aún no coloniza la gran urbe. Son lugares que desaparecerán del imaginario cotidiano.

Varios casos para la época que tratamos. Empezaremos por los más pequeños, en el reformatorio de Paiba o “Universidad de pavía”, –nombre en jerigonza del lugar– (Jiménez, 1946, p. 25).<sup>42</sup> El reformatorio albergaba niños de distintas procedencias, generalmente descuidados por sus padres, debido a que sus estos o bien eran ladrones o no tenían suficiente dinero. Este lugar primero estuvo en cercanías al matadero municipal, luego en 1935 estuvo ubicada en Sibaté. Aunque las causas de la conducta criminal no fueran suficientes, las reseñas más frecuentes culpaban la irresponsabilidad filial. Estos niños, acusados de robos, conductas inapropiadas o de malos actos cometidos en Bogotá eran sentenciados a permanecer en este lugar donde más que formarse como personas, según Osorio Lizarazo, aprendían a delinquir entre ellos. Para el periodista, Paiba era una escuela del crimen.<sup>43</sup>

---

<sup>42</sup> La jerigonza para Jiménez es el lenguaje que utilizan estos pequeños criminales, también los más adultos. Consiste en enredar las palabras, anteponiendo el final de la palabra al principio. Por ejemplo, “cialipo”, para policía o “vetidecte” para detective. La colonia de Acacías en el departamento del Meta, en la que estuvo “Mediabola”, era la “dotorgira”, que en la Carrera delincuencia era un paso más para “graduarse” en la escuela criminal (Siete retratos, 2016, p.25).

<sup>43</sup> Dice Osorio: “Pero es imposible que dentro de tan estrecho recinto como el de aquella casa se pueda establecer lo que en realidad se debía llamar una casa de corrección para menores. Encerrados dentro de una frío salón, bajo la vigilancia hosca y agresiva de un hombre barbudo y de otro individuo con rostro cruel, que lleva en la mano una vara de rosa y mira a los chiquillos con ojos alcoholizados, no son ciertamente ideas hermosas las que acuden a sus pobres mentes, empezadas a pervertir. No saldrán de allí con anhelos de virtud y de honradez, ni serán hombres útiles los que hayan pasado su niñez en tan triste mansión. (1926, p. 179) Esta situación la expone también Roberto Arlt en sus *Aguasfuertes Porteñas* (1958, p. 172).

Más de 800 niños que jamás conocerán a sus padres, ni podrán reproducir la vida familiar de la que tanto se ufanan los habitantes de tener serán acogidos en el Hospicio de Sibaté. Estos lugares serán manejados por Hermanas de la caridad o por directores oficiales encargados por el Municipio entre 1917 y 1930.<sup>44</sup> La confianza en valores religiosos hará creer que estos niños saldrán adelante. Más esto revela un egoísmo de quien aparta su mirada intencionalmente al dejarle la responsabilidad a otros de estos ciudadanos. Para Jiménez este espectáculo se vuelve una tortura, sus ojos se pasean sobre múltiples camas llenas de futuros habitantes de una ciudad mezquina (1946, p. 51). La respuesta de la beneficencia fue alejar del centro de la ciudad estos recintos, promover una cultura de la fe y el valor en el trabajo – haciendo trabajar desde pequeños a los niños en huertas–, en espera de un porvenir “próspero” para estos habitantes desamparados.

La ley 48 de 1936 (Congreso de Colombia, 1936), liderada por Alberto Lleras Camargo, fue propuesta para mantener a todos los vagos reincidentes y rateros con algo que hacer. Esta respuesta a los controles insatisfactorios de la policía de despejar las calles de vagos sólo fue un paliativo más que aumentó el control autoritario sobre las personas, proponiendo una visión moderna de tratar los problemas sociales desde medidas judiciales que excluyeran lo más repudiado a otros lugares, fuera de la vista de los buenos habitantes que sí quieren construir su ciudad. Así pues, se enviarán estos personajes a colonias agrícolas de trabajo, sea en Cundinamarca, en Villavicencio o en Araracuara. En la edición del 2 de marzo de 1940 el Espectador da cuenta de 85 personas que serían enviadas directamente a las colonias. Acusados de maleantes, vagos, ladrones, rateros, estas personas recibían condenas que variaban entre los 6 meses y los 5 años.

Las cárceles emanan para Jiménez una luz destructora. El recuerdo del penado será expresado como nostalgia, sea de un lugar perdido o de una situación posible de vida fuera del control carcelario. El hacinamiento hace que se refuerce la desazón vital tanto de los condenados como de los encerrados sin una condena. El preso se siente incapacitado por la ley que determinará su vida ante un acto criminal, deshonroso o imputable. En la cárcel de sumariados la incertidumbre reina, el hacinamiento afecta la mente y al gobierno poco le importará acelerar un trámite:

Una inmunda jaula que encierra la vida de 400 ciudadanos, sobre cuya culpabilidad o inocencia no se ha dicho la última palabra. Y días, y meses, y años, largos, tenebrosos meses, eternos años de sufrimiento, de silenciosa expectativa, sin que llegue nunca la acción de la ley. (1946, p. 183).

La condena de la ley no llegará sino tiempo después, cuando la persona no tenga aspiraciones vitales, predispuesto de nuevo al crimen, al deshonor, rechazando así cualquier apego por los

---

<sup>44</sup> El estudio de José Fernando Sánchez que hace énfasis en la labor de la municipalidad, sumada al deseo de las beneficencias católicas, da cuenta de la necesidad de dar cuenta de este problema social, pues se convierte en una incomodidad social que debe ser paliada (Sánchez J. F., 2014).

valores que sostienen una gran jerarquía social. Goffman reitera que la vida de una persona que ha pasado mucho tiempo en una institución total, –al ser estos centros internados donde se cultiva y moldea el ser– una vez vuelve al mundo exterior, enfrenta hábitos asumidos con hábitos perdidos. El mundo exterior se le hace ajeno pues la persona se ha acostumbrado al interior donde son otras las normas que rigen esa sociedad confinada (2001, p. 81). Toledo también criticará el funcionamiento de las instituciones carcelarias, no tanto por las circunstancias de los penados, sino por las omisiones gubernamentales:

Porque las cárceles siguen siendo miradas con indiferencia y jamás, bajo ningún gobierno, se ha realizado una obra de fondo. Se construyen edificios y se amplían las cárceles existentes, y aun se hace alarde del “progreso” que en tal orden se logra, como si la ampliación de las cárceles fuera índice de prosperidad de un país. (2002, p. 248).

Eso sí, destaca la organización de la cárcel de mujeres ubicada en las Aguas, ejemplo de orden y limpieza, porque al nuevo edificio de reclusión de mujeres, al lado de la Escuela Militar no lo dejaron entrar para verificarlo. El periodista pasa revista sobre el afán urbanizador, en contra de la situación social y educativa de la ciudad. Estos pequeños mundos dan cuenta del mundo más amplio que se ha convertido la ciudad, lleno de ideas sobre el desarrollo económico, por encima del progreso equitativo para sus habitantes.

En el último tramo de vida están los ancianos. Estos ocuparán varios asilos, casas y hospicios.<sup>45</sup> Nadie los quiere ver en las calles. Escondidos en estos lugares pasean con batas o uniformes, suponen las hazañas de vidas que nunca realizaron o conspiran con sus vecinos sobre el próximo plan de escape. Si por algún motivo lo logran, de inmediato serán reconducidos al sitio de donde vinieron. Las discusiones al respecto afianzarán estas instituciones. Antes que una buena calidad de vida, o un desarrollo vital tranquilo, el mundo dentro de los recintos se hará reducido, fuera del contacto de personas que no sean personal del lugar o visitas de familiares remotos. Como los valores que se exaltan fuera de las instituciones son la lozanía y la cordura, estas personas, que han perdido cualquier posibilidad de decisión o voluntad, serán apartadas y ultrajadas.

#### Memorial de suicidios<sup>46</sup>

*Cada grupo social tiene realmente por este acto una inclinación colectiva que le es propia y de la que proceden las inclinaciones individuales; de ningún modo nace de éstas. Lo que la constituye son esas corrientes de egoísmo, de altruismo y de anomia que influyen en la sociedad*

---

<sup>45</sup> Jiménez da cuenta de uno de estos lugares ubicado cerca al hospital de la Hortúa, en la Calle Primera. Para el autor, a las mujeres y hombres que allí residen, se les quita cualquier posibilidad de decidir sobre su futuro, además de estar en un estado de incertidumbre continua. “La trajeron presa al asilo. La vistieron el capuchón, la enseñaron a rezar. Dijéronle que había un Dios de misericordia(...) Y así está ahora. Como siempre alelada, obtusa. Sin saber qué le sucede, qué le pasa, qué le puede pasar.” (1946, p. 60).

<sup>46</sup> Este tipo de semblanza la realiza Felipe González en *Cartas del más allá* (1994, p. 136).

*examinada con las tendencias a la melancolía lánguida o al renunciamiento colectivo o al cansancio exasperado, que son sus consecuencias. Son esas tendencias de la colectividad las que, penetrando en los individuos, los impulsan a matarse. En cuanto a los acontecimientos privados, que pasan generalmente por ser las causas próximas del suicidio, no tienen otra acción que la que les prestan las disposiciones morales de la víctima, eco del estado moral de la sociedad. Para explicarse su despego de la existencia, el individuo se basa en las circunstancias que le envuelven más inmediatamente; encuentra la vida triste porque él es triste. (Durkheim, 2006, p. 342).*

Con una fuerte dosis de pergamangato, sustancia presente en limpiadores, Mercedes Cortés, de 19 años intentó suicidarse (S.f, Una muchacha..., 1940). El músico y artista Atemidoro Romero intentó cortarse el cuello con una navaja, pero su arrendadora lo impidió. Más tarde ese día se encerró en su cuarto y se disparó en el corazón. Romero estaba mal de dinero (S.f, Un artista..., 1929). José Joaquín Villarraga Rico, detective de la capital se suicidó en presencia de su familia luego de llegar en estado de embriaguez en su casa del barrio 20 de julio. Al parecer, el detective tenía en mente la idea desde hace algunos días, sin que se sospechara una conducta errónea en su proceder (S.f, Se suicidó un detective, 1940).

Un funcionario de policía tenía sus sospechas sobre la muerte de Heliodoro Pérez ocurrida en el barrio de Chapinero. Varios señalados fueron enviados a la cárcel de sumariados y al Buen Pastor. Luego de las pesquisas el policial determinó que fue obra de Heliodoro su propia muerte. Lo único que pudo decir Heliodoro al momento del suceso fatal fue: “Hola, me maté!”(S.f, Heliodoro Perez..., 1930), (S.f, Seis casos de sangre hubo ayer en Bogotá, 1930).

A José Joaquín Jiménez le interesaban tanto los suicidas del Salto del Tequendama que componía poemas para embellecer esta innoble acción. El 22 de julio de 1935 hubo tres intentos de suicidio desde el salto, con solo una víctima fatal. Era una persona de aproximadamente 30 años que había estado en el Hotel Estación y aprovechó un descuido del agente de policía del lugar para lanzarse al vacío. Quien no pudo cometer el acto fue Carmen Cifuentes, pues al momento que iba a lanzarse fue detenida por un fotógrafo que le salvó la vida (S.f, Tres suicidios hubo...,1935).

Rodrigo de Arce era el poeta encargado de firmar los papeles que guardaba Jiménez en los bolsillos de las víctimas. Este personaje ficticio se hizo popular gracias al periodista. El poeta trascendió más allá de los suicidas del Salto, llegó a la ciudad y allí también dispuso sus poemas. Cuando Aminta Munar se disparó en el pecho no pensó en el hijo que dejaba, ni en su hermana o su esposo. El revolver que guardaba en el cajón de su velador cumplió su objetivo. Antes de fallecer, Aminta tuvo tiempo de sentarse en el sillón de la sala de su casa en la Calle 51 con Carrera 14. Los versos finales que le hallaron a la suicida, junto con unas notas dan cuenta del fatal suceso: “...paloma soy, palomilla/ de amoroso y blando pecho/ Ay! Vuelan los pajarracos/ y de pensarlo, fallezco”(S.f, De un balazo..., 1935).

El suicidio en muchos casos será visto como consecuencia de una pena moral,

amorosa, como una deuda pendiente con el destino o como un hecho trágico y lamentable. Pese a esto, Durkheim es consciente de que este tipo de hechos no son casos aislados, sino que posiblemente tienen su fuente en un malestar más generalizado en la sociedad, que ésta no quiere reconocer o pasa por alto al responsabilizar exclusivamente al actor del hecho. Ni las instituciones oficiales ni los periódicos saldrán a vociferar las deficiencias de la comunidad en general, sino más bien se le imputará la responsabilidad de los actos a las decisiones personales, lamentables, que tomaron los actores del hecho.

### Inquilinatos y posadas

*Podía la otra sociedad ofrecer techo y trabajo al intruso, podía prestarle apoyo caritativo para atender la salud y la educación de los hijos; pero pasaría mucho tiempo –nadie podría decir cuanto– hasta que los inmigrantes descubrieran y aceptaran que todo lo que constituía la estructura de la sociedad normalizada les pertenecía también a ellos. Entretanto sus actitudes estaban presididas por la certidumbre de que todo era de los otros: el grifo de agua, el banco de paseo, la cama del hospital, todo era ajeno y para todo había otro que tenía mejor derecho. (Romero, 2011, p. 333).*

“En lo bajo, en la lejanía, en la ciudad, se encienden, con múltiple brillo, las primeras bombillas”(1996, p. 101), dice Jiménez tras un repaso de los barrios pobres de la Carrera 4ª con Calle 24. Para el autor los inquilinatos y las casuchas son un mal mayor del que adolece de interés la municipalidad. Este será un problema sin solución real. Sus residentes y uno que otro reportero que encuadra este hecho parecen interesados en el lugar. La fundación de San Vicente de Paul consiguió esos terrenos para ubicar a varias familias, pero más allá del espacio, no les podían brindar un servicio completo de alcantarillado o una alimentación constante.

En varios barrios de la ciudad, en casas de dos o tres pisos, alquilan habitaciones a precios bajos en las cuales se alojan familias numerosas. Una casa con al menos diez habitaciones puede albergar casi cincuenta personas. El estado de hacinamiento en el que viven es lo de menos para algunos, pues la comida escasea. Por esto, habrá que rebuscar, pues si no hay educación, mucho menos trabajo en algún puesto importante.

Algunos hoteles de la Calle 10, a 20 centavos la noche. Eran lugares de acogida de recién llegados, lugartenientes del centro, o bien polizones que bajaron al “muelle”.<sup>47</sup> Catres de madera con un fino colchón que hace las veces de cobija. Lugares donde se mezcla el hampa y el hedor. Sin duda es el sitio para los que no han dado con un buen trabajo en el día. Un poco afectado, Ramiro Bejarano, inquilino de algún hotel, tose, da una vuelta sobre el catre e intenta

---

<sup>47</sup> “La calle se va ampliando. Los hoteles cobran prestancia de mayores. Aumentan las luces. Acrece el movimiento. En las pupilas de los forasteros, toda esta composición de la urbe se estrella poderosa.(...) Ya no es necesario seguir adelante, porque ésta, la del puerto, era la ciudad que se intuía. La que se esperaba encontrar. La que se compadece, justa y cabalmente, con la noción imaginativa.” (*Las famosas crónicas* p. 73).

conciliar el sueño.

El “drama” de los inquilinatos y las casas precarias se afianza como la imposibilidad de los diversos habitantes de la ciudad para conseguir una vivienda desde su trabajo. El gobierno se atribuye la responsabilidad de la creación de nuevos barrios obreros para albergar a numerosas familias que no pueden tener una casa decente con sus propios recursos. Más las urbanizaciones llegan muy lentamente, a veces de la mano de instituciones privadas o fundaciones de caridad de algún sacerdote responsable. Las leyes prometen mucho en sus resoluciones, luego rubricadas por firmas de altos dignatarios.

Así es como en la noticia del 24 de abril de 1948 publicada en *El Espectador*, el alcalde Fernando Mazuera negocia con el gerente del Instituto de crédito territorial, Hernando Posada Cuellar, para construir un barrio obrero cerca de la urbanización del Ricaurte. Según se explica en el diario:

...Se trata del interesantísimo plan que desde su llegada a la alcaldía en el periodo anterior, elaboró el jefe del ejecutivo, con base en planos modernos, donde se consultan la técnica y los aspectos de índole económica, a fin de albergar allí numerosas familias de las clases media y obrera que padecen la tragedia del inquilinato. (S.f, Plan de casas..., 1948).

Esta noticia será un “paliativo” más ante la “enfermedad” del hacinamiento. Desde estos términos médicos, con la premisa de erradicar atisbos de infecciones, se dictarán medidas de planificación y urbanización sobre Bogotá. La idea de albergar nuevas familias, que no poseen los medios necesarios para su consecución, busca darle solución a un problema de alojamiento y hacinamiento, más lo que consigue es prolongar la inequidad entre los habitantes. No se generan soluciones de fondo, sino que perpetúa las diferencias sociales. Salazar Bondy, tomando el caso de Lima, afirma:

De ahí que los políticos de oficio no ofrezcan al pueblo su liberación colectiva dentro de una reestructuración socio-económica, sino casas gratis (para aliviar el problema de la vivienda se requerirían, según los técnicos, cinco presupuestos nacionales dedicados íntegramente a él), tierra gratis, alimento gratis. (...)Para la masa limeña, así desviada de su legítimo destino, el socialismo constituye una amenaza, aun para el más pobre en su paupérrima propiedad: la choza de esteras en la barriada, por ejemplo, que siente suya y que cree que algún día poseerá con título legal. (1964, p. 42).

El arraigo a la tierra puede convertirse en un sentido de pertenencia sobre el territorio habitado. Una vez asentados, los habitantes buscan crear comunidad pese a la falta de atención municipal y del gobierno. Es así como empiezan a construir por su propia cuenta, se gesta un proceso de colaboración entre las personas. Las agremiaciones ciudadanas empiezan a ejecutar antes que la municipalidad les haga caso sobre sus carencias. Se resalta el caso de la construcción de una vía asfaltada entre el barrio Ricaurte y el barrio del Vergel que data del 13 de agosto de 1939.<sup>48</sup> Estas aspiraciones sobre el asfalto y los servicios públicos son un ancla,

---

<sup>48</sup> En *Estampa* se le hace un despliegue a esta noticia. Se compara este día con el 20 de julio. En los

una promesa que elevará el valor del suelo en unos años, por ende un legado más amplio para los hijos que vendrán y harán respetar su lugar en la ciudad.<sup>49</sup>

Una abuela

*La casa en la vida del hombre suplanta contingencias, multiplica sus consejos de continuidad. Sin ella el hombre sería un ser disperso. Lo sostiene a través de las tormentas del cielo y de las tormentas de la vida. Es cuerpo y alma. Es el primer mundo del ser humano(...). La vida empieza bien, empieza encerrada, protegida, toda tibia en el regazo de una casa.* (Bachelard, 2000, p. 30).

Tenía que darle manivela a la victrola con la que su esposo escuchaba música popular cada noche; cerca de él un aguardiente barato. Federico Rincón ya tenía 8 hijos y seguía contando. Y dele que dele al trago. Cuando su primo hermano le conseguía trabajo, –había sido distinguido concejal de la ciudad–, lo hacía de mala gana o a la segunda jornada de trabajo no aparecía. El que quedaba mal era el concejal, quien avergonzado excluía siempre a Federico de sus discusiones. Aura era la esposa de Federico, lo conoció y medio a la fuerza se casaron. Trabajaba en una fábrica de textiles en Puente Aranda, tan poblada de fábricas y olor a comida recién hecha. Vivían en el barrio las Margaritas, que luego sería el barrio Cundinamarca, entre la calle 19 con carrera 30 hasta la calle 22 con la futura avenida de las Américas.

Uno de sus hijos tuvo la mala fortuna de morir a puñaladas. Él, que se creía invencible, cayó a manos de un asaltante de barrio que quería dejar en claro quién era el dueño de la mujer a la que por esos días el hijo de Aura estaba conquistando. La vida en estos barrios populares se reproduce de un lado a otro, las cofradías entre familiares, los asaltantes que muchos conocen y que nadie denuncia, los mercados populares, la algarabía ante un escándalo, etc. Estos hechos serán determinantes a la hora de entender las configuraciones sociales que se vienen creando en la ciudad. Los ejemplos e ídolos para un niño del barrio de las Margaritas radicarán en lo que ve en su entorno, en el juego de monedas que aprecia en la calle, costumbres erradicadas de lleno en sectores de grandes casonas elegantes.

---

título describen: “Se trata de progresar, dicen las gentes, y abren una avenida de catorce cuadras” (Duzán, 1939). Con esta vía improvisada por sus habitantes, sin mediar la municipalidad, se comunicarán estos dos barrios, cuando antes tenían que dar una vuelta larga hasta Las Cruces. En la revista se describe la emoción de las personas, que hacen alardes del progreso. La avenida del Progreso será pues una unión del barrio obrero e industrial con el barrio Vergel ante la necesidad de una vía más expedita y económica para sus pobladores.

<sup>49</sup> Roberto Arlt describe la emoción de los habitantes a la espera de una noticia de la municipalidad sobre una posible pavimentación de la barriada: “Cierta es que año tras año cualquiera de los propietarios de las covachas le bate a usted esperanzado: ‘Progresamos. Hoy la Municipalidad dispuso que se adoquinara la calle El Asalto’. (La calle El Asalto queda a cinco cuadras de aquella donde vive nuestro héroe barrero). Pero él se alegra. Se alegra porque piensa que de allí a cien años la calle donde habita también será adoquinada y entonces...” (1958, p. 87).

Federico murió a los dos años de concebir 16 hijos. Muchos de ellos nunca supieron quién era realmente él. Se lo llevó una cirrosis, de tanto tomar, está claro. Quedaron pues Aura y sus hijos, los mayores se vieron obligados a trabajar desde pequeños o a cuidar a sus hermanos menores. La vida era precaria, pero eso sí, educados desde la virtud y la fe, salvo el hijo que cayó en malas manos, esta familia salió adelante. Unos buscaron mejor futuro en los municipios vecinos, otros empezaron carrera y allí les fue bien. Quizá el factor determinante para que esta familia no cayera en la miseria fue su casa. El lindero fue comprado por el padre de Aura y la construcción, como era costumbre, se hizo por pedazos. Primero un cuarto, luego un pasaje, luego otros cuartos, hasta que la casa contó tres pisos. Fue morada de Aura hasta su muerte.

La casa y el hogar juegan un papel fundamental en los relatos sobre las condiciones vitales. Cerca de la avenida del Progreso, al lado del barrio Cundinamarca, Toledo cuenta la historia de dos personajes a los que hace preguntas sobre su situación de vivienda. En este barrio no había puertas, por lo que Toledo entra a las casas a voz de grito, esperando alguna respuesta cordial que lo invite a entablar diálogo. Se encuentra con Martiniano Peña, fabricante de costales y con don Ángel Mario Díaz, coleccionista de zapatos usados. Estos dos personajes encararán el papel del ciudadano sin hogar, que rebusca entre los predios aún no ocupados una propiedad, un sitio donde establecer su morada y dejar a un lado la preocupación sobre la estancia nocturna. El carácter de estos personajes será fuerte, pues las mismas condiciones vitales los han vuelto reacios: “Cargados de rencor que fermenta sin hacer explosión, ni siquiera hablan entre ellos.” (2002, p. 113). La noción de vecindad se reduce a una mirada fugaz, la comunidad cercana a la avenida de las Américas compartirá poco la palabra. Si no hay buena comida no hay unión, si no hay hogar se hará difícil una reunión.

Merman las casas, quedan las costumbres

Los aleros que antes resguardaban de la lluvia a los pasajeros de la ciudad se empezaban a ir. La especulación sobre el precio de un terreno daba pie a nuevas construcciones, casonas más grandes, locales comerciales de dos pisos y nuevas calles empedradas y asfaltadas que valorizaban el ambiente, al menos para los coches en un principio, “Landós” y “Victorias”,<sup>50</sup> luego para autos Ford V-8, Lincon’s, Packard 110, entre otras marcas de carros que se movilizarán por el asfalto capitalino.

Cuando encerraron al gran barrio de San Victorino al ampliar la carrera décima –1940-1957–, desapareció el gran hotel Barranquilla, la Iglesia de Santa Inés, donde luego fue hallado

---

<sup>50</sup> “Antes de la implantación del tranvía, en Bogotá circulaban diferentes clases de vehículos de transporte de pasajeros, tales como carrozas, berlinas, landós, victorias y cupés. La mayoría de estos coches estaba destinada al transporte ‘interurbano’.” (Montezuma, 2008, pp. 76-77). En el texto se explica cada diseño: Los landós eran coches de dos ruedas con cuatro asientos y capota abierta o cerrada. Las victorias eran coches de cuatro ruedas para dos pasajeros con capota y descubierto.

el sepulcro de José Celestino Mutis; desapareció la gran plaza de mercado, la central de buses. La nueva Décima pasó por encima de las edificaciones de lo antiguo. Con la calle 13 el asunto era distinto. Cuenta Jiménez, en una descripción certera de la época, que en tal lugar fue donde la ciudad llegó a su división total y donde se alzó definitivamente como metrópolis:

La esquina con la carrera 12 es un paisaje híbrido. Los dos edificios modernos contrastan desaforados con la casona que abre la avenida Jiménez de Quesada. Es una esquina torturada por los buses y trasnochada por el tráfico. Allí se parte la ciudad en dos: hacia arriba el centro cosmopolita. A la izquierda, bodegas y depósitos alternados con los tugurios y sancocherías; por la derecha, la avenida Jiménez, transportes interurbanos, cafetines y ventas de frutas. Y en el centro, la plaza de Nariño y la estatua del prócer, que pugna por indicar la ruta, como una brújula de bronce. (1946, p. 118).

Este espacio se hará estrecho y aquejará a los ciudadanos, llevándolos por caminos y pasajes cada vez más repletos de estudiantes, familias, vendedores y transeúntes apurados. Un día para José Antonio Osorio Lizarazo en el Pasaje Paul –Calle 10 con carrera 10– le apura en su mente una idea de que las cosas no cambian, salvo los estudiantes que antes vivían en ese lugar y ahora son “personas serias”. En estos pasajes vive la gente hacinada en cuartos reducidos, con la ropa lavada fuera en las puertas, un lugar del que Osorio da cuenta:

“Conserva todavía el pasaje su aspecto anticuado y sombrío. Es uno de los lugares que más margen ha dado a pleitos. Fue de los padres capuchinos. Fue más tarde del señor Felipe Paúl, que le dio su nombre a la parte que da a la calle 10. Y algunos años más tarde, el señor Luis G. Rivas hizo colocar su apellido en la entrada de la carrera 10. Pero siempre ha sido y continúa siendo un lugar sucio y repulsivo, digno de su nombre de pasaje.” (1978, p. 307).

Este pasaje luego se llenaría de vendedores de latas, frutas, calzado y miles de artículos que van llegando a la capital para cubrir las necesidades de sus habitantes. A este pasaje se le unen algunos en la época como el de la Flauta, Copete, Bolivia, el Medellín, Hernández, Cuervo, etc. (Ibíd., p. 308). Este gran pedazo del centro, que es un lugar fundacional, va siendo rechazado, sea por lo sucio, sea por la gente que ahora frecuenta las numerosas ventas de chicha o por la misma hacinación que presenta, tal que no se puede caminar por las calles sin tropezarse o correr el riesgo de chocar con alguna persona.

La ruta que conduce al gran centro parecerá entonces desbordarse. Es por esto que las intervenciones realizadas sobre este punto de la ciudad fueron trascendentales para el futuro de la ciudad amplia y extensa llena de barrios a un lado y otro. Luego de la intervención por la Décima queda una gran plaza conjunta sobre toda la calle 13. La plaza de san Victorino servirá de lugar de huelgas y reyertas, al igual que la plaza Central. Estos dos espacios son el último reducto que le queda a la población que ha sido desalojada de las calles y reducida a cuartos, mientras se alzan grandes edificios de oficinas, parqueaderos y almacenes. Otros espacios serán dedicados exclusivamente al tránsito peatonal y de vehículos. El parar en la calle a saludar al amigo distante será mal visto, el diálogo se reducirá en las calles así como el caminar largas

distancias.<sup>51</sup>

Un hecho de gran importancia acontecido en la ciudad en la plaza de Bolívar fue el asesinato del estudiante Bravo Pérez a manos del ejército. El hecho ocurrió en 1929, cuando un grupo de manifestantes estudiantiles pasaban por la Carrera Octava cerca al Capitolio nacional, cercado en ese momento. La protesta iba dirigida en contra de la “rosca” municipal que según los estudiantes y otros sectores sociales eran los causantes de la miseria reinante en la ciudad. Este hecho causó un revuelo que llegó hasta el entonces presidente Abadía Méndez. Hasta que los manifestantes decidieron llevar el cadáver del estudiante hasta el Palacio de Nariño, la “rosca” seguía andando. Fue en ese momento que Abadía cedió a la presión y relegó del cargo a los principales sindicatos. Dice Alejandro Toledo, en su crónica de los hechos del 9 de junio: “Después el cadáver fue llevado a la casa del estudiante. Al camino llegó el decreto presidencial. Aceptaba las renunciaciones de Rengifo, de Hernández, de Cortés Vargas, del gobernador Melo. Por el momento era lo que el pueblo pedía...” (Hoyos, 2009, p. 488). El revuelo de este hecho fue tal que incluso el periódico conservador *El Fígaro* se adhirió a las protestas contra la “rosca”, sindicando algunos de sus miembros, entre otros, Arturo Hernández, Ignacio Rengifo, Aquilino Gaitán y Manuel Vicente Jiménez (S.f, Lista..., 1929).

Lo que sí persistirá son las marchas y protestas esporádicas. Casi siempre responden a resoluciones en contra de un grupo particular afectado. En 1937 más de 1500 choferes salieron a marchar en contra del decreto 475 de 1936 que reglamentaba la imposición de uniformes, durante la alcaldía de Jorge Eliecer Gaitán. La situación se salió de control luego de varios días de protesta, tanto que el 12 de febrero un policía disparó contra un manifestante de la plaza de San Victorino (S.f, Seis heridos..., 1937). La algarabía del momento reflejó el sentimiento popular: la ira y la tenacidad que caracteriza al bogotano trabajador, un sentimiento de derechos vulnerados.

A la par de las protestas, la Sabana bogotana seguirá siendo venerada todos los años por sus habitantes. Habrá uno que otro lugar que aun conserve el pasmo y la tranquilidad de la época santafereña.<sup>52</sup> Así lo hace notar Jiménez en sus crónicas sobre el culto religioso, tan apegado a la tradición las calles se llenan de personas participando en las procesiones para

---

<sup>51</sup> Pero al final de la tarde, a eso de las cinco, cuando ya todos los trabajadores iban con otro destino las cosas parecían ser como siempre. Cuenta Felipe Gonzalez, cómo en la época en que el *Espectador* estaba en toda la esquina de la Calle Real –Carrera séptima–, con Avenida Jiménez, las personas detenían su Mirada y el reloj de las noticias se volvía barullo... “Porque a las 5 de la tarde, a la espera de que apareciera a la vista el tablero de *El Espectador* con las noticias de última hora, se amontonaba la gente y los grupos diversamente compuestos hallaban en las noticias mismas inagotable tema de tertulia y comentarios en plena calle, sin temor al lento tranvía cuya proximidad era denunciada por el ruido espeso de las ruedas.” (2002, p. 78).

<sup>52</sup> Una sensación del barrio Egipto, desde la pluma de Toledo, en *El ‘cercano oriente’ de Bogotá*, es la de estar a muchas horas de esa gran ciudad cuadrada abajo; el lugar conserva las cuarterías, tiendas donde venden habas tostadas y frutas bañadas de carbón. “...Sensación que se apoya en los caballejos carboneros atados a los postes, o con los cabestros sueltos, botados hacia el interior de una tiendecita donde el arriero hace compras o calma la sed.” (1973, p. 8).

venerar ritos sagrados. Esta devoción es fuerte en las mujeres mayores que la inculcan a su vez a sus hijos bien sea por tradición o por enseñanza de rigor. Los cerros de Monserrate y Guadalupe, así como la Iglesia de la Peña guardan un poder místico para las personas que suben a la cresta del cerro a orar. Estas montañas tutelares vigilarán en silencio el ajetreo cotidiano de las generaciones que han pasado y las que han de venir.

De las tiendas a los bancos

*Hasta es posible que el consumo (entendido en el sentido de gasto, de compra y de posesión de objetos visibles) pierda poco a poco el papel eminente que desempeña hoy en la geometría variable del estatus, en provecho de otros criterios y de otro tipo de conductas. Llevando esta idea al límite, podríamos decir que el consumo será prerrogativa de todos, al tiempo que no significará nada más.*

*Ya estamos viendo que la jerarquía social se atiene a criterios más sutiles: el tipo de trabajo y de responsabilidades, el nivel de educación y de cultura (la manera de consumir los bienes corrientes bien puede ser una especie de «bien raro»), la participación en las decisiones. El saber y el poder son o habrán de ser los dos grandes bienes escasos de nuestras sociedades de la abundancia. (Baudrillard, 2009, p. 50).*

La tienda de Vicenta, famosa por servir todo tipo de bebidas a su reconocida clientela en el barrio de Chapinero, fue clausurada y quedó en el recuerdo. La sede de la Caja de ahorros del Círculo Obrero se ubicó allí en la década de los 40.<sup>53</sup> Junto a esta sede, varios bancos abrieron a finales de la década de 1940 sucursales en este barrio. Entre estos estaban el Banco de los Andes, el Banco de Bogotá, el Banco de Colombia y la Caja Colombiana de Ahorros (Gonzalez Toledo, 2002, pp. 45-46).

Cantinas, y bares, símbolo de las antiguas costumbres coloniales, fueron reemplazadas por droguerías y almacenes.<sup>54</sup> Estos lugares ofrecen los productos de más alta calidad, las

---

<sup>53</sup> La creación de las entidades nacionales –Banco de la República (1927), Banco Agrícola Hipotecario (1927), Banco Central Hipotecario (1932), Instituto de Crédito Territorial (1939), Instituto de Fomento Industrial (1940)– en su mayoría gestadas durante la república liberal (1930-1946), surgieron como un intento de obtener control sobre la economía e intervenir sobre el futuro del país. Sin embargo, como afirma Bernardo Tovar Zambrano, la intervención del Estado aunó más las condiciones para el desarrollo capitalista, pues estas instituciones creadas para ayudar a la sociedad marginal del país terminaron involucradas en los grandes proyectos de acumulación de capital como los proyectos urbanísticos de grandes firmas. La función social del Estado quedó relegada a un segundo plano, con la creación de garantías para los trabajadores desde un marco jurídico que en la vida cotidiana no se cumplía (Tovar Zambrano, 1991, pp. 170-177).

<sup>54</sup> Según el panorama que presenta Adrián Serna sobre los comercios de finales de siglo XIX, se puede caracterizar la forma de vida de los bogotanos a partir de sus casas y costumbres. Dice Serna que “...la mayoría de los almacenes minoristas presentaba ostensibles rezagos, tanto con las grandes casas comerciales como con los nuevos almacenes, en especial con los abiertos por extranjeros. En primer

cremas que ayudan al sistema inmune, las curas de hierro para la mala voluntad y los mejores trajes importados de Europa. La ciudad se llena de artículos y artilugios diversos que ofrecen a sus habitantes el placer del consumo. A precios módicos, eso sí, pensando en la economía y en el bolsillo de las personas que no tienen tanto dinero.<sup>55</sup>

Lo mismo sucede con los créditos bancarios y con las cédulas bancarias que prometen grandes ingresos a corto plazo, dependiendo del ahorro del consumidor, de la prestancia y buen uso que haga de su dinero. El progreso de la ciudad irá de la mano de estos bonos, que son más un dinero en el aire que a la larga generará una inflación nunca antes vista en la capital y en el país.<sup>56</sup> Las grandes firmas constructoras se asociarán con el Concejo Municipal para proyectar esa ciudad futura, en la que el emblema será la Carrera Décima y la Avenida Caracas. Así es como en la década de 1940 serán adquiridos predios por parte del distrito, que luego venderán a estas firmas constructoras para que, una vez proyectada y construida la gran avenida, se erijan los nuevos edificios de propiedad horizontal, los cuales tienen un área mucho mayor al del terreno inicial. Luego se venderán por oficinas y pisos, lo que genera un negocio redondo.<sup>57</sup>

---

lugar, eran unos comercios arracimados en las calles céntricas de la ciudad, dispuestos en los bajos de casas antiguas, sin mayores posibilidades de ampliación ni de innovación. En segundo lugar, eran unos comercios que constituían empresas familiares bastante informales, administrados por padres, madres e hijos, quienes habitualmente residían en las partes altas de los mismos locales. En tercer lugar, eran unos comercios todavía supeditados a los ritmos reposados de la sociedad urbana de entonces. En cuarto lugar, eran unos comercios que, como la vieja tienda de don Antuco, terminaron revestidos como “oficinas de chismografía” o tertuladeros. De hecho, la expansión de este tipo de comercio rezagado y cada vez más hacinado favoreció la aparición de los ‘chuchos’, negocios minúsculos, aglutinados en pasajes o galerías, donde se conseguían principalmente baratijas o ‘chucherías’.”(2012, p.266 y ss.).

<sup>55</sup> El todo a peso se empieza alzar como fenómeno. Importaciones de cuanta utilería, herramienta o juguete llegara barato se vendía a precios cómodos para quien quisiera tales productos. Una descripción de este ajetreo de ventas y compras está en *El comercio menudo del centro de Bogotá* (Gonzalez Toledo, 2002, p. 236).

<sup>56</sup> Con la ley 1ª de febrero 5 de 1943 avalada por el congreso, que autoriza empréstitos a municipios y ciudades, “...el Concejo de Bogotá emite el Acuerdo 33 de abril 10 de 1943, por el cual se autoriza la emisión de Bonos de Progreso Urbano por \$10.000.000, reglamenta su empleo en obras de utilidad y se acepta que los bonos vencidos sean recibidos por la administración como forma de pago de impuestos y otras contribuciones municipales. El Acuerdo 34 de la misma fecha y el 129 de octubre 18, dan vía libre al alcalde Carlos Sanz de Santamaría para hacer una emisión y negociar bonos por \$1.000.000, destinados a adquirir predios para la ampliación del Palacio Municipal, la regularización y el embellecimiento de la zona de San Diego, la apertura, regularización y el embellecimiento de la avenida Caracas –calles Primera a 70–, de la avenida Jiménez y de la avenida Cundinamarca.”(Niño Murcia & Reina Mendoza, 2010, pp. 152-153).

<sup>57</sup> En *La carrera de la modernidad* se identifican cuatro etapas de este proceso urbano, entre 1940 y 1970. El primero es antes del paso de la avenida, cuando aún prevalecen las casas y edificios pequeños. En el Segundo cuando se traza la avenida y el municipio se dispone a comprar los predios afectados. El tercer momento es la compra de particulares de los frentes y lotes que quedan luego de la partición de la avenida para realizar nuevos englobes. Y por último cuando se construyen los edificios que aumentan el

La explosión urbana, trazada para favorecer a los directores de la orquesta, repercute en toda la ciudadanía. Baudrillard mencionará que una vez establecido el consumo como norma reinante se alzan otro tipo de diferencias sociales que pasan por el espacio y por el tiempo libre. Así pues, las diferencias no residirán tanto en el precio de los alimentos, sino en la disposición del espacio (hacinamiento para unos y casonas grandes para otros), así como el aprovechamiento del tiempo de ocio, visto como un bien precioso para algunos. Lo que antes eran nociones básicas del ser humano, pasan a ser signos de distinción de quien puede obtener estos nuevos privilegios (2009, pp. 51-52).

A tal punto llega el imperio del dinero que Toledo da cuenta de la especulación y capacidad adquisitiva que quiéralo o no sus habitantes se ha impuesto en la ciudad. El sorteo de la Lotería extraordinaria<sup>58</sup> en diciembre de 1950 llega a un monto increíble:

Las gentes de ahora, por Navidad, se ganan hasta un millón, y se quedan tan frescas, porque un millón, aunque andemos de rebusque de 50 pesos, decimos desenfadadamente que cualquiera lo tiene. Y eso tratándose de un millón de pesos y no de un millón de centavos, como los que acreditaban a los “millonarios” de hace 30 años. (2002, p. 206).

El rey midas que convierte oro de donde no hay hará su paso por esta ciudad en la que los terrenos del Chico, la Cabrera y La Merced que se valorizarán cada año, mientras que las construcciones en los barrios obreros se irán desperdigando por la ciudad, sin incrementar su valor, expandiéndose numerosamente por toda la periferia de los cerros. Esta concentración de la riqueza dictará en gran medida el futuro económico y espacial de la capital.

No se salvará de esta inflación ni los alimentos, ni los arriendos ni los sepelios. El 25 de febrero de 1950, vuelve apuntar González Toledo, una ceremonia de estas, “es de cuantía equivalente al doble de lo que el difunto(...)producía en treinta días de esclavizante trabajo.” (El cementerio..., 1950). Este nuevo acomodo hacia el dinero y la especulación hace aumentar las dificultades por las que pasan los habitantes que tienen que pagar arriendo, vivir reducidamente, alimentarse mal, sin contar gastos de emergencia en caso de enfermedad o la muerte de un familiar.

---

área y el precio del predio. “En este cuarto momento se evidencia el poder de Rey Midas de la ciudad – el que todo lo que tocaba se convertía en oro–, pues se logra vender el metro cuadrado hasta a 400 veces más de su valor antes de la operación de renovación urbana, y además el área del lote multiplicada por diez.” (Ibíd., p. 157).

<sup>58</sup> Sobre el nacimiento de la lotería de Cundinamarca cuenta el autor: “La fecha de fundación oficial de la lotería corresponde a 1922, y don Nazario Gómez Pinzón, actual administrador delegado, nos informa que por entonces (sic) el premio mayor era de 3.000 pesos. Y era, sin duda, toda una fortuna. Ahora el premio mayor de esta lotería, en sorteo ordinario, es de 90.000 pesos, es decir; 30 veces mayor que hace 30 años.” (2002, p. 205).

## Entretenimiento por centavos<sup>59</sup>

*El puritano se consideraba, consideraba a su propia persona como una empresa que debía hacer fructificar para mayor gloria de Dios. Sus cualidades «personales», su «carácter», a cuya producción dedicaba la vida, era para él un capital que debía invertir oportunamente, administrar sin especulación ni despilfarro. A la inversa, pero de la misma manera, el hombre consumidor se considera obligado a gozar, como una empresa de goce y satisfacción. Se considera obligado a ser feliz, a estar enamorado, a ser adulado/adulador, seductor/seducido, participante, eufórico y dinámico.* (Baudrillard, 2009, pp. 81-82).

La ciudad para 1940 ya está llena de teatros y cinemas.<sup>60</sup> Los más jóvenes se dan cita en los billares del centro y Chapinero. Los niños alquilan historietas y juegan en las calles. Para los literatos, periodistas y escritores cultivados, el café era el entretenimiento diario, ver pasar la lluvia entre copas y tinto. Al amanecer, los periodistas irán a la rotativa a ver los retazos de papel y tinta llenos de sus informes; que cual pan recién horneado, serán repartidos por los barrios y recovecos de la ciudad.

En estos diarios, anuncios de películas de los diversos teatros. En los carteles, la imagen de los protagonistas de la historia. No se la pierda. Funciones matinal, matinée, vespertina y nocturna. El cine como espacio de socialización generó un proceso de identidad en torno a un lugar, fuera de la misa o el paseo dominical por algún parque. Fue un fenómeno criticado a lo largo de esta época, pues se le acusaba de entretenimiento burdo y básico, además, varios columnistas acusaron el mal estado de las sillas, el hacinamiento de estos espacios y la poca higiene que había allí. Los cinemas antiguos fueron recintos donde se escapaban los amantes de las miradas acusantes de sus vecinos. Fue un nuevo imaginario que incluía actores, actrices, efectos especiales e intrigas mundiales. Este mundo nada tenía que ver con la ilusión de la cotidianidad, que reflejaba pesar y ruina.

Para Toledo, las entretenciones urbanas, como el *Cycleball*, juego de bicicletas que apareció por la década de 1930, el cucunubá eléctrico, las tejuelas, "...las canchas de turmequé, el coreográfico y el salón de cine fueron una misma cosa: un retazo de arrabal incrustado en el corazón de la ciudad." (2002, p. 42).<sup>61</sup> Eran un pedazo de arrabal, nos cuenta, como el Nuevo Teatro, al que no iban sino ociosos. Para el periodista, las entretenciones se constituyen como pedazos de ciudad, desconectadas de la vida citadina. Lo mismo sucede en los clubes

---

<sup>59</sup> Ver *Cómo y dónde se divierten los bogotanos* (2002, p. 210).

<sup>60</sup> En 1946 los siguientes teatros anuncian películas en cartelera: Municipal, Colombia, San Jorge, Apolo, Real, Lux, Astral, Faenza, Atenas, Alhambra, Ayacucho, Alameda, Alcalá, Santa Bárbara, Odeón, Caldas, Imperio, Nariño, Nuevo, España. La ubicación aproximada de estos teatros se hallará en el mapa anexo.

<sup>61</sup> Los juegos de apuestas empezaron a ser mal vistos por ser sinónimo de vicio y de ocio. Así, fueron clausurados muchos de los establecimientos que ofrecían estos juegos al ser ilegales. En periódicos y semanarios como Mundo al Día y El Tiempo se aprecian anuncios de estos lugares, sin mencionar su dirección. La referencia era dada por otras conexiones que el capitalino a la moda 'debía' conocer.

exclusivos y en los parques donde se va a comer fritanga y jugar fútbol.

A medida que la ciudad se va ensanchando, sus actividades culturales se irán repartiendo por la ciudad. Los hipódromos,<sup>62</sup> plazas de toros, galleras y los estadios de la Ciudad universitaria y el Campín fueron espacios a los cuales acudían muchas personas con el fervor de ver ganar fuera a su equipo, gallo o caballo y salir contentos al final de la tarde. Este fervor era para Toledo una especie de antídoto neutralizante del tóxico de la política. Las riñas que antes se daban por candidatos e ideas radicales se transformaron en enfrentamientos en el tranvía sobre qué equipo era mejor. Dice el cronista:

“En el bus, en el tranvía, entre los pasajeros se cruzan juguetonas amenazas. Es sábado y mañana “nos enfrentaremos”. No por juguetones dejan de ser amenazantes los significativos ademanes con que los hinchas se enfrentan de una a otra punta del vehículo colectivo.” (20.000%..., 1949).

Mientras van aumentando las entreteniones, la agitada vida política queda relegada a un segundo plano, el ejercicio democrático pierde su valor de efervescencia y el intento de reconciliación entre el país político y el país real se va diluyendo. Pareciera que las atracciones modernas dejaran en un estado de letargo a quienes las atienden, mientras el fin de semana pasa, llega el lunes, día de notas rojas y comienzo de labores.<sup>63</sup> El trabajo diario se vuelve un requisito. Se espera la llegada del fin de la tarde para departir con un amigo, salir con la novia o el novio, poder comer y descansar tras una agitada jornada que poco, más allá de un gasto de energía, le deja a los trabajadores corrientes de la ciudad. El trabajo será visto como una necesidad, digna de honra claro está, que se vuelve trámite para llegar a los días de descanso.

### Carne reposada

Nos vendieron estos retazos en la plaza de la Concordia a precio de nada. Según dice nuestro vecino esa carne está contaminada, fue una res que trabajó mucho y se murió de fatiga. De todas formas nos comeremos esto, pues no tenemos otra cosa con qué alimentarnos. Ayer fui al Matadero municipal, las carnes finas están por lo alto, les tengo envidia a quienes tienen plata para disfrutar de un buen pedazo de carne fresca. Sus hijos se ven tan sanos, el color

---

<sup>62</sup> Los hipódromos más famosos de la época fueron el del Campín, el Hipódromo de la Magdalena ubicado en el sector de Palermo y el de Techo, cerca de Puente Aranda. El primero inaugurado el 20 de septiembre de 1931, el mismo fin de semana que se inauguró el Traansvaal Sports, sitio donde se jugó al Turmequé eléctrico. El de Techo fue inaugurado el 16 de mayo de 1954, una vez sentada la gran Avenida de las Américas.

<sup>63</sup> Las entreteniones serán motivo de alegría momentánea ante la poca credibilidad del sistema social que impera en la ciudad. La política tradicional no será preponderante ya para definir esta sociedad, sino que más bien será ese círculo cerrado que nada tiene que ver con los acontecimientos diarios. Dirá Pecaút que: “Lo que hace tambalear entonces las pautas políticas tradicionales, es que bajo el efecto de esta representación de lo político como división radical, social y política, es anulada la posición simbólica dentro de la cual *el poder pretende situarse como posición unificante con relación a lo social.*” (1991, p. 193). Esta fue una de las causas para que los hechos del 9 abril desembocaran en el desenfreno.

rosado de su piel los delata. A mis hijos poco les puedo ofrecer, se ven pálidos hay veces, cuando no puedo traer nada de comer a casa...

Desde el acuerdo 54 de 1919 (Concejo de Bogotá, 1919), con motivo de las múltiples enfermedades como la tuberculosis, durante la alarma de la gripe, se empieza a reglamentar el expendio de carnes y leche en la ciudad. Se prohíben las cuarterías, especie de negocio mixto, además del expendio de carne en las plazas de mercado, a excepción de las vísceras de res. Los nuevos expendios tendrán que estar en habitaciones limpias, pavimentadas con cemento romano. Con el Acuerdo 34 1930 (Concejo de Bogotá, 1930), se reitera la necesidad de distinguir la carne gorda de la carne flaca, además de darle tres categorías a la carne. La primera será la más sana y más costosa, la segunda la carne fresca y la tercera la carne en estado dudoso o procedente de animales enfermos. Esta última categoría sólo se podrá expendir en las plazas de mercado. En la ley 88 de 1947 (Concejo de Bogotá, 1947), a nivel nacional, se dispondrá que el matadero esté en un lugar alejado y además que los expendios de chicha y guarapo no estén a menos de 200 metros de la plaza central del municipio.

Un cronista anónimo de Mundo al día, del 30 de noviembre de 1935 da cuenta de su inspección sobre la salubridad del matadero. Este comenta que contrario a lo que se esperaba, se encontró un sitio aseado y pulcro, donde los trabajadores manipulan adecuadamente el ganado recién degollado:

Quando el cronista sale del Matadero municipal, ha cambiado totalmente su parecer. Por muy que se diga, sí hay algo nuevo bajo el sol: el Matadero municipal es una manifestación de este apotegma, y si iba desengañado por anticipado de cuanto se le mostrara en esta dependencia municipal, la buena suerte le ha hecho encontrarse con algo muy interesante, que vuelve a su corazón maltratado por los años, por los muchos años, la certidumbre de que Bogotá progresa, la esperanza de que lleguemos a tener también hornos crematorios, acueducto público, alcantarillas que no se revienten a diario, leyes contra los bandidos que matan con menos higiene y más desalmadamente que en el Matadero municipal. (S.f, El matadero..., 1935).

Pese a esto lo que se hace en Bogotá con las manos se borra con el codo. Camilo Pardo, en otra de sus revistas sobre la ciudad acusa del peligro de poner unos hornos crematorios justo al lado del matadero. Para Pardo esto le permite a las moscas tener “una vida muy regalada y con extraordinario servicio de alimentación.” (Pardo Umaña C. , Los hornos crematorios, 1945). Estos animales vivirán en el paraíso en las plazas populares y mataderos. Es precisamente allí donde acuden más personas a comprar sus víveres y los rezagos de carnes frescas y no tan frescas.

El periodista José Joaquín Jiménez se metía en todo lado, su vista no pasa desapercibida sobre el mercado de víveres. Señala la carestía, la reventa y la especulación de precios. A su vez da cuenta del estado de las carnes, tanto las vivas como las comestibles, que describe así:

Y hay muchos leprosos en el mercado. La policía diariamente recluta dos o tres. Y hay mucho desaseo, mucha porquería. La venta de carnes hiede a mortecino. Su olor a podre cubre toda la manzana. El que la visita no volverá a comer bistec en su vida. ( Y

los víveres?... (1935).

Afortunadamente el pescado llegaba barato por temporadas (González Toledo, 1973, p. 77). Las frutas y verduras que se conseguían en la plaza eran abundantes por lo que el precio no era tan alto. Si no hay para una comida fina al menos está la buena sopa —el ajiaco—, la papa y la yuca que alimentan. Nadie le podrá quitar el porvenir a quien pueda beber de la fuente de agua y comer una que otra ración diaria. Luego el agua se irá cobrando, al igual que la luz eléctrica, los hornos de leña se dejarán de usar y quien no se adapte a esto pasará grandes penas. Quien puede pagar los servicios disfruta y vive tranquilo; siempre hay preocupaciones como los razonamientos y la posibilidad de escasez, pero más allá de esto la “armonía” seguirá igual, la prensa calmará ánimos exagerados de muerte y enfermedad social, todo para mantener andando como debe ser a Bogotá.

Un café y una “pita”

### *Un café*

Los sitios de reunión de la época para imaginar la ciudad y debatir los hechos presentados en la prensa eran por antonomasia los cafés y salones en los que se programaban reuniones, se charlaba sobre la situación política del momento y se discutían las ideas literarias y progresistas que intentaron formar una nueva visión sobre el desarrollo social tanto de la capital como del país. Estos sitios se ubicaban principalmente en el centro de la ciudad, alejados de esa otra urbe que crecía en el norte, en el sur, hacia el occidente, y algunas veces sobre los cerros orientales. Para el año de 1946, Bogotá contaba con aproximadamente 224 cafés en el centro de la ciudad.<sup>64</sup> Sus nombres apelaban con frecuencia a lugares dignos de imitar, “café París”, “café Europa”, café Windsor” o bien hacían alusión a la bohemia y a la cultura que se gestaba en Bogotá, “café el Leteo”, “café la Fortaleza”, “café la Cigarra”, “café la Gran vía”. Para Richard Sennett, los cafés, más que lugares exclusivos, eran sitios de intercambio de información, que propiciaron el ocio en las personas que los frecuentaban. El ocio no entendido como una actividad vulgar o “intrascendente”, sino como fuente de conocimiento y actualización sobre los hechos, es decir, el ocio como una actividad intelectual. Para el autor:

Lo que impulsaba a los extraños a charlar en el café iba mas allá de la mera charlatanería. Hablar era el medio mas importante de obtener información acerca del estado de la carretera, o sobre la ciudad y los negocios. Aunque las diferencias de rango social resultaban evidentes en la apariencia de la gente y en su dicción, la necesidad de hablar con libertad dictaba el que las personas las ignorasen mientras estuvieran bebiendo juntas. (1997, p. 367).

---

<sup>64</sup> Según la policía sanitaria de la época (S.f, El Espectador, 1946). Para una lista más detallada en el libro *El impúdico brebaje...* hay un conteo de la mayoría de cafés del centro en la ciudad desde 1886 (2015, pp. 141-155).

En una ciudad con pocas entretenimientos –tabernas, fútbol, cinemas, iglesias– los cafés se constituyeron en el refugio de algunos ciudadanos que encontraron en tales lugares una desconexión de la vida citadina, el trabajo, las convulsiones propias de la fábrica y los negocios. Dice Sennett que, en el París del siglo XIX, el café desconectó a la persona que lo frecuentaba de la calle, lo convirtió en un espectador, en un proyecto de “individuo” (Ibíd., p. 369).

El café no sólo era punto de reunión, sino que fue institución. El decorado, la forma de vestir de quienes frecuentaban los cafés diurnos y nocturnos, las discusiones que se gestaron, propiciaron y exaltaron este sitio de encuentro-escape de la ciudad bogotana. Era sitio de camaradería entre periodistas, donde forjaron amistad Felipe González y Camilo Pardo Umaña, quien daba cuenta en estos lugares de la gran historia bogotana (1973, p. 87). En una descripción que hace Toledo del café “la Perilla”, sitio de intelectuales, se puede apreciar la precisión descriptiva que posee el autor:

Las paredes están recubiertas de juncos y estera de esparto de la que en otros tiempos se vendía arrodillada o embobinada. Artesas son las pantallas instaladas para el efecto indirecto de la luz, y pequeñas totumas o artesillas se utilizan como ceniceros. Por encima del alto enchapado de junco se extiende la galería de retratos y caricaturas de los amigos más asiduos, con originales dedicatorias para la “casa” y los estribos de cobre, los candelabros antiguos y los fuelles tienen puestos de honor. La madera de las mesas, lo mismo que el mostrador del bar, conserva su color natural para darle mayor rusticidad al conjunto y las silletas están forradas con costal. En una canilla mondetada con cordón de seda y colgada del muro, se lee, grabado en el hueso: “Todo no vale nada y el resto vale menos...” (2002, pp. 54-55).

El paso del tiempo se teje entre las conversaciones sobre la vida que pasa allá afuera, sobre los casos judiciales, el partido de fútbol, la poesía, etc. El desprecio hacia lo mundano y poco profundo se exacerbaba en estos lugares reconocidos. Entre el olor a cigarrillo fuerte y pozos de café, se va gestando una mirada particular sobre el mundo bogotano de cotilleos y correrías.

Los establecimientos de café lograron ser un punto determinante en la configuración de la ciudad a partir de los modos de vivirla. Los cafetines que permanecían abiertos hasta altas horas de la noche daban cuenta de la vida nocturna, fuera del ajetreo a la luz del sol. Allí llegará el cronista averiguar qué sucedió unas cuerdas arriba con tal personaje. La noticia del hurto o la muerte de algún sujeto estaría como conversación en el aire. El café o tinto será el pretexto para reuniones que muchas veces terminan en aguardientes, en otros casos, riñas memorables. Este pequeño mundo que parece entretener a cada habitante en sus propios líos revela cómo la bebida se convierte en la excusa para urdir planes, efectuar tratos y pasar el tiempo. Jiménez le tendrá asignada a cada persona su personalidad de acuerdo a lo que haga en el recinto del café y el tinto –mezcla de café con maíz, habas o achicoria–:

“El estudiante descifra el sólido misterio de las matemáticas o descubre la maravilla universal de la biología/ El político hace un recuento de votos, medita discursos y cata la efectividad de la curul, puestos los ojos en ese círculo obscuro, húmedo, brillante, como la pupila de un buey manso , que es el pocillo. El negociante calcula; ejecuta el

juego del alza y de la baja, intuye el trato afortunado y la transacción remunerativa. El filósofo palpa la conveniencia de otorgarle a la risa una calidad espiritual, separándola de la vulgaridad glandular del llanto. El reportero olfatea el suceso, la noticia el acaecimiento interesante. El suicida presunto calla el fracaso de su existencia y el joven optimista levanta la fábrica azul del porvenir, ingiriendo, con delectación y entusiasmo, un sorbo de café.”(Bogotá, ciudad que vive del tinto, 1941).

El funcionamiento de los cafés tendrá algunos giros en la historia bogotana de la época. Hacia inicios del siglo XX eran mozos quienes servían las cervezas, cafés y alimentos, luego, ya con un ánimo de cabarets, sitios nocturnos e ideas volátiles, fueron reemplazados por las “coperas”.<sup>65</sup> La clientela también fue cambiando hasta el punto que después del 9 de abril en varios establecimientos de este tipo ya no eran “caballeros” quienes los frecuentaban, ahora “...Era de gañanes que alardeaban y que exhibían sobre la mesa el revolver y las reservas de cartuchos.” (1973, p. 103). Los cálculos de los estudiantes y negociantes; los pensamientos de los filósofos y políticos, fueron repartiéndose junto con esta nueva forma de ver el café, el recinto, o la taberna de los alardes.

### *Una “pita”*

Los fines de semana, o cada que se pudiera, la chicha alimentaba los corazones por momentos. Si no hay para una cerveza o un aguardiente siempre habrá para un pocillo de chicha.<sup>66</sup> El estado de letargo en el que se encuentra buena parte de la ciudadanía muchas veces se le atribuye a la bebida embriagante. Esta “degenera y embrutece”. Los expendios de “pita”,<sup>67</sup> serán ideales para quien quiera pasar el pedazo de fritanga con cerveza. Estos lugares dan cuenta del abismo que separa la imposición de una nueva legalidad de las costumbres urbanas arraigadas. En las esquinas del barrio las dueñas de las tiendas tienen una especie de

---

<sup>65</sup> Toledo afirma que: “Hasta 1929 en el café Inglés, en el Windsor, en el de la Paz alcanzaban el tinto y la cerveza los coimes de blusa blanca...”(1973, p. 91). Luego se empezaron a imponer las coperas a partir de 1930, trabajaron primero en el Café Real y pocos mozos se vieron involucrados en el trabajo del reparto luego de esta incursión. Para Toledo esta situación contribuyó al desarrollo de un sentimiento rutinario del “ladrón de corto vuelo” que junto a cervezas y tocadiscos preparaba el plan de la noche (Ibíd., p. 88). Las coperas servirán de musas para hacer vibrar la valentía de los actos por venir. Muchas de ellas son mujeres venidas del campo, como Marichú, mujer del Guamo, Tolima, que vivía con Fermina en una habitación del barrio Belén, por la que le cobraban 3 pesos al mes (Jiménez, Tabernas..., 1935).

<sup>66</sup>Los vendedoras de mistelas generaron recursos desde este comercio artesanal de bebidas fermentadas. En el “rebusque” diario están las historias de Rosario, personaje de *El camino en la sombra.*, que se ve obligada a poner una tienda de este estilo para solventar sus necesidades económicas y las de su familia tras la Guerra de los mil días (Osorio Lizarazo, 2013).

<sup>67</sup>Al describir el ánimo del barrio Las Cruces, Jiménez apunta a estos lugares de bebida y venta de chicharrón. “Son cincuenta o más expendios. El expendio de pita es una cosa singularísima. Entre semana, estos expendios son tabernas, asistencias, fondines. Pero el jueves se visten unas ropas nuevas.” (Un jueves en Las Cruces, 1939).

informante que les avisa si llega algún empleado de las rentas o acaso un policial sediento. Los intentos por regular el negocio de la bebida en contra de las costumbres de antaño fracasarán ante un pueblo que en la entretención etérea siente más ligero el peso de los días.

Durante las fiestas populares las riñas eran olvidadas por momentos, en las celebraciones cotidianas se deja de lado las preocupaciones cotidianas para atender el llamado inexorable de la bebida y el baile. Esta tradición, cuenta Jiménez, venía desde finales del siglo XIX, cuando comerciantes como Ricardo Silva dejaba a un lado los negocios para rememorar las fiestas patrias. Las ferias bogotanas se concentraron en San Victorino y en las Cruces. Había trago a cual más; corridas de toros, corralejas, juegos de azar, bailes; frenesí que acababa con cualquier preocupación del que asistiera. Este olvido momentáneo cobraba factura ya luego, cuando las calles llenas de basura, el río oloroso y descuidado anunciaban que algo había pasado allí.<sup>68</sup>

Quienes se quedaban en las calles eran los consumidores de las mistelas y la chicha. Esta bebida de fabricación artesanal abundará en cada esquina de los barrios. Entre tanto, los que podían celebrar de mejor manera bebían tragos importados, en salones o lugares de reunión, la casa, el hotel, el club. Dependiendo de la cantidad de dinero se consume desde el vino “St. Sebastian”, tónico reconfortante vendido en farmacias, a tragos como el brandy “Hennessy”, brandy “Monnet”, el whisky escocés “Royal Stuard”, el whisky Caballo Blanco, el Whisky “Munro Square Bottle”. Se podían adquirir en almacenes como el Duperly, Dux, Almacén Andino, entre otros, en el negocio del distribuidor José Gutiérrez en la calle 12.

Como estas bebidas importadas tenían el visto bueno de la municipalidad, al provenir de lugares del primer mundo, donde se elaboran con “excelentes técnicas”, no tuvieron problema en difundirse por tiendas y lugares de la ciudad. En cambio la prohibición del guarapo, la chicha y la pita fue una constante luego de 1930. Sin embargo,

...La prohibición, como siempre ocurre, sólo fue un estimulante del consumo. Las grandes fábricas de Las Cruces desaparecieron, pero la industria clandestina floreció por todo el sur de la ciudad, y el tráfico ilícito, desde entonces, ha sido mirado con benevolencia por los agentes del resguardo de rentas. Y no es que los encargados de esa vigilancia sean del todo indiferentes. En ocasiones, cuando no la consumen ellos mismos y cuando les da por asumir el carácter que su cargo les impone, un billete discretamente deslizado por los traficantes, lo arregla todo. (González Toledo, La chicha...,1946, p. 10).

---

<sup>68</sup> Cuenta Jiménez que el barrio de San Victorino siempre acogió estas celebraciones y que su fisonomía se fue armando a la par de los hechos que acaecían en sus entrañas: “En resumen: luego de tres días de alborozo, de fiestas, de pólvora, de juego, de libaciones y desbaratamiento, San Victorino tomaba la presencia de aquellas cosas que fueron; algo semejante al rastro que en los espejos deja la orgía de una noche, en esos cafetines en que cursan las horas los solitarios, acompañados de la imagen propia, que los espejos multiplican, deforman y transforman.” (Relato de la Calle del cartucho, 1942). En algunos textos de Jiménez se percata su preocupación sobre el vicio y el exceso de consumo de bebidas alcohólicas por parte de los bogotanos, pues comenta que el rezago proviene de la botella.

Así pues, todos estarán contentos. Tanto los que pueden acceder a licores finos y de sabor inigualable, como quienes toman “pita” para pasar la comida. Los controles serán exiguos ante el contrabando de estas bebidas desde que se pueda sobornar al encargado de turno. El arreglo hacia una ciudad moderna, higiénica y limpia fracasará en Bogotá, sus habitantes se resistirán al cambio. Si por algún motivo se expide una prohibición, estarán las autoridades en los barrios para permitirle a sus habitantes disfrutar a escondidas.

### **Conclusiones: “La crónica tenía que ser inventada”**

Una constante que parece acompañar los relatos son las menciones a las autoridades. Sea la policía u otro agente institucional. La crónica del reportero se nutrirá de estas fuentes, en algunos casos les solicitará una acción y en otros habrá un tono de reproche. El funcionamiento del periódico o del medio de comunicación llegará a depender de estas informaciones. En la página de las “Cosas del día” del Tiempo del 22 de mayo de 1930 se da cuenta que el director de policía de la época, José Dávila Tello les solicitó a sus subalternos no hablar con los periodistas ni entregarles ninguna información, esto, por considerar este acto una posible apología al delito. El periódico comenta que el director no debería preocuparse por la información policiaca que se publica en el diario, pues afirman que “el noventa por ciento, acaso no sería exagerado decir la totalidad, de los delincuentes bogotanos, son analfabetos.” El editorial agrega que si acaso saben leer, nunca comprarían un periódico. Según la idea de El Tiempo, la información sobre casos de policía “mueve” a la opinión pública y la incita a tomar precauciones, independiente de si los casos anunciados aumentan o disminuyen. Al final del comentario del periódico, advierten que una falta de información sobre estos casos generaría “un falso ambiente de seguridad que facilitará, sin duda, las operaciones de los amigos del bien ajeno.” (S.f, Los casos de policía, 1930).

El periódico reconoce que se pueden generar imaginarios en los lectores, ciudadanos, que promuevan un tipo de acción. La lógica del periódico en este caso es creer que la información que se está construyendo a partir de los casos de policía hará que las personas que sí saben leer estén más atentas –alerta– de quienes son analfabetas y se dedican a la malicia. Esta representación va en camino de advertir a quien consume la información cotidiana que las cosas no marchan bien. A una gran ciudad no le interesará que haya vicio y maldad, menos que ocurran asesinatos. La crítica del medio de comunicación no irá tanto hacia un proceso de educación de las personas que cometen estos actos, que sería una descripción más moralizante, sino a la necesidad de reproducir la información sobre los casos que reportan y trabajan las autoridades policiales. El periódico en este caso también reproduce la forma de ser de la ciudad unívoca.

Sin embargo si el periodista no puede entrar a las audiencias, la información estará vedada a quien desee conocer los nombres y los hechos que ocurren cerca de los barrios de la ciudad. El registro, desde un periódico, se vuelve un memorial del hecho, un acontecimiento

que ocurre para ser fechado. El recuerdo de la situación, visto desde lejos, constituye un deseo del reportero por hacer una reflexión continua desde lo cuantificable. González Toledo luego de sus registros, crónicas investigativas, trató de recordar la ciudad bogotana así como los casos que fue narrando a lo largo de los años. El autor atraparé la explosión de la gran ciudad a partir de lo que parece cambiar y crecer. Los crímenes, las ventas en las plazas de mercado que aumentan y a su vez los precios, los combustibles, los gastos de habitación, los servicios públicos que llegan mensualmente, etc.<sup>69</sup> Esta afición estadística del periodista se constituye en la forma como adquiere una información aproximada y trata de desenvolver en la situación narrada, el cauce de los hechos. Esto teniendo en cuenta las entrevistas y averiguaciones a las personas que envuelven sus pesquisas. Los personajes –nombres– representarán los hechos –acción–, en la narración.

El reportero, cuando no puede acceder a los casos que suceden en la ciudad, la nota roja o judicial desde el juzgado, llegará a la posibilidad de fabular, decir inconsistencias, falsas entrevistas o ideas fuera de una objetividad que verifica los hechos. Estas fabulaciones también se constituyen en propios relatos que pueden desembocar en novelas policíacas, como *El misterioso caso de Hermann Winter* de José Joaquín Jiménez (2014). El relato, primero publicado por entregas a modo de folletín en *El Tiempo*, tendrá una escenificación cotidiana de algunos hechos, aunque ahora narrados desde una visión cercana a la sugestión imaginativa del autor. El periodista tomará prestadas herramientas de la crónica que articula en la narración mediante el desarrollo de personajes; las hazañas de los héroes y los maleantes; los espacios y encuentros que se van armando para crear una estructura de tipo policial y detectivesca. Jiménez llegará al relato de ficción con su acervo como periodista de los temas de la ciudad y acentuará su capacidad descriptiva en tal relato fantástico.

Ahora bien, a continuación se tratarán dos tipos de crónica, la llamada crónica roja –judicial– y la crónica de la ciudad. Estas dos categorías no necesariamente agruparán los diversos estilos cultivados en Colombia durante la época ni la amalgama de escritores que develaron hitos en sus narraciones. Se seguirá la línea de trabajo de González Toledo y Jiménez. Por un lado González Toledo dejará ver la cara mordaz que el Estado impone a los medios ante la censura; así como Jiménez mostrará un dispositivo de conformación social

---

<sup>69</sup> En la edición de *La Razón* del 19 de marzo de 1942, el cronista, sin firma, titula: *Pagamos nuestro aporte al fenómeno de la depresión..?*, en donde registra los gastos mensuales de las personas obreras y en general de la ciudadanía durante la Segunda Guerra mundial. Evidencia que el gasto de las personas antes de pensarse a la baja, es alto y los productos importados, de países como Inglaterra o Escocia llegan en grandes cantidades. Lo mismo los licores de esta procedencia, las fiestas para quien puede realizarlas y los entretenimientos básicos que se imponen para cada clase social. Según las estadísticas que presentan, desde un informe de la Contraloría de la República, los gastos de una familia obrera eran mensualmente \$47.53 pesos, de los cuales \$31.20 eran destinados a la alimentación y a los víveres. Los servicios y la habitación \$8.50, los combustibles \$2.92, los vestidos \$0.63, más gastos varios de \$4.28. La alza de precios irá al arroz, las papas y las harinas, la carne, etc., productos más accesibles que los buenos vestidos importados que llegan a la mitad de precio de lo que costaban años antes (S.f, 1942).

inequitativo. Así pues, se hablará sobre un asunto puntual de estas dos variantes del género periodístico y al final de cada descripción se presentará un análisis de una crónica según la división que establece Olga del Pilar López, entre dramáticas y retóricas propias del género (2005, pp. 87-89). Esta será una reflexión sobre el desarrollo del ejercicio periodístico en la ciudad bogotana de mediados de siglo XX.

### Crónica roja

*La crónica roja es el pueblo por escrito: narrado en lo judicial y vivo en su propia muerte. El periodista-detective hace superficie en los fondos populares, eso paraliterario que va siendo encuadrado en los distintos reportajes. Del pueblo solo se oye un murmullo, no su voz, pues ésta pertenece a la ironía, a la seriedad y a la cultura 'instruida' del periodista, inquisidor que informa. (López, 2005, p. 50).*

El carácter de Felipe González Toledo a la hora de contar los hechos que acaecían en la ciudad era severo. Además de minucioso, era un periodista que veía a la ciudad como propia, por esto registró sus muertos, sus nacimientos, sus carencias y excesos. Trabajó para evidenciar los males reales de la ciudad, pese a que en ciertos casos esto conllevara a normalizar una idea de buena y mala ciudad, en la cual lo vil es lo despreciado y las buenas costumbres, lo ejemplar. Para el periodista, la crónica roja era más un remoquete hacia un tipo de escritos en que se resalta la sangre.

El debate del periodista con los ciudadanos retratados era frecuente. Ya fuera por un infanticidio, un escape carcelario o un nuevo barrio de invasión, tanto Toledo como Jiménez, y buena parte de los periodistas, a menudo tenían que confrontar los hechos con el imaginario ciudadano y los actores protagonistas de las noticias criminales. Un caso específico es el que le ocurrió a Toledo con los ladrones de niños convertidos en embutidos. Esta era una creencia que se fue esparciendo por la ciudad y que dejó miedos y recelos en los bogotanos de la época. En septiembre de 1946, el tema estaba en boga. Supuestamente se habían robado a un niño en un parque, pero resultó que se lo había llevado su padrino. Esto generó una serie de opiniones sobre la verdad o falsedad de los hechos, llegando al punto de cuestionar al periodista que investigó este hecho. Toledo ante los constantes reclamos sienta su punto de vista desde una respuesta a una madre preocupada por los “robaniños”:

El reportero contesta:

–No ocurre nada mi señora. Con toda confianza, lleve a sus niños al parque. Los periodistas no hemos inventado a los monstruos. Los monstruos se los han inventado ustedes, en el tranvía. Nosotros nos hemos limitado a transmitir al público los temores expresados por los altos funcionarios de la policía... (Sobre el caso de los robaniños, 1946).

Los temores populares llegan a difundirse hasta el punto en que se convierten en noticias que

la prensa reproducirá. Beatriz Sarlo explica lo que expone Toledo de una manera procaz. La autora considera los casos y seguimientos policiales de los medios de comunicación como representaciones de actos teatrales que luego el gran público banaliza. Así, se conduce a una representación del crimen como un derecho por retribuir, como el sentimiento popular de honor y ventaja que prevalecerá sobre la cordura y los buenos modales:

Los medios informan sobre aquello que sucede más allá de los límites de la experiencia vivida. En el caso de la violencia urbana, abren también una esfera judicial ficticia, una especie de actuación teatral que, a veces, tiene repudiables consecuencias sobre la justicia de los jueces y las leyes que los legisladores introducen o modifican bajo la presión de una opinión pública agitada no por dirigentes sino por víctimas. (2009, p. 95).

Esta esfera de los acontecimientos hace creer al ciudadano que participa de la acción y el furor de su ciudad. Se obnubila. Se conmueve con historias que le parecen cercanas por haber ocurrido en su territorio, por hacer parte de su cotidianidad y porque quizá pudo haberle ocurrido algún hecho de estos a un familiar. La trama entonces mezclara tanto los deseos familiares, amorosos, conflictivos, con el relato más amplio que quiere imponer la justicia y el orden en una ciudad. La prensa, como dirá Sarlo, narrará fuera de la experiencia vivida y tratará de reproducir un estado latente de crimen e incertidumbre.

El periodista, involucrado directamente con las fuentes de los acontecimientos, será el productor de esa información que causa revuelo. Se convertirá en actor a favor de la resolución de conflictos ocurridos en la ciudad. Cuando Toledo viaja con el Doctor Mata, Iván Arévalo e Hipólito Herrera, a descubrir un cadáver que Mata había dejado en el páramo de Calderitas, cerca de Usme, el periodista expone la demora procesal de la justicia. La efectividad del periodista-detective se hace latente cuando halla rastros a partir del relato de las víctimas o de los allegados a las víctimas de Mata.<sup>70</sup> Mercedes López, una persona allegada a don Alfredo Forero “una de las últimas víctimas de Matallana...” (1994, p. 74), le comunicó varias veces a Toledo su preocupación en las puertas del juzgado municipal sobre la desaparición del señor. La curiosidad y tenacidad de Toledo le hace descubrir al falso abogado homicida. En una pesquisa sobre una declaración de Mata, Toledo halló una incongruencia pues el “abogado” de 43 años decía haberse graduado de la Universidad Republicana, cuando esta había cerrado en 1918, por lo que Toledo se figuró que Nepomuceno debía haberse graduado a los doce años, cosa incongruente para un tinterillo venido del campo, hasta para un abogado ciudadano (Ibíd. p. 76).

La intervención del autor de las notas rojas será clave en la evolución de los casos.<sup>71</sup> El

---

<sup>70</sup> El famoso criminal logro evadir la justicia varias veces, se escapó una vez de la cárcel y ante las denuncias de crimen que se le hacían respondía con tono de “tinterillo”, evadiendo cualquier respuesta sobre sus actos, legando la carga de la prueba a la institución judicial.

<sup>71</sup> Dice Maryluz Vallejo en *A plomo herido*, que, “el cronista, a diferencia del perito judicial, iba adjuntando las pruebas de un caso de investigación a su relato fantasioso, sin parar mientes en la

periodista será, más que un espectador participante de este entramado judicial, un agente que promueve una solución sobre determinada situación. Por ende se ganará el derecho de dar a conocer a las personas las situaciones que ocurren en su ciudad y será legitimado para tal oficio. Cuando ocurren disparidades con los agentes de policía o con el gobierno mismo, el periódico sentará precedente sobre la situación, pues la primera fuente a la cual acuden los periodistas será al registro policial o al juzgado permanente, y sin esta información el hecho pasaría a ser un registro más, acaso lamentable para el familiar o memorable para el mismo cronista.

La crónica roja, para efectos de esta descripción, más cercana al quehacer de Toledo, se puede aproximar a la crónica judicial. Desde el punto de vista del informante, este tipo de escrito serán los días en los juzgados, esperando noticias recientes de los crímenes del día. Una circulación de sucesos y procesos de diversos individuos de la nueva ciudad bogotana que juzgaba a sus delincuentes, escondía a los indecentes, arrojaba a los huérfanos y prohibía la algarabía popular. Maryluz Vallejo apunta a que este tipo de crónica, con “visos de folletín”, pretendía manejar la información de manera más seria, sin que se pierdan los “ribetes melodramáticos”. Según Vallejo, “...recogía extractos de los mejores discursos, que eran devorados por un público afecto al antiguo género de la oratoria...” (2006, p. 232).

Después de las seis de la tarde Toledo se dirigía a los cafetines donde los abogados se reunían a discutir los hechos diarios. De allí sacaba información para el siguiente día, indicios sobre la resolución de un crimen o al menos dialogaba con los conocedores de la ley. La confianza que tiene el periodista en este tipo de información le permitirá clasificar, archivar y enumerar los casos que oscilan entre lo que se quiere atrapar y lo que sucede realmente. Los hechos violentos serán vistos como pasiones o conflictos generados por sentimientos como la venganza, el odio, la retaliación, que conforman un discurso más amplio, difícilmente captado por la crónica judicial, en muchos casos limitada al registro exterior del hecho. Se generará entonces una acumulación, un registro acucioso que llenará los juzgados de oficios y los periódicos de innumerables casos.

Este tipo de información irá desde el edicto judicial, con resoluciones sobre asuntos sobre la ciudad, hasta los resúmenes de los casos que no bajan de apelativos como “sensacional” y “extraordinario”. En estos relatos se da cuenta de las fases del juicio, se incluyen los antecedentes, las audiencias, las defensas e hipótesis que conducirán al esperado veredicto. Será importante para el cronista judicial describir la atmósfera en la que se halla el juzgado municipal. Este mundo de leyes y condenas será un recinto que guarda la verdad o al menos que busca establecer la culpa sobre un sindicado. Los juzgados están para que el pueblo no decida tomar justicia “por mano propia”.<sup>72</sup>

---

verdad.”(2006, p. 238). Lo atractivo de estas crónicas radicará en lo llamativo de los títulos, la cercanía de los hechos y el punto de vista subjetivo. La verdad de un relato se medirá luego, cuando se hayan establecido los acusados o verificado las confesiones de un actor determinado.

<sup>72</sup> Será castigado tanto el criminal, como el posible vengador del criminal. Sobre ambos recaerá el peso

La tipificación de los delincuentes crece a medida que se va expandiendo la ciudad y los sucesos de policía aumentan. Toledo explica el cambio de la concepción de delincuente del pueblo y el delincuente de una ciudad más grande. Esta reseña la hace a propósito de la muerte de Pedro León Torres en 1957, quien fuera el abogado de los maleantes más reconocidos antes del 9 de abril:

Los ladrones de hace 40 o más años eran de corto vuelo, condición que sin lugar a dudas nada tenía que ver con el apodo del famoso delincuente centenarista (el Gallino). Casi todos eran “caseros”, como se les denominó más tarde, cuando la experiencia policial comenzó a hacer una catalogación de las diversas modalidades de la actividad delictiva, cuando ya jugaban al margen de la ley los “paqueteros” y los “rompelones”, las “mecheras” y las “aguantadoras”.(...)Los picaros más redomados...eran ladrones parroquiales; y el Gallino era algo así como “el ladrón del pueblo”, el personaje cuya fama era suficiente para fundamentar una condena, sin necesidad de pruebas. (2002, pp. 125-126).

Toledo atiende a los llamados del odio y los reseña para entender una ciudad dividida por épocas. El centenario de la Independencia nacional, el IV centenario de Bogotá y el 9 de abril de 1948. Habla sobre cómo el trabajo de Pedro León se fue al traste luego de 1948, pues ya no pudo comer en el Restaurante del Foro que quedaba cerca al Palacio de Justicia de la Carrera 4ª con Calle 12, en el cual este reseñaba a todos los personajes que desfilaban por el lugar o resolvía casos enigmáticos que retumbaban en los diarios. Lo que pasó después del 9 de abril, para el periodista reside en que los delincuentes eran más, fueron otros, de todas partes. Sentencia Toledo: “Eran maleantes, burundangueros y atracadores llegados sábelo Dios de dónde, que actuaban a favor del cosmopolitismo y de la babélica barahúnda de la ciudad inflada.” (Ibíd., p. 132).

La ciudad se irá desbordando y los casos que resolver aumentarán en número exagerado. Los juzgados extenderán sus jornadas, se abrirán nuevos lugares donde se aplicarán las leyes. La crónica judicial irá perdiendo espacio en los medios, ante la frecuencia y la repetición de los caracteres relatados en los hechos. Sin duda seguirán avisando los sucesos más relevantes ocurridos en la ciudad, pero el tono de la información cambiará un poco, haciendo menos relevante y más indecorosos este tipo de relatos, hasta el punto de legarlos a la prensa amarillista. La condición humana, que desea retratar Toledo, se convierte en un archivo de casos innumerables. Luego la prensa estará atenta a la censura impuesta durante los mandatos de Ospina Pérez, Laureano Gómez y tardíamente Rojas Pinilla. La tensión que advierte Arturo Alape, quien fue un extenso investigador de este hecho, entre el Estado, los actores en revuelta y la ciudadanía le dejan explorar una visión sobre el territorio que se empezaba a sentir. En *El cadáver insepulto* (2005), Alape pone a hablar en primera persona a Felipe González Toledo y a Transito Ruíz de Toro, personaje de Edelmira Prada de Orozco,

---

de la ley, que sólo podrá aplicar un juez conocedor de las normas y resoluciones que tipifican y establecen criterios sobre los desafortunados individuos que cayeron en el recinto judicial.

una mujer que lucha por develar los asesinos de su esposo, un oficial de policía acusado de ser cómplice de las insurrecciones del 9 de abril de 1948. En esta narración histórica de ficción se dará cuenta de la responsabilidad de una oficialidad militar sobre algunas imposiciones y acciones recurrentes, en este caso, asesinatos extrajudiciales.

En la novela vemos al periodista González Toledo como un personaje comprometido con develar informaciones y acercarse a la resolución de los casos. Para él las historias son importantes ya que develan el sentimiento de las personas, los límites a los que llega la ciudadanía y lo que esto implica en una sociedad creciente. Esto dirá sobre su trabajo hasta los sucesos de 1948:

...La indagación sobre el origen del asesinato culminaba en el muerto mismo: se podía verificar el levantamiento legal y seguir la pista de los orificios causados por el arma homicida, confrontar datos sobre la identidad de la víctima, pero debo confesar que por experiencia propia, en el funeral, si acaso se efectuaba, se acababa la sed de fiebre periodística. Era el triste adiós al folletín por entregas de los años cuarenta, en crónicas que levantaban la piel de emoción al lector, durante meses de ávidas lecturas por la acuciosa indagación periodística. (Ibíd. p. 109).

Lo que intentará explorar el relato de Alape será entonces ver cómo cambia ese oficio de Toledo como un reportero que apenas terminaba un caso pasaba al otro, a ser un periodista de corte más investigativo, que se abstiene de publicar noticias, fuera por la censura o por la necesidad procesal, esto, específicamente desde 1949 hasta 1958, mientras el Estado de sitio se hizo patente. Es allí donde se enfrentará el periodista atento a las diversas fuentes con el periodista que debe preservar en su memoria casos inexplicables, en los cuales los muertos ya no serán el fin de la historia, sino que serán el comienzo de otro relato más amplio sobre el país. González Toledo tendrá palabras para expresar su deseo y su constancia periodística:

Por lo tanto, no era periodista genuflexo ni portavoz de la fuente oficial. Soy, he sido un periodista abierto a todas las informaciones y puntos de vista: recibía y construía por mí mismo la información para luego confrontarla y soltarla al público en una rigurosa escritura. (Ibíd., p.150).

Es por ello que esta incertidumbre también cala en el periodista, al ver que no puede escribir sobre algunos temas por estar censurados. Por ejemplo, es sólo hasta un artículo en el Semanario Sucesos del 21 de junio de 1957,<sup>73</sup> que Toledo pudo presentar una noticia detallando los hechos de diversas fuentes sobre el asesinato del oficial Tito Orozco. Quizá esta pueda ser una de las causas por las que las noticias judiciales y de policía no se pudo seguir desarrollando como se venía dando, a manera de folletín, con tono de algarabía sobre la

---

<sup>73</sup> Este Semanario fue fundado por Felipe González Toledo y Rogelio Echavarría. Funcionó como una alternativa a los diarios El Espectador –El Independiente durante la censura– y El Tiempo –Intermedio–, sobre la información en Bogotá. Este proyecto periodístico sin duda consolidó a González Toledo como un periodista investigativo, pues en varios casos se dedicó a recopilar y rememorar información como los hechos del 9 de abril, la muerte del doctor Mata, los años de antaño de Bogotá y la nombrada información de la muerte del capitán Toro.

muerte o la riña. Así como era determinante la información que le daban jueces, policías y actores institucionales, también lo era la aprobación del Estado sobre tales escritos. Una vez se impone cierto tipo de censura, específicamente sobre actos de violencia, cualquier atisbo de desarrollar una crónica de este estilo podrá ser motivo de reproche. Esto dificultará la conciencia de la sociedad sobre una realidad que quiere ser vedada.

La crónica estará condicionada por estos hechos históricos. La incertidumbre estará sembrada en los lectores sobre los sucesos narrados y vedados, que continúan ocurriendo de una manera u otra. Pese a la censura, a la ocultación información o la represión, los acontecimientos que narraban las crónicas seguirán sintiéndose. El cronista estará en el punto en que su compromiso sobre la exposición de los hechos tal como se van desarrollando se ve coartado ante la representación social que se impone en la ciudad. Esta cadena que ata al periodista a dejar de publicar información se impondrá sobre los medios de comunicación para que dejen de reseñar, clasificar y avisar sobre el funcionamiento social. El campo de la crónica roja y de la crónica judicial perderá su espacio, y el auge que tuvo a principios del siglo se volverá un hito periodístico.

### *La explosión de una bomba*

Luego de este recorrido sobre el ejercicio periodístico que ejerció González Toledo se abordará una crónica propia del seguimiento judicial y de sucesos. Este seguimiento hace parte del folletín de los años 40. Se trae a colación para dar cuenta de este tipo de narración periodística, que da cuenta de la relación del medio y del periodista con las autoridades y otro tipo de fuentes, que lograban darle al relato una identificación amplia. El caso comienza con una descripción general de los hechos. Una bomba detonó en la plaza de San Agustín, Calle 6 con Carrera 7, a las doce de la madrugada con 30 minutos del 2 de agosto de 1946, días antes de la posesión de Mariano Ospina Pérez como nuevo presidente de Colombia. En el título de la noticia las palabras que resaltan son “Testigo”, “Investigación”, “Pistas”. En cada subtítulo de la noticia se busca ampliar los detalles del hecho. Se hace referencia al impacto, los destrozos causados, las repercusiones, los indicios policiales, los primeros detenidos, la acción del presidente Lleras Camargo, los posibles móviles y por último un llamado a la calma, que quiere impulsar al lector a no seguir la algarabía popular por el revuelo del hecho.

En este primer momento de la noticia las únicas fuentes consultadas son institucionales. Se entrevista al ministro de guerra, al inspector de policía, al juez noveno de instrucción. Se enfatiza en el único testigo del hecho, un sordomudo del cual dicen que no se puede explicar muy bien frente a las autoridades.

El 5 de agosto se retoma el caso. Se dice que los técnicos del departamento de investigación continúan averiguando los componentes de la bomba, para así determinar la procedencia del artefacto. Luego, se amplía la información del único testigo, el sordomudo, que resultó no ser tal, pues este se encontraba de camino al cuartel de la IV división de la

policía, a tres cuadras del hecho, donde trabajaba. Se pudo conocer esta información, tras fallidos intentos del periodista, gracias a una Hermana francesa que tradujo las señas de Amadeo Maldonado. Sin más información, se enfatiza en que el “detectivismo” continúa sus pesquisas sobre los actores del hecho.

El 6 de agosto titula el seguimiento del caso “Preso un antiguo conspirador por el nuevo acto terrorista” (S.f, 1946). La noticia se divide en dos. Primero, las conclusiones de los investigadores sobre la composición de la bomba. Se afirma que este artefacto podría haber afectado todo un edificio si hubiera sido detonada en uno, y que quienes lo construyeron tenían información “técnica” sobre estos artefactos. La única fuente con nombre del relato, el doctor Pedro Ignacio Camacho, juez noveno de instrucción, da cuenta de la realización de varias capturas.

En un segundo momento se habla de otro capturado. El periodista dice que se conocieron las características de un sindicado fortuitamente. Una familia elegante se preocupó porque su hijo no apareció a la hora que tenían una fiesta en el Jockey Club y le informó a la policía. Los funcionarios que acogieron el caso se comunicaron con los detectives, que informaron de la captura del personaje desaparecido. El periodista comprueba el hecho con la descripción del carro lujoso del personaje apostado frente al edificio de la policía en la calle 9ª. Además, porque la familia y un abogado se dirigieron al juzgado 9º donde se iniciaría la indagatoria. El último subtítulo de esta noticia informa que lo que se conoce de la investigación es superficial, que un sindicado ya había sido investigado antes y que el Juez de Instrucción parece que tiene atados los hilos de esta trama.

Al siguiente día, Francisco Vargas Holguín, el personaje capturado, fue puesto en libertad luego de la indagatoria. Un antiguo conspirador conservador, encarcelado en marzo de 1946 por otros actos terroristas, Rafael María Velásquez, fue capturado en su casa de la carrera 4ª. Se menciona también el nombre de Roberto Ortiz, luego nombrado como Carlos Aníbal Ortiz, otro “antiguo conspirador” de quien se presume, tiene mayor relación con el hecho de San Agustín.

Según se afirma luego, la policía encontró en la casa del partido socialista un lote de dinamita con una carta en tinta simpática, invisible, que fue descubierta luego por los investigadores. Esta pesquisa se había realizado por una información que le habían dado a la policía tras el hecho. Los encargados del partido, se dice, rechazaron estas acusaciones, alegando en un escrito que les había llegado a la oficina de tesorería un paquete con estos elementos. El periodista, a su vez anota que el caso se va desarrollando como “un plan de provocación torpemente urdido.” (S.f, Otro conspirador..., 1946).

El 9 de agosto, a ocho días de haber ocurrido el hecho, se titula “Los farsantes terroristas querían complicar al director de la policía”. Tras tres indagaciones, se aclaran varios puntos en la noticia. El primero es que Velásquez días antes al hecho había rondado la sede del partido socialista y había enviado alarmas al directorio del partido conservador. También se revela el contenido de la carta encontrada, que acusa al director de la policía del momento,

general Vanegas, y a otros funcionarios de la policía de ser cómplices del plan. Otro hecho relevante es una dirección que anotan, la cual pertenecía a un funcionario de la legación soviética. Con mala fortuna, afirma el periodista, los conspiradores no se dieron cuenta que este funcionario hacía tres meses no estaba en Colombia. Al final de la noticia se da cuenta de una llave “Graham”, que aún no se puede determinar si fue dejada voluntariamente en el lugar o si fue algo fortuito.

Un funcionario de la legación Soviética, en la edición del sábado 10 de agosto, le declaró al periódico que las autoridades ya se habían disculpado por el hecho que intentaba inculpar a un funcionario de la legación. Aparte de esta declaración, la noticia afirma que la investigación sigue en curso, con las indagaciones a Velásquez y Ortiz y el trabajo incansable del juez de instrucción.

Al lunes siguiente se da cuenta del parecido de la grafía de Ortiz con la que se apreciaba en la carta de tinta simpática. El mensaje, que trataba de implicar a la policía y a la legación soviética, le recuerda al periodista al caso del “Baúl Escarlata”(Toledo, 1994, p.33), en el que también se dejó un mensaje buscando despistar a los investigadores. Uno de los últimos eslabones del suceso era quién había dejado la caja en el partido socialista. El portero del lugar dijo que podría reconocer al personaje si se le presentaban los sindicatos en una ronda de presos.

El día 17 de agosto se aclara la información faltante para cerrar el seguimiento preliminar del caso. En este día, luego de dos semanas de despliegue, se afirma la responsabilidad de Ortiz y Velásquez en los hechos de la dinamita de la plaza de San Agustín. Además de ser reconocidos por el portero del lugar del partido socialista, quien los vio varias veces en ese lugar, se encontraron en la casa de Ortiz perdigones que “podrían” hacer parte de una posible bomba. Así pues, se condujo a Ortiz a la cárcel de Sumariados y a Velásquez se le pidió presentarse cada 48 horas en el despacho del juez de instrucción Camacho. La conclusión del hecho es que estos integrantes menores del partido conservador querían alarmar a la dirigencia conservadora sobre un falso peligro socialista, para así motivarlos a modificar “la política de concordia nacional.” (S.f, Dictado..., 1946).

Como se puede ver, el despliegue de un caso en el que tiene relación la crónica roja y la crónica judicial se va armando con indicios y pesquisas muy leves. Mientras que el caso se desarrolla, son pocas las fuentes, aparte del juez de instrucción, que revelan información sobre el hecho. Algunas veces se admite la reserva del sumario en el caso y en otras, se hace expresa la importancia de dejar que los cursos de la investigación continúen. Lo que revela el desarrollo de la noticia también es la recurrencia de los hechos, es decir, la repetición de nombres antes nombrados, de fuentes ya consultadas, que aclaran más el hecho y le brindan al cronista una hipótesis sobre el hecho.

Las herramientas con las que contará el periodista serán reducidas, por lo que cualquier detalle es necesario para corroborar la información. Así, consigue entender lo que explica el sordomudo, lo que menciona el portero del partido socialista, además de los informes del juez

de instrucción. Con esto en mente, va tejiendo una trama aún no corroborada, con ciertos indicios que le hacen pensar en un hecho de “provocación” mal armado. Las inconsistencias del caso, como la dirección del funcionario Soviético, le dan pie al autor para afirmar una situación de falsa alarma. La bomba fue puesta para generar una reacción política, más que para causar un daño específico a personas o a objetos simbólicos.

Para Pilar López, en la crónica roja se presenta una visión de contraste permanente, de choque entre valores asumidos y valores representados en la ciudad:

La crónica roja divide a los protagonistas de sus relatos en criminales y víctimas; primera separación maniquea que señala a los buenos y a los malos de esta escritura melodramática y moralizante, que busca crear su propia ficción al poner el acento en los eventos transgresores del orden social. (2005, p. 96).

El intento de unos conservadores por crear una noción repetida, en contra de una postura ideológica distinta, juega un papel a la hora de entender el estado de cosas en que se encuentra el país. La mera alarma, el estallido de la bomba, se construye como un hecho de revuelo, de crisis, que intenta persuadir, en tal caso, sobre lo bueno y lo malo, lo conveniente y lo inadecuado. En ese sentido, el mensaje que querían promover Velásquez y Ortiz, en contra del partido socialista, a favor de promover una idea de caos y desorden, apela a enaltecer este sentimiento de inestabilidad y crisis, precisamente en un momento de transición del poder político. Así pues, el periodista de notas rojas tenderá a calificar estas conspiraciones, amenazas y alarmas como algo repudiable, que aún así no deja de acontecer.

Según el esquema planteado por Olga del Pilar López (2005, p. 87), las categorías de 1). Signos (retórica léxica) y 2). Símbolos (dramática léxica) en este caso jugarían de la siguiente manera:<sup>74</sup> 1.1 Léxicas: al decir que este caso es una “tramoya” o un plan “torpemente” urdido.

---

<sup>74</sup> Estas categorías las realiza la autora siguiendo las ideas de Katia Mandoki, en *Estética cotidiana y juegos de la cultura: Prosaica I* (2006). La división entre estructura retórica y dramática se hace con el fin de evidenciar los signos y símbolos, que pueden ser palabras claves fundamentales en el relato de la crónica, para hacer explícitos ciertos hechos, aclarar posiciones sociales o esclarecer subordinaciones poco aparentes. La retórica contendrá los elementos léxicos, propios del lenguaje, que se utilizarán como sustento de una hipótesis propuesta en el relato a partir de significados comunes; las quinésicas, podrán representarse mediante fotos, o mediante la explicación de los gestos y facciones, que dan cuenta de un modo de estar del personaje en el relato; los acústicos, que serán las onomatopeyas, los cambios de voz, el tono, dan cuenta de los hechos oídos, de la altanería de unos y el respeto de otros; y las retóricas icónicas serán los elementos que constituyen la prueba del relato, son los artefactos con los cuales se puede identificar el hilo del suceso, lo que posiblemente provocó o desencadenó los acontecimientos. Las dramáticas serán a su vez las expresiones de alternación, los cambios de ritmos y la pantomima. Las proxémicas será la relación del sujeto con la sangre, con el otro, con los rostros, será la proximidad y la distancia; la cinética dará cuenta del ritmo, de las aproximaciones, de las sospechas que se van urdiendo entre los periódicos y las hipótesis investigativas; en los elementos tónicos se evidenciarán las amenazas, las reverencias, las disculpas, los reparos y las dudas, que pueden mostrar la posición jerárquica de un actor del relato o la explicación de sus modos de proceder; y en el pulso se resaltarán las características del hecho a modo de hipérbolos, elipsis, aliteraciones, figuras literarias que aumentan el detalle del relato y acercan al lector al hecho para que este pueda dimensionar lo contado.

1.2 Quinésicas: Las fotos del hueco que dejó la bomba en la plaza o las caras de los presuntos implicados. 1.3 Acústicas: en este caso expresadas desde el silencio del sordomudo que presuntamente presencié el hecho. 1.4 Icónica: la carta en tinta simpática, el objeto que estuvo en manos de los actores del relato, de los agentes de policía y que finalmente se pudo leer en el periódico gracias a una dispendiosa investigación. En el caso de los elementos simbólicos, 2.1 Proxémica: el cara a cara del portero del lugar del partido socialista, con los actores que le entregaron la dinamita. 2.2 Cinética: el ritmo institucional, de suma reserva y secreto que le imprime el cronista a lo largo del relato. 2.3 Tónica: Las disculpas de las autoridades con la legación Soviética; las amenazas y el pánico que causó en el presidente saliente y entrante que disfrutaban de una velada cerca el día de la bomba. 2.4 Pulso: La comparación de la capacidad de la bomba, que de haber sido accionada en un edificio lo habría destrozado.

Este esquema sirve para entender algunos de los puntos más recurrentes que expone la crónica. En general, las líneas de este tipo de crónica se repiten. El ciclo iría de la siguiente manera: El hecho ocurre y es registrado como sensacional. Se indagan a los jueces del caso o al policía encargado del asunto como primer fuente. Se averiguan algunos elementos alrededor del hecho, pistas, huellas, testigos, que den cuenta de lo sucedido. Luego viene la espera a que las investigaciones sobre el hecho den algún indicio. Si existe este indicio, se empiezan a relacionar nombres y situaciones recurrentes. Al final están las acusaciones formales, que dejan abierto el caso, pero que con un culpable en mente, le dan paso al despliegue de otros casos aún del todo enigmáticos. Como se presentó antes, este ciclo de alguna manera se corta luego de 1948, pues alguna de las partes que conforman el relato deja de servirle al relato o bien porque el relato mismo sea obnubilado para que no se publique. El periodista de notas rojas tendrá que mirar sobre otros hechos de la ciudad y el país, así como el lector también resignará su posibilidad de reconocer tal situación.

### Crónica de la ciudad<sup>75</sup>

*El periódico, pues, primero se sucede (se sucede en las cosas que ocurren); luego se piensa; después se escribe y por último se hace. Lo esencial es que se suceda; por esto el periódico no tiene fin ni principio. Se hace; se hace y se traga la labor, el esfuerzo, la atención y el desvelo de todos sus empleados, desde el director hasta el saca pruebas.(...) De esta comunión de voluntades y deseos, resultan las páginas que lee el público por cinco centavos. (Jiménez, El periódico por dentro, 1936).*

---

<sup>75</sup> Dice Vallejo que: “Desde finales del siglo XIX los diarios capitalinos empezaron a ejercer una especie de veeduría de las obras y servicios públicos de la capital, debido a las pésimas condiciones de aseo que enfermaban de tifo y de cólera a la población. En este terreno la prensa política depuso las armas y ejerció su función democrática. Otra vez la influencia llegaba de Inglaterra que había convertido la prensa de barrio en una institución:...” (2006, p. 130).

Los ríos de tinta que se pasean por las calles de la ciudad son el esfuerzo del periodista que trata de encontrar una noticia que de cuenta de las preocupaciones mundanas, vulgares, que someten a sus habitantes al hábito de los días y al afán momentáneo. Estas noticias surgen como reacción al interés por parte de las persona a conocer los hechos y las costumbres que suceden en un territorio. Se busca la razón de ser de tantos acontecimientos que parecen lejanos leídos en un periódico. La responsabilidad con la que se carga al medio de comunicación, de reflejar un estado social, habla de la vocería que tomaron los periódicos para revelar puntos concretos de la idiosincrasia relacionados con las carencias, el desarreglo y los problemas recurrentes. Así, la crónica de la ciudad se puede ver como una semblanza de lo que sucede en Bogotá, las costumbres que se van, las costumbres que aún promueven el desarreglo y los nuevos caminos que va tomando el territorio. De igual manera, este tipo de crónica será un señalamiento sobre la conducta social y moral de la ciudadanía.

En la novela *Hombres sin presente*, Osorio Lizarazo da cuenta de las condiciones de vida de la clase media bogotana acoplada al trabajo en empresas y oficinas. Un salario cada diez días que no le alcanza al protagonista para sostener a su familia; precariedad que se ve aumentada por alcanzar las denominadas “apariencias” o un gasto inesperado. Lizarazo al igual que Jiménez y Toledo siente el peso de esa ciudad que los va transformando a ellos, su forma de narrar y pensar. Osorio recorre los espacios menos expuestos al tránsito cotidiano. Al evidenciar los tipos de personas que observa y con quienes habla también expresa una preocupación vital de quienes están en esta gran ciudad. En tramos de esta novela y algunas crónicas sobre la “miseria social”, la revisión de este periodista llega a ser casi técnica, reseñando una determinada forma de ver el mundo, que ha venido denunciando y el cual ahora se relata de tal manera. Osorio llega a hablar de “síntomas” y “tipos” recurrentes tanto de personas como de hechos. Por ejemplo, al evidenciar la contextura “típica” de una persona desarreglada o vaga: “Un muchacho de diez años y que está recludo. Presenta todos los síntomas de la degeneración. Su cráneo es prolongado hacia arriba, con la frente deprimida, los belfos gruesos, el cuerpo deforme y las piernas torcidas.” (1926, p. 175). La tipificación del muchacho pone en evidencia una exposición particular del narrador ciudadano, hacia personas similares, pobres, marginados, desafortunados, quienes sufrirán en su mayoría el “desarreglo” social.

Carlos Monsiváis comenta que los relatos que presentan al personaje mal habido, mal hadado o mal encaminado hacen énfasis en este tipo de personaje porque al estar situado en una escala reducida es sobre quien pueden imponerse los desaliños de la sociedad que en ese momento está construyéndose. Así, será importante:

...desplegar la existencia servil. Metáforas del vicio y la resignación, los pobres ornamentan las novelas del naturalismo como ángeles caídos: no intuyeron la decencia y la degradación los consumió, o –lo más frecuente– nacieron viles y refrendaron el estigma con su abandono. (2006, p. 16).

La condena previa sobre los cimientos de la sociedad se acomodará en torno a las

circunstancias diarias y permeará varios asuntos urbanos, determinando así algunas condiciones normales de la ciudad. Por ejemplo en el asesinato por venganza en las calles y parques, mientras habitantes poco enterados se dan cuenta de los hechos a la luz del sol; en la persecución violenta, las balas desafortunadas en contra del pueblo que acrecientan los ánimos y perpetúan la violencia. A su vez, en la inflación y especulación que se dio en las grandes avenidas; y la promoción de Institutos y agremiaciones que actúan bajo intereses privados desde un marco legal exclusivo, al que pocos pueden acceder.

Estos hechos que se cuentan como acontecimientos recurrentes en la ciudad van siendo manejados por el periodista desde su interés por dejar en evidencia los dispositivos existentes que niegan o afirman una situación concreta o un estado de hechos. Estos temas serán un afán permanente del narrador del hecho, que siente el asunto como propio y además espera que su escrito tenga una repercusión, la más cercana sería que los hechos contados no se siguieran dando. Así, como comenta Juan José Hoyos en *Escribiendo historias...*, el hecho de un relato va más allá de lo que se cuenta y pasa por la pretensión del mismo de universalizar algo recurrente que inquieta tanto al escritor como al lector:

En general, al tema de una narración que va a ser publicada en un periódico(...)se le pide que tenga interés humano, que refleje un conflicto, que tenga un simbolismo universal a pesar de que la anécdota sea local, que retrate un aspecto de la condición humana...También se espera que ese tema esté sintonizado con la sensibilidad del reportero, que despierte su interés. (2003, p. 93).

A pesar de que haya un despliegue sobre los personajes más desfavorecidos de la ciudad, este no será una acusación sobre estas personas, sino más bien una forma de revelar una situación recurrente. La denuncia que hace el periodista, que se sirve de los tipos sociales excluidos, fomenta una solución más que promover una acusación. Los escritos se desarrollarán de forma dramática, por escenas, de manera maniquea porque el formato lo exige y el autor se acoge al mismo para revelar lo que está sintiendo al presenciar los hechos.

A descifrar estarán, para el cronista de la ciudad, los diálogos mantenidos por los habitantes de la época a la cual se ha referido en el texto. La abstracción de algunos hechos en un día de mercado en la plaza del las Nieves, o la Concepción, se vuelve la tarea del cronista. Sus descripciones realizadas a modo de crónica o reportaje, advierten un estado de cosas presente, que permea sobre las formas sociales. En este punto Henri Lefebvre recomendará que a la hora de analizar una situación social con base en las ciudades se considere el carácter de lo público, lo privado, las conexiones que generan los textos, además de las nociones que se van creando a partir de los acontecimientos diarios.

A lo largo de su proyección sobre un nivel específico, el código general de la sociedad se modifica; el código específico de lo urbano es una modulación, una versión, una traducción de aquel incomprensible sin el original y sin los orígenes. En efecto, la ciudad se lee porque se escribe, porque fue escritura. Sin embargo, no es suficiente examinar este texto sin recurrir al contexto. Escribir acerca de esta escritura o este lenguaje, elaborar el *metalinguaje* de la ciudad no supone conocer la ciudad y lo urbano. El contexto, lo que hay *bajo* el texto a descifrar ( la vida cotidiana, las relaciones

inmediatas, lo inconsciente de «lo urbano», lo que apenas se dice y, menos aún, se describe, lo que se oculta en los espacios habitados –la vida sexual y familiar– y apenas se manifiesta cara a cara), lo que hay *por encima* de este texto urbano (las instituciones, las ideologías), no puede descuidarse a la hora de traducir la información. (1978, p. 74).

Pese a que todo el pedazo de la versión parezca escaparse, mediante la inscripción del texto se logran abordar las contradicciones en los espacios cerrados (Asilos, hospicios), los contratos sociales (matrimonios, familias ejemplares y títulos bancarios); junto con las ideas de progreso y desarrollo que parecen estar en contravía con los intereses de todos los habitantes de la ciudad.

La ciudad, como objeto representado, será una forma de concebir su constante cambio. Esto es, la ciudad se convierte en una inscripción abierta a la mirada del ciudadano, que acude al texto, bien como entrada a los sucesos que allí se narran o como lector que advierte y repasa lo que la ciudad está ofreciendo. Los hechos contados pueden ser despreciados, como forma de evasión de la realidad narrada, a través del rechazo, la incredulidad y el desdén. La falta de atención acerca de una representación de ciudad, que posa su mirada sobre la desigualdad y el menosprecio, se vuelve intencional por parte de los sectores sociales que pueden transmitir y al mismo tiempo reproducir la información, sin que esto implique una acción concreta sobre la realidad física y patente de la cotidianidad. Es por esto que la inscripción de la ciudad puede abordarse desde lo narrado y a su vez como una crítica hacia los sectores sociales que permiten un cierto sentido de ser de la ciudad.

En el caso de la crónica narrada a continuación por Jiménez, se puede ver cómo se imponen condiciones en la ciudad: el de la pobre señora que tiene que acudir al prestamista, necesidad que mantiene un sistema jerarquizado, basado en una moral de resignación y refugio. En el relato la condición impuesta será la constancia de trabajo de la señora por sostener a sus hijos, sin que esta lo vea necesariamente como una aparente desigualdad social. Lo que ejemplifica el texto, si es que quiere mostrar y reemplazar algo sobre la realidad física, es la articulación que se ha logrado en la ciudad para que se den ciertos aspectos que eran “impensables” a una cultura basada en la reciprocidad y en la confianza mutua. El sufrimiento de la señora Paca se podrá representar como el de toda la comunidad ciudadana que acepta entrar al tránsito cotidiano, más a la fuerza, que con esperanzas reales de salir a flote.

#### *Milagros de la saya de Doña Paca*

Esta crónica, realizada por José Joaquín Jiménez, tiene los elementos básicos de una crónica de ciudad. Desde el antetítulo “las pobres gentes”, se deja claro desde qué posición hablará el cronista. En este tipo de crónica se presentará un protagonista y un antagonista. La protagonista será doña Paca, señora humilde residente del barrio Las Cruces, que tiene que empeñar una tela que había adquirido hace poco. El antagonista será don Salatiel, un avaro dueño de una prendería de la carrera 10ª. La crónica en este caso apelará al sentimiento

materno y de sustento que persiste en la señora, en contra de la idea de acumular riqueza del prendero.

La historia que relata Jiménez es que doña Paca se ganó 5 pesos un día gracias a su labor de modista. Esta suma, exorbitante para la señora, la utiliza para comprar una tela fina con la que elabora una saya o pañolón. Este nuevo atuendo le genera emoción a doña Paca: “Así vestida fue a misa y toda llena de alegría sintióse capaz de dilapidar veinte centavos para ir a San Cristóbal, en el tranvía.” (1935). Sin embargo, llega el día en que le tienen que pagar unos trabajos realizados y no lo hacen. La despensa de su casa esta vacía, sus hijos no tendrán qué comer el siguiente día. Ya no le puede pedir más fiado a la tienda cercana ni tiene familiares que la auxilien. Su hijo de 13 años se la pasa en la calle y sus hijas aún son pequeñas para desarrollar algún oficio. El periodista presenta la situación límite a la que llega doña Paca, ir al “monte de piedad”, a empeñar su nuevo pañolón y conformarse con el antiguo, verde trapo roído por el tiempo.

En el proceso de regateo se muestra a una señora pobre, que hace cálculos con lo que posiblemente le prestara el avaro Salatiel. Este no se conmueve con la situación de la señora y alega que ya tiene muchos “trapos” que deberá vender en la plaza de mercado. Para él lo que valdrá son las joyas, anillos, cámaras, artículos del hogar, objetos por los que sí obtendrá beneficio. El prendero le ofrece un peso a la señora Paca, sin remedio ante esta propuesta. Así, con el peso en mano, Paca espera poder comprar comida, carbón y confites para sus hijos. Además, quedará en ella el anhelo de que en 15 días pueda devolverle el dinero con intereses al personaje de la carrera 10ª, y así lucir de nuevo su saya.

Dos horas se detiene Jiménez frente a la iglesia de Santa Inés para acusar por el silencio de todas las personas que entran y salen de estos almacenes. Afirma que el mejor homenaje que se le haría a la ciudad sería quitarle esa llaga que tanto aqueja a los más pobres. En su mente está la armonía de poder vivir en una ciudad en contra de la usura, donde haya comida abundante y el tránsito de sus habitantes sea más apacible.

Aparte de estar en clave de un personaje bueno y uno malo, hay algunos elementos que nos acercan a la crónica de la ciudad. La referencia a los lugares será fundamental para entender por qué las prenderías se ubican en ese lugar, cerca de la plaza de mercado, a las habitaciones de estudiantes y a los hoteles baratos. Las necesidades vitales, como la comida, el lugar de dormir y las aspiraciones cotidianas, darán cuenta de la situación desde la que habla el narrador de la historia.

Desde el esquema de Olga del Pilar López (2005, p. 87), en la crónica de Doña Paca, las representaciones irían de la siguiente manera: 1.1 Léxicas: La “escandalosa suma” que se gana Paca por suerte; la “llaga” que aqueja a los ciudadanos que acuden a las prenderías. 1.2 Quinésicas: En el relato se presentan tres fotos, una de doña Paca, con su saya el hombro, otra de una señora cargando un bebé y la última de un muchacho que empeñará una cámara costosa en pocos pesos. 1.3 Acústicas: “—qué quiere”, es el regaño que Salatiel pronuncia tras el saludo de Paca, el comerciante, por avaro, también es afanado, gritón y así lo expresa Jiménez

en la crónica. 1.4 Icónica: La saya, que tanto valor tiene para Paca y es despreciada por Salatiel, que la denomina un harapo que no se puede vender.

En cuanto a los elementos simbólicos, 2.1 Proxémica: el billete de un peso, arrugado, en la mano de doña Paca, que recibe entre sollozos. 2.2 Cinética: la contradicción entre la prohibición gubernamental sobre la usura y la necesidad de miles de personas que desfilan frente a los ojos del cronista durante el tiempo que se estacionó en la iglesia de Santa Inés. 2.3 Tónica: Las súplicas que persisten en Paca, la poca flexibilidad del usurero y los sollozos repetidos que buscan conmover, afectar el sentimiento. 2.4 Pulso: Su vieja saya y la nueva saya, juegan para doña Paca una expectativa de vida, la vieja representa todo lo sucio, todo el trajín, mientras que la nueva saya era la esperanza de pulcritud y elegancia en camino a una mejor vida.

Así como el periódico tiene que sucederse, las noticias sobre la ciudad también van aconteciendo una tras otra. El cronista, en este caso Jiménez, tenderá a pasear su mirada sobre una ciudad que se repite. El autor representa un arreglo hacia cuestiones que parecen fijas como la desigualdad o la muerte y otras que varían como las costumbres, las actividades o los símbolos de culto. Estos hechos narrados, en los que cambia el nombre de los actores con una trama que continúa siendo la misma dejarán ver una ciudad estancada. La crónica de la ciudad evidencia el pasmo al que sus habitantes se han acostumbrado. Y como le ocurrió a doña Paca, si por algún motivo hay algo que quiera rescatarla de su ostracismo social, así sea una prenda de vestir, habrá unas condiciones que la retengan y la coloquen en la posición que le es debida. El anhelo ciudadano será una posibilidad creída por sus habitantes que en muy pocos casos se hace presente. Sin embargo, es esa misma rencilla la que promueve el pasmo y la quietud. La posibilidad, aunque remota, servirá como justificación de la vida tal cual se ofrece.

Jiménez encerrará esos mundos pequeños, el mundo del lustrabotas, del auriga, del desempleado, la ama de casa, etc., en crónicas que se interpelan. Pese a que cada relato constituya una sola unidad, el repertorio amplio de las crónicas muestra un estado de cosas que se está cultivando en la ciudad. Como son varios los frentes en los que la ciudad va revelando su cara egoísta y exclusiva, hablar de una hipótesis sobre la causa del malestar cotidiano es poco probable que funcione. El repertorio amplio y diverso, lleno de situaciones particulares que acusa una ciudad, será una representación particular desde la imposibilidad de la utopía ciudadana. Más que ser una explicación única y fiable, estos relatos son esbozos de ciudad que se sucede, que va aconteciendo sin que el cronista, el medio de comunicación o los ciudadanos puedan hacer más que registrar la amalgama humana. Habrá una imposibilidad de que el relato cambie y se transforme desde una ciudad que perpetúa su ritmo acelerado y jerárquico.

\*\*\*

## Referencias

- Alape, A. (2005). *El cadáver insepulto*. Bogotá: Planeta.
- Arlt, R. (1958). *Aguafuertes Porteñas*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Atuesta Ortiz, M. (2011). La ciudad que pasó por el río. La canalización del río San Francisco y la construcción de la Avenida Jiménez de Quesada en Bogotá a principios del siglo XX. *Territorios* 25, 191-211.
- Baudrillard, J. (2009). *La sociedad de consumo Sus mitos, sus estructuras*. (A. Bixio, Trad.) Madrid: Siglo XXI.
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio* (Cuarta reimpresión ed.). (E. d. Champourcin, Trad.) Buenos Aires: FCE.
- Berger, P. L., & Luckmann, T. (2001). *La construcción social de la realidad* (Decimoséptima reimpresión ed.). (S. Zuleta, Trad.) Buenos Aires: Amorrortu.
- Braun, H. (7 de marzo de 2004). *Unperiodico*. Recuperado el 10 de mayo de 2017 de Unal: <http://historico.unperiodico.unal.edu.co/ediciones/54/03.htm>
- Caimari, L. (2004). *Apenas un delincuente : crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.
- Concejo de Bogotá. (30 de diciembre de 1930). *Alcaldía de Bogotá*. Recuperado el 5 de abril de 2017 de Sisjur: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=8925#0>
- Concejo de Bogotá. (7 de Junio de 1909). *Alcaldía de Bogotá*. Recuperado el 4 de Abril de 2017 de Sisjur: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=10079>
- Concejo de Bogotá. (25 de septiembre de 1919). *Alcaldía de Bogotá*. Recuperado el 5 de abril de 2017 de Sisjur : <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=8933>
- Concejo de Bogotá. (29 de Abril de 1926). *Alcaldía de Bogotá*. Recuperado el 4 de Abril de 2017 de Sisjur: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=12719>
- Concejo de Bogotá. (15 de diciembre de 1947). *Alcaldía de Bogotá*. Recuperado el 5 de abril de 2017 de Sisjur : <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=8226>
- Concejo de Bogotá. (5 de abril de 1951). *Alcaldía de Bogotá*. Recuperado el 4 de abril de 2017 de Sisjur: <http://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=12409>
- Congreso de Colombia. (13 de marzo de 1936). *SUIN*. Recuperado el 5 de abril de 2017 de Minjusticia: <http://www.suin-juriscal.gov.co/viewDocument.asp?id=1602333>
- Contraloría General de la República. (5 de Julio de 1938). *Colombiaestad*. Recuperado el 4 de abril de 2017 de Dane: [ftp://ftp.colombiastad.gov.co/books/LB\\_816\\_1938.pdf](ftp://ftp.colombiastad.gov.co/books/LB_816_1938.pdf)
- Escobar, A., & Orrantia, R. (2007). *Bogota: centro histórico*. Bogotá: Ediciones Gamma.
- Duzán, L. (19 de agosto de 1939). ¡Veinte de julio en los barrios ! *Estampa* , p. 7.
- Durkheim, É. (2006). *El Suicidio*. México, México: Éxodo.

- Durkheim, É. (2000). *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*. (S. G. Noriega, Trad.) Barcelona, España: Alianza Editorial.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (1962). Plano de la ciudad de Santafé de Bogotá D.C (material cartográfico). Bogotá, Colombia: DANE.
- Felacio, L. (2015). Los problemas ambientales en torno a la provisión de agua para Bogotá 1886-1927. En S. Gallini, *Semillas de historia ambiental* (pp. 293-ss). Bogotá: Universidad nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México D.F., México: Grijalbo.
- Goffman, E. (2001). Sobre las características de las instituciones totales. En E. Goffman, *Internados: ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales* (M. A. Grant, Trad., 1a edición. 3a reimp.). Buenos Aires: Amorrortu.
- González Toledo, F. (1994). *20 crónicas policíacas* (2a reimpresión 1995 ed.). Bogotá, Colombia: Planeta.
- González Toledo, F. (19 de agosto de 1949). 20.000% crece la afición al fútbol. *El Espectador* .
- González Toledo, F. (17 de septiembre de 1946). 51 millones de pasajeros movilizó el tranvía. *El Espectador* .
- González Toledo, F. (2002). *Crónicas Bogotanas*. (M. Vallejo, Ed.) Bogotá, Colombia: Planeta.
- González Toledo, F. (25 de febrero de 1950). El cementerio, la mejor finca raíz. *El Espectador* .
- González Toledo, F. (9 de septiembre de 1946). Infanticidio en el Barrio Ricaurte. *El Espectador* .
- González Toledo, F. (19 de Enero de 1975). 'Isla misteriosa' en Chapinero. *El Tiempo* , pp. 13-a.
- González Toledo, F. (28 de septiembre de 1986). Hace 50 años. *El Tiempo* .
- González Toledo, F. (28 de agosto de 1946). La chicha alimenta pero embrutece. *El Espectador* .
- González Toledo, F. (10 de septiembre de 1946). Sobre el caso de los robaniños. *El Espectador* .
- González Toledo, F. (1973). *Trece Crónicas*. Bogotá, Colombia: Colcultura.
- Greiff, L. d. (1930). *Libro de los signos Tergiversaciones segundo mamotreto*. (A. J. Cano, Ed.) Medellín, Colombia: Imprenta editorial.
- IDPC. (2015). *El impúdico brebaje : los cafés de Bogota 1866-2015*. (M. J. Durán, Ed.) Bogotá, Colombia: IDPC.
- Herrera Durán, N. (2010). *Papa Fidel, el Semidios de ruana: vida y leyenda del mayor contrabandista de licor artesanal de Bogotá (1926-1946)*. (M. Vallejo, Ed.) Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.
- Hoyos, J. J. (2003). *Escribiendo historias el arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia.
- Hoyos, J. J. (2009). *La pasión de contar el periodismo narrativo en Colombia, 1638-2000*. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia, Hombre Nuevo Editores.
- Jiménez, J. J. (2 de septiembre de 1939). Un jueves en Las Cruces. *Estampa* , p. 27.
- Jiménez, J. J. (15 de marzo de 1935). Y los víveres?..Por las nubes, hijo mío!.. *El Tiempo* .
- Jiménez, J. J. (1946). *Crónicas*. Bogotá, Colombia: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- Jiménez, J. J. (2014). *El misterioso caso de Hermann Winter* . Bogotá, Colombia: SCR-D-Idartes.
- Jiménez, J. J. (30 de enero de 1936). El periódico por dentro. *El Tiempo* .
- Jiménez, J. J. (1996). *Las famosas crónicas de Jiménez*. (J. J. Hoyos, Ed.) Bogotá, Colombia:

Planeta colombiana.

Jiménez, J. J. (10 de Abril de 1935). Loa Sentimental de las Cúpulas. *El Tiempo* .

Jiménez, J. J. (1 de abril de 1935). Milagros de la Saya de Doña Paca. *El Tiempo* .

Jiménez, J. J. (2016). *Siete retratos*. Bogotá, Colombia: IDARTES.

Jiménez, J. J. (7 de noviembre de 1942). Relato de la Calle del cartucho. *El Tiempo* .

Jiménez, J. J. (25 de febrero de 1941). Bogotá, ciudad que vive del tinto. *El Tiempo* .

Jiménez, J. J. (19 de abril de 1935). Retablos y viñetas de Semana Santa. *El Tiempo* .

Jiménez, J. J. (24 de abril de 1935). Tabernas, bodegones y chicas de café. *El Tiempo* .

Lefbvre, H. (1978). *El derecho a la ciudad* (4a ed.). (J. G. Pueyo, Trad.) Barcelona, España: Ediciones Peninzula.

López, O. d. (2005). *Amarilla y roja: estéticas de la prensa sensacionalista*. Medellín, Colombia: Universidad EAFIT, Universidad Nacional de Colombia.

Niño Murcia, C., & Reina Mendoza, S. (2010). *La carrera de la modernidad Construcción de la carrera décima . Bogotá 1945-1960*. Bogotá, Colombia: IDPC.

Mumford, L. (2012). *La ciudad en la historia : sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. (E. L. Revol, Trad.) Logroño, La Rioja, España: Pepitas de calabaza.

Manrique, A. (19 de junio de 1937). Hay que revelar el mal para curarlo. *Mundo al día* , p. 3.

Monsiváis, C. (2006). *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina* (3a. ed.). Barcelona, España: Anagrama.

Montezuma, R. (2008). *La ciudad del tranvía 1880-1920*. Bogotá, Colombia: Editorial Universidad del Rosario.

Osorio Lizarazo, J. A. (2013). *El camino en la sombra*. Bogotá, Colombia: Laguna Libros.

Osorio Lizarazo, J. A. (1938). *Hombres sin presente, novela de empleados públicos*. Bogotá, Colombia: Minerva.

Osorio Lizarazo, J. A. (1926). *La cara de la miseria*. Bogotá, Colombia: Talleres de Ediciones Colombia.

Osorio Lizarazo, J. A. (1978). *Novelas y crónicas*. (S. M. Durán, Ed.) Bogotá, Colombia: Colcultura.

Ospina, A. (2015). *Ximénez* (2a ed.). Bogotá, Colombia: Laguna Libros.

Otalora de Fernández, H., & González G, A. (1986). *El habla de la ciudad de Bogotá: materiales para su estudio*. Bogotá, Colombia: Instituto Caro y Cuervo.

Pardo Umaña, C. (5 de Agosto de 1949). *El Espectador* .

Pardo Umaña, C. (1946). *Haciendas de la Sabana*. Bogotá, Colombia: Editorial Kelly.

Pardo Umaña, C. (20 de octubre de 1945). Los hornos crematorios. *El Espectador* .

Pardo Umaña, E. (1997). Las señoras no pueden lustrarse los zapatos en las vías públicas. En M. Vallejo, *La crónica en Colombia medio siglo de oro* (p. 394). Bogotá, Colombia: Biblioteca familiar Presidencia de la República.

Pécaut, D. (1991). De las violencias a La violencia. En R. Peñaranda, & G. Sánchez, *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (p. 486). Bogotá, Colombia: CEREC.

Suárez Mayorga, A. M. (2006). *La ciudad de los elegidos crecimiento urbano, jerarquización social y poder político. Bogotá (1910-1950)*. Bogotá , Colombia: (s.n) .

Suárez, J. O., & Salcedo Cruz, G. F. (2012). Entre lo tradicional y lo moderno Bogotá a comienzos del siglo XX. *Investigación y Desarrollo* , 20 (1).

S.f. (mayo de 1929). Un artista se disparó un pistoletazo en el corazón. *El Figaro* .

S.f. (25 de febrero de 1936). Un Tranvía arrolló a un pelotón de policía, causando heridas

- graves a diez de los agentes. *El Tiempo* , p. 1.
- S.f. (6 de febrero de 1940). Una muchacha intenta suicidarse. *El espectador* .
- S.f. (28 de mayo de 1946). *El espectador* .
- S.f. (20 de marzo de 1930). Anoche la chicha como de costumbre hizo estragos. *El Tiempo* , p. 1.
- S.f. (19 de marzo de 1943). Construcciones modernas. *El Tiempo* , p. 15.
- S.f. (6 de marzo de 1942). El caso de las drogas heróicas . *La Razón* .
- S.f. (30 de noviembre de 1935). El matadero municipal modernizado. *Mundo al día* .
- S.f. (15 de julio de 1935). De un balazo se suicidó anoche Aminta Munar en su casa de Chapinero. *El Tiempo* , p. 7.
- S.f. (17 de agosto de 1946). Dictado auto de detención por la farsa dinamitera. *El Espectador* .
- S.f. (27 de marzo de 1942). Dos enfermeros son detenidos. *La Razón* .
- S.f. (15 de enero de 1930). Heliodoro Perez resultó anoche herido. *El Tiempo* .
- S.f. (8 de junio de 1929). Lista del personal de "la rosca". *El Figaro* .
- S.f. (5 de Junio de 1945). Lonja de propiedad raíz. *El Espectador* .
- S.f. (22 de mayo de 1930). Los casos de policía. *El Tiempo* .
- S.f. (28 de septiembre de 1931). Motín comunista en la plaza de Bolívar. *Mundo al día* , 18.
- S.f. (7 de agosto de 1946). Otro conspirador profesional preso por el acto terrorista. *El Espectador* .
- S.f. (19 de marzo de 1942). Pagamos nuestro aporte al fenómeno de la depresión..? *La Razón* .
- S.f. (24 de abril de 1948). Plan de casas... *El Espectador* .
- S.f. (Septiembre de 1922). Policía. *El Sol* , p. 5.
- S.f. (6 de agosto de 1946). Preso un antiguo conspirador por el nuevo acto terrorista. *El Espectador* .
- S.f. (1 de marzo de 1940). Se suicidó un detective. *El Espectador* .
- S.f. (15 de febrero de 1930). Seis casos de sangre hubo ayer en Bogotá. *El Tiempo* .
- S.f. (13 de febrero de 1937). Seis heridos hubo en un choque con la policía en San Victorino. *El Tiempo* , p. 1.
- S.f. (22 de julio de 1935). Tres suicidios hubo en el salto del Tequendama durante el día de ayer. *El Tiempo* .
- Salazar Bondy, S. (1964). *Lima la horrible* (2a ed.). México, México: Eds. Era.
- Saldarriaga Roa, A. (2000). *Bogotá siglo XX urbanismo, Arquitectura y vida Urbana*. Bogotá, Colombia: Departamento administrativo de planeación distrital.
- Sánchez, A. (2010). *Manos al agua: una historia de aguas, lavado de ropas y lavanderas en Bogotá*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de artes.
- Sánchez, J. F. (2014). Los hospicios y asilos de la Beneficencia de Cundinamarca entre 1917-1928: discursos y prácticas. *Sociedad y economía* (26), 65-92.
- Sarlo, B. (2009). *La ciudad vista mercancías y cultura urbana* . Buenos Aires , Argentina: Siglo XXI editores.
- Sennet, R. (1997). *Carne y piedra el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. (C. Vidal, Trad.) Madrid, España: Alianza Editorial.
- Serna Dimas, A., & Gómez Navas, D. (2012). El Carmelo: Historia de una antigua barriada bogotana en la cuenca del río Arzobispo (1900-1934). *Historia Crítica* (47), 161-186.
- Serna, A. (2012). *Entre monas y sedas. Derechos, bienes y ciudadanía. bogotá 1930-2000* (Vol. 1). Bogotá, Colombia: Sección de publicaciones Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Romero, J. L. (2011). *Latinoamérica las ciudades y las ideas* (3a ed.). Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Tejada, L. (29 de noviembre de 1922). Opinión. *El Sol*, p. 1.

Thompson, J. B. (2002). *Ideología y Cultura moderna Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas* (1ª reimpresión de la segunda edición ed.). (G. F. Caviedes, Trad.) México, México: UNAM.

Tovar Zambrano, B. (1991). Modernización y desarrollo desigual de la intervención estatal 1914-1946. En R. Peñaranda, & G. Sánchez, *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (p. 486). Bogotá, Colombia: CEREC.

Vallejo, M. (2006). *A plomo herido : una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*. Bogotá, Colombia: Planeta.

Vergara, A. (2015). *Historia del arrabal: Los bajos fondos bogotanos en los cronistas Ximénez y Osorio Lizarrago 1924-1946*. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia.

Vidales, L. (1976). *Suenan timbres* (2a ed.). Bogotá, Colombia: Colcultura.

Zarone, G. (1993). *Metafísica de la ciudad encanto utópico y desencanto metropolitano*. (J. L. Villacañas, Trad.) Valencia, España: Pre-textos.

\*\*\*

## **Anexo: Mapa de Bogotá**

En 1946, Camilo Pardo Umaña en el libro *Haciendas de la Sabana*, da cuenta de la conexión, al menos espiritual de Bogotá, la Sabana y los municipios cercanos. Lo que sería la anexión en 1954 de los diferentes distritos como Usaquén y Fontibón, es tratado por Umaña como una unión invisible, más latente de la gran ciudad que llegaría a ser Bogotá:

“Lo que sucede es que Bogotá y la Sabana son una cosa y el resto de Cundinamarca es otra, muy distinta. La Sabana pertenece espiritualmente a la ciudad, y las dos se compenetran absoluta y definitivamente. En la Sabana, cada uno de sus pueblecillos - Funza, Fontibón, Serrezuela, Chía, Usaquén, Engativá, Mosquera, Suba, Cajicá, Bosa, Bojacá, Soacha, Cota, Tenjo, Tabio, etc.- tiene su personalidad, como la tiene, ¡y tan marcada!, Bogotá; pero todos están unidos por un alma común, por una especie de cordón umbilical del espíritu, que nada tiene que ver con la que anima al resto del desaparecido imperio chibcha.” (1946, p. 15).

El autor se da cuenta que el pasado mitológico ya no es más un modelo de vida espiritual, sino que ve en esas conexiones una gran ciudad llena de construcciones, de giros y de viajes entre estas regiones que pronto, una a una se van uniendo. El deseo del periodista será el de un espíritu renovado que le dé a esa gran región más que una unión física, una conexión vital para los habitantes que moran las montañas que rodean el Imperio chibcha. De nada servirá una aglomeración inmensa de personas, o la gran cantidad de edificios uno tras otro si persiste la

incertidumbre sobre el desarrollo vital de cada habitante. Esta apelación a un cordón umbilical es una forma de entender el territorio desde otros modos de conexión con el territorio habitado.

A continuación podrá visitar un mapa de los lugares mencionados en este trabajo, más algunas direcciones de los lugares más importantes para mediados de siglo XX en Bogotá. En algunos casos se acompañará con una descripción del lugar, o la conexión que tiene con los autores aquí tratados. Se citarán lugares, calles, barrios, tiendas del momento, importantes a la hora de evidenciar esa conexión urbana que llegó a su punto máximo con la unión de los 6 municipios cercanos en 1954 (Bosa, Engativá, Fontibón, Usaquén, Suba, Bogotá):

<https://circuloespetia.wordpress.com/2017/06/22/mapa-de-la-ciudad-bogotana/>